

IV

El 16: Los orígenes de un guarismo

El 22 de diciembre de 1997 fue un día en el que la Fortuna tuvo un curioso comportamiento. Los niños de San Ildefonso inundaron las mañanas de España con las monótonas y cantarinas jaculatorias de cifras del tradicional Sorteo de Navidad, y “El Gordo” hacía su aparición a muy tempranas horas, derramando su generosa lluvia de dinero –37.400 millones de las antiguas pesetas– sobre Granada, feliz expendedora del número mágico, el 43.728.

Para que no faltara de nada, la emoción sobreañadida, uno de los interventores, Antonio Iglesias Zarala, equivocó una de las cifras de uno de los quintos premios y la efímera euforia de los supuestos agraciados se transformaría en irritada frustración, itinerario de emociones inverso al de quienes, en cambio, creyeron rozar el premio y, dos horas después del sorteo, fueron felizmente sorprendidos con su obtención merced al extraño error del interventor, que algún malpensado atribuyó a un acto más de terrorismo *light*.

El segundo premio quedó diseminado en una docena de ciudades, entre ellas, Logroño, que vendió el número 42.088: 144 millones. La Fortuna, decíamos, dispensa a veces singulares coincidencias, concatenaciones de sucesos y circunstancias que dan alas a los entusiastas de la Trascendencia y el Misterio. El 22 de diciembre de 1997, un número terminado en 88 –dos números que suman 16– adquirido en Logroño, otorgó 16 millones de pesetas a quien fuera director del periódico Diario 16 durante una década, el logroñés Pedro J. Ramírez, director del diario “El Mundo”. Su padre, poseedor de un billete del segundo premio, repartió décimos entre los miembros de su familia.

No todos, sin embargo, fueron tan afortunados aquella mañana. Porque a la misma hora en que los niños de San Ildefonso iniciaban sus monótonas salmodias de guarismos, en el Salón de actos de los Juzgados de la Plaza de Castilla de Madrid se oficiaba un triste ceremonial, una especie de funeral

forense que era todo un acta de defunción tras años de dolorosa y accidentada agonía. El agonizante no era otro que un periódico histórico, una cabecera de la España democrática y representativa de la transición española.

Tres centenares de personas asistían al acto en el que habrían de nombrarse los tres síndicos de la quiebra de la empresa editora del periódico –acogida a la fórmula de “quiebra con continuidad” desde el mes de agosto del mismo año, precedida a su vez por la suspensión de pagos que se solicitó en diciembre de 1995– aunque la lista de acreedores alcanzaba una cifra cercana a los tres mil. Posteriormente, los síndicos habrían de subastar las cabeceras del periódico por un precio de salida de 584 millones de pesetas. Las deudas ascienden a una cifra cercana a los 21.000 millones de pesetas, de los cuales más de mil se adeudan a los empleados. Los principales acreedores, Hacienda, la Seguridad Social, proveedores y diversas instituciones financieras.

Pero hasta sus últimos momentos, el martirizado Diario 16 parecía condenado a convivir con las peripecias accidentadas, las irregularidades y hasta el surrealismo, como si una extraña maldición hubiera caído sobre sus cabeceras, sus páginas, sus profesionales, hasta el punto de que la ceremonia fue impugnada por la empresa editora por el cúmulo de irregularidades que se dieron en su desarrollo.

Los preceptivos informes del depositario y el representante legal de la quiebra se dieron por leídos, sin poder saber los asistentes cual era el origen y las causas posteriores que desembocaron en la quiebra.

José María Irujo –uno de los investigadores que formó equipo con Jesús Mendoza y José Macca para desvelar el “caso Roldán”– supuesto proponente del segundo de los síndicos, José Fernando Rodríguez Blanco, publicaría el miércoles, 24 de diciembre, en Diario 16 y en el diario “El Mundo”, una carta en la que desmentía terminantemente que él hubiera propuesto a nadie como síndico. “No he propuesto la candidatura de don José Fernando Martínez Blanco, ni la de ninguno de los otros candidatos a los tres puestos de síndicos que se eligieron por votación el pasado lunes. Ni antes ni durante la celebración de la junta de acreedores, a la que no asistí, nadie me propuso, comentó o sugirió la posibilidad de que presentara a un señor al que no tengo el gusto de conocer y del que no había oído hablar jamás”.

Además, el candidato a síndico a propuesta de la empresa editora, Luis Blasco Bosquet, hoy ex presidente de A-3 TV, compareció el día 23 de diciembre ante la secretaría del Juzgado de Instrucción número 40 que entiende la quiebra de Diario 16 para denunciar la desaparición de su carnet de identidad, que había sido depositado en la mesa de la Junta.

Donde no hay harina, todo es mohina. Paralelamente al proceso judicial del Juzgado número 40, en el Juzgado de lo Social de Madrid número 15 se acumulaban todas las sentencias en vía de ejecución de otros Juzgados de lo Social que habían tramitado y sentenciado las numerosas demandas de los empleados, según un auto de 30 de junio de 1997. Además, el mismo Juzgado, en diligencia de 26 de noviembre de 1997, anunciaba la pública subasta de todos los bienes de las sociedades del Grupo 16, desde parcelas urbanísticas a cabeceras periodísticas o automóviles para el 27 de enero de 1998 en primera subasta, el 24 de febrero en segunda y el 24 de marzo en tercera.

Es más: el juzgado número 15 sacó a subasta en julio de 1998 la cabecera de Diario 16, que fue adjudicada a una sociedad propiedad de Luis Blasco por la cifra de 7 millones de pesetas. Pero esto ocurría meses después de que el juzgado 40 la hubiese subastado y adjudicado antes, como ya hemos visto y de que, más tarde, el propio juzgado del 15 instara a Blasco a retirar su propuesta.

En el juzgado 40, tras declararse desierta la subasta en primera convocatoria, el 12 de enero de 1998, tres días más tarde, el 15 de enero, la histórica cabecera se adjudicaba por 527 millones de pesetas al Grupo editorial "Voz" de Santiago Reypropietarios de varios periódicos, los más señalados "La Voz de Galicia" y de una cadena de emisoras, "Radio Voz".

Al monumental enredo jurídico en el que permanecía lo que quedaba del grupo, venía a unirse la suspensión de pagos y posterior quiebra de la editora Inpresa y el contencioso entre ambos juzgados, el 40 que se ocupó de subastar la cabecera de Diario 16 y el juzgado de lo Social 15, ambos de Madrid. La situación obligó a Rey, propietario de Diario 16 a través del Grupo Editorial "Voz", a plantear un conflicto de competencias entre ambos juzgados.

Se consumaba así la desaparición, en su configuración, en sus germinales y originarias esencias de un grupo periodístico símbolo y emblema de la libertad política que se abrió con la transición democrática, uno de los "holdings" periodísticos más renovadores de España, escuela de una forma de hacer y entender el periodismo moderna y original y no demasiado conocida hasta entonces, de la que salieron profesionales brillantes y cualificados que, paulatinamente, fueron enriqueciendo las redacciones de sus competidores, influyendo con sus modos profesionales en amplios sectores de la prensa española.

El contraste entre los momentos separados apenas por unos años resulta triste y esclarecedor. El Grupo 16, reducido a cenizas y cuyos despojos, balances y cuentas de resultados circulaban de mesa en mesa por juzgados y bufetes para ser repartidos entre sus acreedores, había sido, tan sólo unos años atrás, el tercero

o cuarto en importancia de España y uno de los más innovadores y punteros de todo el panorama editorial español. Tan sólo una década atrás, el Grupo 16 contaba con toda una constelación de publicaciones, líderes muchas de ellas en sus respectivos ámbitos editoriales.

Fue el caso de Diario 16, pionero en el lanzamiento de cabeceras regionales –llegó a contar con más de una docena diseminadas por toda la geografía española– o de Cambio 16, un semanario histórico que, pocos años después de su nacimiento, en noviembre de 1971, llegó a figurar en la reducida y envidiada nómina de los semanarios más importantes del mundo, alineado al lado de “Time”, “Newsweek”, “Der Spiegel” o “L`Express”.

Junto a estas dos cabeceras, conocidas en todo el mundo, otras como Historia 16, Motor 16, Gran Auto, Gente y Viajes, Marie Claire, La Casa de Marie Claire, Basket 16, Ideas, Club 16, España Económica, el diario Economía 16, el diario Boletín de Bolsa, el semanario Inversión o una cadena de radio, Radio 16, con emisoras en media docena de las más importantes ciudades de España, incluidas Madrid, Valencia, Barcelona y Sevilla.

El Grupo 16, un floreciente y moderno emporio periodístico, forjado merced al esfuerzo de un numeroso grupo de empresarios y profesionales que constituyeron uno de los equipos humanos más brillantes y atractivos de la historia de la prensa española, con una facturación –cifras de 1988– cercana a los 15.000 millones de pesetas de la época, vanguardia editorial del pensamiento de progreso que impera en los países occidentales, que había sobrevivido a diversas andanadas del régimen de Franco, se fue, sin embargo, consumiendo poco a poco, como presa de una extraña maldición, como si hubiera sido tocado por un misterioso virus, por un inevitable maleficio que alcanzó sus síntomas más acusados curiosamente a partir de 1983. Se imponía, nuevamente, una constatación dolorosa: es mucho más fácil destruir que construir y los enemigos de Juan Tomás de Salas, que los tenía, poderosos y numerosos, lograron su objetivo.

El triste final del Diario 16 editado por Inpresa, Información y Prensa, SA, es el colofón de una historia en la que la libertad ha salido malparada a manos de exponentes, grupos, clanes, sectas pertenecientes a la España vieja y envidiosa disfrazada con los más diversos ropajes de la derecha, el centro, la izquierda, sectores financieros, el poder en suma.

El triángulo del “dieciseis” –logotipo de todas las publicaciones del Grupo que fundaran, a partir de la primavera de 1971, un `puñado de personas animosas, entre las que destacaría muy pronto Juan Tomás de Salas– había sido por fin destruido o, al menos, desconectado del cordón umbilical de sus orígenes, los que le dieron fuerza moral y editorial para llegar a ser lo que

fue, que fue mucho.

Es cierto que algunas cabeceras permanecen o permanecían en manos de otros propietarios. Pero un periódico es antes que nada una singladura intelectual y moral, sus orígenes y sus profesionales, sus inspiradores y cualquier cambio de propiedad –sobre todo si han sido tan radicales como los que han afectado a las citadas publicaciones de la Familia 16– equivalen a cambiarle el motor a un coche por otro de distinta marca y, de paso, alterar la carrocería y el color e la pintura. Puede que, aparentemente, *el coche* siga siendo el mismo pero solo en cuanto a la apariencia externa se refiere.

Sin embargo, todo el Grupo 16, su importancia histórica, su trayectoria como proyecto de grupo periodístico democrático y de progreso merecerá, sin duda, mucho más minuciosos y detallados análisis que éste que el lector tiene entre sus manos.

Los orígenes

Toda la prehistoria, la historia, la larga agonía del Grupo 16 y de sus publicaciones más representativas, Cambio 16 y Diario 16, pasan por los meridianos personales de un hombre inusual, de compleja personalidad –muchos, casi todos la tienen o la han tenido, en el azaroso planeta de los *media*– que ocupara durante más de dos décadas uno de los lugares más relevantes e influyentes del sistema informativo español: Juan Tomás de Salas.

Alto, en torno al 1,86 metros. Era corpulento, –antes de que una larga y grave enfermedad le mantuviera postrado y sujeto a dolorosos tratamientos y provocara su fallecimiento en el verano del año 2000, a los 62 años de edad– a pesar de pertenecer a ese grupo de españoles que como él rebasaban los 60 años de edad, que hicieron de la política una profesión y hasta una devoción. Acaso por tal obsesión generacional, Juan Tomás siempre desdeñó la atención y el cuidado del cuerpo en gimnasios y polideportivos y tan sólo ya rebasados los cincuenta años se decidió a practicar una tabla que le proporcioné de ejercicios gimnásticos del ejército canadiense –su viuda, Barbara Chaplin, es de esta nacionalidad– y, más tarde, a recorrer apresurada y compulsivamente los “greens” de los campos de golf del madrileño barrio de Puerta de Hierro, donde vivió durante largos años en una suntuosa mansión, o los de los alrededores de Marbella, donde acostumbraba a pasar frecuentes temporadas de descanso. Ojos verdes, colmillos excesivos muy en línea con su inveterada afición a la caza mayor, Juan Tomás era considerado por las mujeres como un hombre apuesto, aunque él, sin embargo, nunca estuviera demasiado satisfecho con un cierto desequilibrio en las proporciones un tanto alejado del arquetipo renacentista de Leonardo da Vinci, que se explicitaba en un tronco excesivamente largo en detrimento de unas piernas demasiado cortas,

peculiaridad antropométrica ésta que parece común a algún otro liberal como él, Antonio Garrigues Walker.

El 30 de abril de 1938, un año antes de finalizar la guerra civil, nacía en Valladolid Juan Tomás de Salas Castellano, segundo de una familia de seis hermanos, hijo de Juan, un ingeniero de la Compañía Telefónica, y de María Elena.

El nacimiento de Juan Tomás en la capital castellana era un azaroso avatar, una consecuencia más de la guerra, al haber huido sus padres meses antes del Madrid republicano, merced al auxilio de la Embajada Británica –el padre de Juan Tomás, abiertamente hostil a la República y decidido partidario del bando nacional de Franco, nacido en la ciudad de Cardiff, simuló la nacionalidad inglesa para huir, gracias a su buen acento en el uso de la lengua de Shakespeare–. La familia emprende un zigzagueante éxodo que la traslada a Zaragoza, Bilbao, Madrid y –tras finalizar la guerra– a Tetuán, donde es destinado su padre, para regresar definitivamente a Madrid en 1949.

Inició sus estudios en un colegio de monjas dominicas en Madrid y tras el paréntesis de Tetuán, realiza el bachillerato en el célebre Colegio del Pilar de Madrid y se convierte en otro “pilarista” más que ocuparía, pasados los años, un lugar de especial relevancia en el mundo de la prensa, al igual que otros alumnos del citado colegio como Juan Luis Cebrián o Luis María Anson, que lograrían pasados los años parecido relieve. Y, tras el bachillerato, la carrera de Derecho en la Universidad Complutense de Madrid, cuya licenciatura obtiene en 1960.

Pero ya había prendido en Juan Tomás la semilla política, al calor de los revuelos universitarios de 1956 tan emotiva, sentimental y minuciosamente historiados por Pablo Lizcano en su libro “La Generación del 56. La Universidad contra Franco” (Grijalbo, Barcelona, 1981).

La dimisión del democristiano Joaquín Ruíz Jiménez como ministro de Educación en 1956 –que había accedido al ministerio en 1951, abriendo una etapa de tímida liberalización educativa– los enfrentamientos con el SEU del régimen crearon el primer caldo de cultivo en el que se desarrolló todo aquel fenómeno generacional, un periodo marcado por tímidos embriones políticos introducidos en aquel embarullado cosmos universitario por comunistas, liberales, democristianos, socialistas, falangistas...

La actividad política de aquella generación tenía todos los componentes juveniles de idealismo y lucha contra el *Viejo Orden* –que habría de perpetuarse, por otra parte, sin mayores sobresaltos, durante dos décadas más, hasta el fallecimiento, en una cama hospitalaria, del general Franco, en noviembre de 1975– las turbulencias ideológicas, los ingredientes lúdicos y la asunción de los riesgos que deparaba enfrentarse a los servicios

policiales de la dictadura.

Juan Tomás inició sus actividades políticas como consecuencia de su paso por el colegio del Pilar y las influencias familiares y, acaso por ello, estuvo afiliado durante algo menos de un año a un centro juvenil de reclutamiento y propaganda monárquica fundado por Luis María Anson, el “Círculo Verde”, donde coincidió con otros jóvenes monárquicos de entonces procedentes de sonoras familias de la derecha vinculadas al régimen de Franco como Nicolás Sartorius, José Luis Leal y Jaime Carvajal. Eran tiempos ciertamente diferentes, cuando Nicolás Sartorius, por ejemplo, se reconocía en su antepasado el Conde de San Luis como esclarecido ejemplo familiar a seguir por quien, andando el tiempo, se convertiría merced a sus complejos de clase, en un atolondrado stalinista y en uno de los ocultos agitadores internos de las huelgas de Diario 16. El propio nombre de la organización –*Círculo Verde*– no precisaba de mayores explicaciones. Verde procedía de las siglas V.E.R.D.E., que correspondían a *Viva el Rey De España*. (También este autor conoció, en 1968, la labor propagandística a favor de una Monarquía democrática, de Luis María Anson, cuando reunió a diversos alumnos de periodismo, entre los que me encontraba, en torno a él, para desarrollar una charla seguida de animado y escéptico coloquio por el auditorio, más partidario de formulaciones más radicales).

También habían coincidido los tres en el SUT, Servicio Universitario de Trabajo, un invento del falangista Jesús Aparicio Bernal, Jefe Nacional del SEU, que cumplió una cierta misión creando campos de trabajo en los que se acogían algunos *cachorros* de la burguesía con visible mala conciencia por sus orígenes familiares.

Esto de la “mala conciencia” sería un sentimiento colectivo que acabaría nutriendo de militantes y “compañeros de viaje” las cajas de afiliación del PCE durante los últimos años del franquismo, el tardofranquismo y el postfranquismo, hasta llegar a nuestros días y no hay más que echar una ojeada a las nóminas de dirigentes de la izquierda real o de la sencillamente aparente, en todas sus variantes para descubrir curiosas biografías y aún más curiosos árboles genealógicos.

Duró ciertamente poco la experiencia monárquica y de ella transitaron sin solución de continuidad al Frente de Liberación Popular (el “Felipe”), una singularísima creación política abierta de raíces de izquierda con matices anarquistas, cristianos y marxistas, ideada por el diplomático Julio Cerón, otro de los más recalcitrantes heterodoxos. De los muchos textos y libros sobre el *Felipe*, destaca, por lo exhaustivo y riguroso (aunque confunda en ocasiones a Pablo Lizcano con Manuel Lizcano, como autor del libro del primero *La Generación del 56*. *La*

Universidad contra Franco) un estudio reciente, *Historia del Felipe (FLP, FOC y ESBA). De Julio Cerón a la Liga Comunista Revolucionaria* editado por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales en el 2001, de Julio Antonio García Alcalá. Este libro, precisamente, cita frecuentemente como una de sus fuentes principales las páginas de Diario 16, como no podía ser menos, y en especial su *Historia del franquismo*. El *Felipe* llegó a considerar adoptar el nombre de *Tomás Moro*, pero los perfiles religiosos del autor de *Utopía* hicieron considerar a Cerón y sus entonces escasos seguidores que acaso fuera algo excesivo.

Se siguió el ejemplo del Movimiento de Liberación Popular francés, de cristianos de izquierda, y la palabra Frente se integró en el nombre, influidos por los Frentes de Liberación de Argelia o Cuba.

Marx, Maritain, Theilard de Chardin, el pensamiento libertario del leonés Angel Pestaña, eran algunos de los nombres que circulaban en aquel entrañable *Felipe*, que tenía todo el atractivo juvenil de su creador y líder indiscutible, el diplomático Julio Cerón, la ausencia de una organización rígida y disciplinada, que captaba a sus miembros por el sencillo mecanismo de las relaciones personales y las amistades. Sólo había rigidez en lo que a las relaciones con el sexo femenino se refería, y los *felipes* de aquellos primeros tiempos coinciden en señalar que en este aspecto, su postura de moralidad estricta coincidía con la del nacional catolicismo imperante, que les llevaba incluso a criticar severamente, a denostar incluso los guateques de la época. Un buen revolucionario no va detrás de las mujeres, se decía, combinando dos puritanismos, el marxista y el cristiano.

Los nombres que aparecen en aquel *Felipe*, que ha sido considerado como una formidable escuela de políticos, configuran una larga lista de personas notables, entre ellos el de José Ramón Rekalde, Pascual Maragall, Vázquez Montalbán, Alonso de los Ríos, José María Mohedano, Miguel Roca, Narcís Serra, José Luis Leal... Una asombrosa labor de captación e integración realizada por Julio Cerón de la que se nutrirían todos los partidos, especialmente la izquierda. Con independencia de que, posteriormente, durante los años de los gobiernos socialistas, su creador, Julio Cerón, se recreara en fulminar de forma tan ingeniosa como despiadada a algunos de sus antiguos pupilos en aquellos sueltos de ABC de Cerón, uno de ellos redactado así: "Daría un ojo por ser tuerto. O los dos de Narcís Serra". O aquel encuentro televisado, en el que Cerón, entrevistado en su castillo del sur de Francia por José Luis Balbín, ofrece al periodista algo para tomar. "José Luis ¿Quieres tomar algo? Bueno, sí, un café... Alo que Cerón, alzando la voz, y girando la cabeza hacia un invisible camarero, dice: "Mohedano, dos cafés..."

Inconfundible Cerón.

José Manuel Arija, persona entrañable y emblemática de los primeros años de Cambio 16, que había iniciado sus primeros escauceos políticos como falangista, fue quien integró a Juan Tomás en las filas del *Felipe* de Cerón.

En los años 60 y 61 Salas mantuvo una intensa actividad –propia, por otra parte, de sus 22 o 23 años– en el seno del Frente, en el que oficiaba como liberado, siete de cuyos miembros, entre ellos Juan Tomás y Nicolás Sartorius, vivían en el mismo piso, un inmueble de la Carretera de Aragón propiedad de José Luis Leal. Los miembros del Felipe utilizaban para sus encuentros en ocasiones locales o dependencias de organizaciones religiosas, en un piso de Cerón en la madrileña calle de Alonso Cano, la casa de los padres de Pascual Maragall... La destreza represora del régimen de Franco, sin embargo, conocía las actividades del *Felipe* y, sin embargo, según muchos de los testimonios de sus miembros recogidos en el libro de García Alcalá no se emplearon a fondo con el *Felipe* acaso por no considerarles excesivamente peligrosos, aunque muchos de sus militantes padecieron persecución y presidio.

La vida realmente te da sorpresas y produce singulares paradojas como el hecho de que aquel con el que compartió piso, Nicolás Sartorius, llegaría a tener, pasados los años, también un importante papel instrumental en la desaparición del Grupo 16 de Juan Tomás.

Un apresurado despacho laboralista fundado en Córdoba por integrantes del “*Felipe*” –Crisanto Plaza y Salas entre ellos– le acarrearón los primeros contratiempos policiales. En 1962, durante el movimiento huelguístico que se extendió por buena parte de España, el “*Felipe*” había constituido todo un modesto y rudimentario antecedente de lo que sería pasados los años la cadena de ediciones regionales de Diario 16, pero con multicopistas en lugar de rotativas. De hecho, el primer medio periodístico fundado por Salas y sus compañeros del *Felipe* no fue Cambio 16, nacido en 1971, sino, varios años antes, la APEL, la clandestina Agencia de Prensa Española Libre, órgano de información y propaganda, que transmitía incesantes comunicados a la prensa extranjera sobre las actividades del grupo.

Este fue el accidentado preámbulo de la peripecia biográfica de Salas como exiliado breve y tardío, que inició de una forma tan contundente como singular: se encerró en la embajada de Colombia en Madrid para huir del acoso de la policía y solicitó asilo político. Permaneció en ella ocho muy entretenidos meses –hospitalarias, solícitas y comprensivas cocineras y doncellas le dispensaron un “red carpet treatment”, un trato de auténtico “Vip”– hasta que, a comienzos de 1963, partió hacia Colombia, donde inició su carrera periodística como crítico de cine del diario

“El Tiempo” de Bogotá.

Paris era una fiesta

Algunos meses más tarde, una beca del gobierno francés para estudiar economía le traslada a París, donde permanece hasta 1968. Un año antes ha logrado el pasaporte español merced a los buenos oficios de Ruíz Jiménez, lo que da una idea de la escasa relevancia que otorgaban los guardianes del régimen a la capacidad subversiva de Juan Tomás, que consideraban aquellos operativos tan enaltecidos y engrandecidos posteriormente como poco menos que “travesuras de adolescentes”, según expresión de Manuel Fraga.

Y también del progresivo abandono y relajamiento de la tensión vigilante de la dictadura, en aquellos años del desarrollismo, el turismo y la creciente influencia europea, muy menguada ciertamente su capacidad represora. Tan sólo faltaban ocho años para la desaparición de Franco, aunque, en postreros coletazos, estuviera el proceso de Burgos y las condenas a muerte –indultados por Franco en el último momento– el Proceso 1001 o los fusilamientos de 1975 .

Trabaja en la agencia France Presse, colabora en alguna ocasión en los “Cuadernos del Ruedo Ibérico” y establece casuales contactos con el exilio comunista parisino, en todas sus variantes. Son tiempos fabulosos, en los que la “rive gauche” de la Ciudad Luz, una especie de festiva y gozosa reencarnación de la Universidad Patricio Lumumba de Moscú, acoge amorosa y comprensiva a todas las izquierdas, exilios, tercermundismos y frentes de liberación que en el mundo serán, son y han sido, y por sus bulevares de la margen izquierda pululan gentes como Bryce Echenique –su relato sobre una manifestación de sordomudos en el mayo de 1968 es, sencillamente, insuperable– García Márquez o un periodista peruano que posteriormente alcanzaría también singular notoriedad, Mario Vargas Llosa, con el que coincide en France Presse. Juan Tomás, por aquel entonces, oficia de *progresista* –no confundir con su forma apocopada *progre*, ya citada– un izquierdismo de garrafa y sin etiquetar, con todas las vagas e iniciales veleidades trotskistas que anidaron en el *Felipe*, posición muy acorde con una personalidad como la suya que ya se perfila como influenciado y tornadizo o acaso por el pantagruélico ascendente que ejerce sobre él un catalán singular, proteico y vitalista –pintor, ideólogo, periodista, escritor, polemista, mujeriego, “gourmet” y “bon vivant”– al que conoce en Francia, llamado Xavier Domingo, o por el feroz anticomunismo que ya comienza a destilar otro exiliado también miembro del *Frente*, Carlos Semprún Maura, hermano del ex ministro Jorge Semprún, con quien Cerón se reunía en Madrid para debatir acciones concertadas con el PCE. Semprún informó precisamente a sus interlocutores de la convocatoria de la famosa Huelga Nacional

Pacífica del 59.

Carlos Semprún, militante del FLP, relataría en uno de sus sinceros y tremebundos libros, "El exilio fue una fiesta" (Planeta, 1998), un borboteante libro de memorias, toda aquella peripecia parisina. Y, también, previamente, en un artículo de ABC (24-2-95, pág. 50), "La caída de "Citizen Salas" –juego de palabras con la obra de Welles, Citizen Kane (Ciudadano Kane)– escribiría una larga y personal semblanza de Juan Tomás, el correlato de aquellos años compartidos en el "Felipe" de Julio Cerón, su tentativa de recogerle en la embajada colombiana y trasladarlo a Francia, operativo que no llega a consumarse porque el embajador de Colombia en Madrid se adelanta y logra embarcar a Juan Tomás en un avión rumbo Bogotá dos días antes de que Carlos Semprún iniciara su operativo de rescate. Juan Tomás siempre mantendría a partir de entonces un especial y agradecido vínculo afectivo con Colombia y con algunos colombianos, a los que acogió en sus publicaciones. En este artículo, también Semprún Maura recoge lo que entre los amigos de Juan Tomás llegó a convertirse en un tópico, su carácter cambiante, sus súbitos y fugaces entusiasmos: "Se entusiasmaba de pronto con una persona o una idea y tan repentinamente cambiaba de opinión..."

París, así, se configura también como una auténtica educación sentimental –más que ideológica, salvadas las coincidencias antifranquistas por todos compartidas– imprescindible para entender lo que ocurriría después en España.

Conviene recordar que, por aquella época, aquí, un hombre que con el tiempo tendría un gran protagonismo en la dirección y conducción de los destinos de España llamado Felipe González, aún era un desconocido para las alertadas minorías que seguían el incipiente surgimiento de los muy tímidos movimientos de oposición al franquismo. Bien es cierto que había otras minorías bastante más poderosas que ya se estaban encargando desde lejanos despachos al otro lado del mar de configurar el itinerario de lo que habría de ser nuestra transición política y en su proyecto ya aparecía, o estaba a punto de aparecer, el nombre de Felipe González, eficazmente transmitido por el socialdemócrata alemán Willy Brandt, padre auténtico del abandono del marxismo por González y por la socialdemocracia europea a partir de aquel congreso de Bad Godesberg, principio y fin de todas las proteicas *terceras vías* que desde entonces se ensayan y ejecutan en el seno de la socialdemocracia.

En 1968 Juan Tomás logra en Londres un empleo de redactor en "The Economist", en su edición en castellano para América Latina, pero la nula rentabilidad de la iniciativa conduce al cierre –los británicos, tan expeditivos– un año más tarde, en 1969, momento en el que regresa a España con una razonable

cantidad de libras esterlinas que Juan Tomás obtiene como indemnización de "The Economist". Antes, durante su estancia en Colombia, ha conocido a una joven canadiense, su hoy viuda Bárbara Chaplin –"Barbarita"– una antigua empleada de la IATA –y, acaso por ello, por conocer las autopsias de las famosas "cajas negras", preocupada ante cada expectativa de un viaje en avión, medio de transporte que también suscita en Salas cierto temor– con la que contrae matrimonio.

"España económica"

La llegada de Juan Tomás de Salas a España abre una nueva etapa, un nuevo horizonte en su vida personal, profesional y política, en un momento en el que hace coincidir su reciente peripecia, la experiencia de su exilio –Bogotá, París, Londres– con las energías y las ganas de balón de su prometedora juventud –31 años– con un vago e impreciso ramillete de ideas políticas –salvo una, firme, acreditada, razonada y afianzada: que en España hubiera una democracia de corte occidental– que comienzan a fraguar y tomar cuerpo a imagen y semejanza de los modelos políticos que imperan al otro lado de los Pirineos: liberalismo, socialdemocracia y radical antifranquismo como común argamasa de conexión con exponentes y representantes de otras formaciones políticas y propuestas ideológicas, son los ingredientes esenciales, que, poco después, se transformarán en él en un simple y más homogéneo precipitado, un militante y fervoroso liberalismo que Juan Tomás profesará y defenderá "con la fé del carbonero" –una de sus expresiones favoritas– durante los siguientes 25 años.

Su primer trabajo en Madrid lo ejerce como efímero colaborador de "España Económica", una revista que pasaría a mejor vida poco después a manos de un tristemente célebre ministro de Información y Turismo de Franco, Alfredo Sánchez Bella, responsable también del cierre del diario "Madrid" y antes, del periódico de vida más corta de la historia de España, "Nivel", que sólo salió a la calle con un primer número, para ser inmediatamente cerrado por el ministro. "España Económica" es el primer antecedente y embrión de lo que más tarde sería "Cambio 16".

"España Económica" es casi una consecuencia del Plan de Estabilización de 1959, el primer pilar sólido para la modernización económica de España, debido a la inspiración de Juan Sardá, jefe del Servicio de Estudios del Banco de España con Mariano Navarro Rubio como ministro de Hacienda. El Plan no hacía otra cosa que aplicar las recetas keynesianas del Fondo Monetario a la economía española, basadas en el equilibrio interno y externo, la contención del consumo, el freno al "cáncer inflacionista" –han tenido que pasar cuatro décadas para que, por fin, hayamos entendido que la inflación es el "impuesto de los pobres"...Se comprende ahora la sincera desesperación de

Felipe González cuando trataba infructuosamente de hacérselo entender a los sindicatos, a los políticamente hipnotizados Redondo y Gutiérrez, y tantos otros, antes de que se embarcaran en aquella desafortunada cadena de huelgas y protestas que se inició poco después de llegar al poder a finales de 1982 y que alcanzó su culminación con la histórica huelga general del 14 de diciembre de 1988, en la que eclosionaron y cristalizaron en torno a los sindicatos todos los descontentos de la sociedad española con el Gobierno socialista por sus comportamientos autoritarios– y la progresiva liberalización de la economía española, proyectando estas actuaciones sobre el sector público, el exterior y la política monetaria.

El Plan funcionó ciertamente y puso las bases para la modernización económica del país. Y, como consecuencia de ello, se abrió un hueco claro a la liberalización política.

Por otra parte, la histórica cabecera de “España Económica” había pertenecido a la familia de los Madariaga, la de la madre de los hermanos Solana, los más conocidos Javier y Luis. En 1968 estaba en manos de la familia Vergara y el grupo de técnicos, economistas e intelectuales, muchos de ellos en el Servicio de Estudios del Banco de España –algunos de los cuales, más tarde, formarían el grupo de políticos y técnicos conocido como la “beautiful people”– habían decidido publicar una revista para verter en ella las ideas económicas que creían imprescindibles para el desarrollo y democratización del país. Pedro Schwartz es el encargado de hablar con José Vergara y adquirir la cabecera. Pronto, a su consejo se incorporó Juan Sardá y Gabriel Tortella, suegro de Carlos Bustelo y se consiguió financiación de algunos catalanes como Jordi Pujol o Domingo Valls Taberner.

Según Schwartz, el aspecto desaseado y amorfo de la revista les aconsejó la contratación de alguien como Juan Tomás, tras su regreso de Londres. Pero aquello no duró mucho tiempo. Los textos de EE provocaban grandes irritaciones en los equipos económicos del Gobierno tecnocrático de entonces, que entendían que su posición editorial no era precisamente coincidente con la visión económica que ofrecían los Planes de Desarrollo de Laureano López Rodó. El ministro de Hacienda, Espinosa San Martín, tachó de “comunistas” a los miembros del servicio de Estudios del Banco de España que colaboraban en la revista. Finalmente, tras forzar la desaparición del nombre de Juan Sardá de la mancheta, el ministro Sánchez Bella canceló su inscripción en el Registro y EE dejó de publicarse.

Duró ciertamente muy poco, pero sus economistas y colaboradores se convirtieron en foco de pensamiento económico y cantera de cuadros de la que saldrían todos los responsables de la política económica de toda la transición política española, todos ellos coincidentes en las mismas ideas básicas: política

monetaria ortodoxa, inflación cero, competitividad internacional, libre sindicación, empresas públicas saneadas y sin pérdidas y sector agrícola sin proteccionismo alguno. Y, de paso, primer embrión de lo que con el tiempo sería el pujante Grupo 16. Nombres como los de Carlos Bustelo, Juan Manuel Kindelán, Ernest Lluch, Alberto Oliart, Víctor Pérez Díaz, Luis Angel Rojo, José Luis Sampedro, Mariano Rubio, Raimundo Ortega, Miguel Boyer, Pedro Schwartz, Carlos Solchaga, los hermanos Linde o Jacinto Ros Hombravella, entre otros, estuvieron vinculados a “España Económica”.

Aquella vinculación de Juan Tomás con EE le relacionó asimismo con un grupo del que llegaría a formar parte, los llamados “beautiful people”, una generación de jóvenes y brillantes profesionales, aglutinados por lazos de amistad, intereses comunes y parentesco en torno a media docena de apellidos –“*no importa que cambie el régimen o el gobierno, en España siempre mandaremos los mismos*”, sentenció en 1982, altivo y clarividente, un miembro de la familia March ante este autor, entonces un sorprendido y escandalizado redactor: sabía de lo que hablaba– que ha tenido una persistente y decisiva influencia en los asuntos económicos y políticos del país durante décadas, antes de que la llegada del PSOE al poder en 1982 y el enfrentamiento con uno de sus sectores más poderosos, el entonces liderado por Alfonso Guerra, les acarreará problemas sin cuento.

Uno de los pilares de este grupo fue un exiliado republicano, Justino de Azcárate, un viejo liberal, nombrado ministro de Estado del Gobierno de la República el 17 de julio de 1936 –ni siquiera pudo tomar posesión del cargo, al estallar la guerra al día siguiente– sobrino de don Gumersindo de Azcárate, uno de los próceres de la Institución Libre de Enseñanza. Azcárate, ya fallecido, era el padre de Isabel Azcárate, primera esposa de Mariano Rubio, quien, tras divorciarse, contraería matrimonio con la escritora Carmen Posadas, que quedaría posteriormente convertida en viuda tras la muerte de Mariano Rubio en 1999.

Tras su regreso a España, en 1977, convertido en flamante Senador Real, Justino adquirió una finca en las estribaciones de la sierra de Gredos, la Dehesilla, para practicar su afición favorita, la equitación. El lugar se convertiría en una especie de foro campestre al que acudían cada fin de semana un ramillete de amigos con sus esposas, entre los que figuraban el propio Schwartz, Mariano Rubio, Miguel Boyer, Juan Tomás de Salas, César Ramírez –propietario a su vez de una finca vecina a La Dehesilla– Manuel de la Concha o Juan Manuel Kindelán, casado con Carlota Bustelo, otro de los apellidos clave en la historia de este grupo de gentes cultas, cosmopolitas y refinadas que se disponían a participar en el proceso histórico de la transición recién inaugurada.

El cierre de *España Económica* tan sólo dejó el fichero de suscriptores –la venta se realizaba por suscripción, aunque también se vendiera en algunos kioscos de Madrid y Barcelona– en torno a los mil quinientos, cifra muy estimable para la época, por tratarse, además de un núcleo de lectores de alto status socioeconómico, académico y profesional .

Juan Tomás de Salas ofreció a los propietarios de EE la mitad de las acciones de una nueva sociedad a cambio de la lista de suscriptores, pero la oferta fue rechazada con las visionarias excepciones de Mariano Rubio y Pedro Schwartz. Tan sólo obtuvo la promesa de colaboración con sus textos en la futura revista. Era el primer paso para la aparición de Cambio 16.

Los dieciseis

Aquel día, los periódicos madrileños, monótonamente idénticos entre sí, apenas ofrecían noticias de interés en sus primeras páginas. El Jefe del Estado (Franco) había recibido al ministro filipino de Asuntos Exteriores y a los mandos de la escuela de aviación chilena, en audiencia militar. España prohibía los “charter” con menos de siete días de permanencia en nuestro país, el Supremo de Estados Unidos confirmaba la legalidad de la pena de muerte y Kubala se afanaba –suena familiar en la España actual– por conseguir un “espíritu de equipo” en la selección española ante el reto de su encuentro con Chipre. El INI se decidía a mejorar su estructura financiera y los príncipes don Juan Carlos y doña Sofía presidieron una exhibición gimnástica del equipo olímpico japonés.

Esto decían los periódicos aquel 5 de mayo de 1971, fecha en la que quedaba constituida la sociedad “Información y Publicaciones, SA”, con un capital de cinco millones de pesetas repartido en quinientas acciones de diez mil. Sus promotores eran dieciseis personas, circunstancia ésta que acabó plasmada en la mancheta de la publicación, junto a un vocablo que sintonizaría de forma casi mágica con el sentir colectivo de los españoles de la época a punto de estrenar democracia. El “cambio” fue una palabra-talismán, un fetiche que, años más tarde, sería también la idea medular de la campaña socialista que llevó a Felipe González al poder en 1982 con la abrumadora mayoría de diez millones de votos y 202 escaños.

Los dieciseis fundadores de Inpulsa fueron José Luis Barreiros, Blas Calzada, Luis María de la Fuente, Juan Tomás de Salas, Romualdo de Toledo, Enrique Sarasola, Cesar Pontvianne, José Félix de Rivera, Alejandro Muñoz Alonso, Miguel Angel Ortega, Antonio García Ferrero, Domingo Garnedo, Luis González Seara, Alfredo Lafita, Miguel Muñiz y Juan Huarte. El consiguiente Consejo quedó constituido con Luis González Seara en la presidencia, Juan Tomás de Salas como Consejero-Delegado y Romualdo de Toledo como secretario

del Consejo.

Conviene detenerse en este hombre, Romualdo de Toledo y Sanz –hijo del meteorólogo Romualdo de Toledo y Robles, accionista junto con su hijo de Gualdalgenil, SA, sociedad accionista de Inpulsa– un empresario y abogado, amigo personal de Juan Tomás de Salas, con quien llegaría, a través de las sucesivas ampliaciones de capital, a construir una amplia y confortable mayoría societaria en el Grupo 16, hasta su fallecimiento en 1988. Su papel resulta clave para entender muchas de las cosas que ocurrirían en el futuro del Grupo.

Romualdo de Toledo era un hombretón risueño y desinhibido que también había ejercido la influencia de su poderoso encanto personal sobre Juan Tomás de Salas. Juan Tomás acostumbraba a decir que “Romualdo me enseñó a reír”, al haberle contagiado en sus años universitarios aquellas risotadas homéricas que le caracterizaban.

Juan Tomás, ciertamente, en sus juveniles años de estudiante, no sabía reír. Era un joven sombrío, taciturno y atemorizado, apesadumado por la larga sombra de una madre omnipresente y dominante, de la que llegó a escribir en un fin de semana en un chalet playero que poseía en el pueblo malagueño de San Pedro de Alcántara, un hermoso y atroz relato que leí presa del estupor ante tan bello, caótico y terrible texto trenzado de pasiones incontroladas. Al pedir mi opinión, me limité a resaltar su excelente prosa, salida de un alma que parecía aún subrepticamente atormentada, en permanente estado de ajuste de cuentas maternofiliales, por no haber sido capaz de resolver aquel oscuro período de su vida afectiva.

La incapacidad de Romualdo para ser mínimamente ordenado –el único control de las ventas de Diario 16 que existía en aquellos primeros años del despegue era el que Romualdo llevaba personalmente en una minúscula y raída libretita, en la que apuntaba con bolígrafo la tirada y venta de cada día– contrastaba con su entusiasmo e increíble capacidad de trabajo, sus nervios bien templados –era un gran conductor de coches, de una serenidad de piloto de pruebas, casi suicida, capaz de batir records en recorridos de muchos cientos de kilómetros con un destartado utilitario–.

Sucesivas ampliaciones de capital tienen el efecto de incorporar nuevos nombres al accionariado y afianzar por parte de Juan Tomás de Salas una posición crecientemente dominante. Nombres como los de César Ramírez, Matías Cortés, Ricardo Utrilla, Carlos Zayas o Juan Alcorta aparecen entre los nuevos accionistas, y, a finales de 1977 –año de las primeras elecciones democráticas, la victoria electoral de la UCD de Adolfo Suárez y el inesperado éxito del PSOE de Felipe González– que se sitúa como alternativa indiscutida y el decepcionante resultado del

PCE de Santiago Carrillo, con apenas dos decenas de escaños, que no logró rentabilizar electoralmente los cuarenta años de exilio y oposición prácticamente en solitario al franquismo- el capital social de Inpulsa ya se eleva a 150 millones de pesetas y los accionistas a un centenar.

González Seara dimite como presidente en la primavera de 1977 y es sustituido por Juan Tomás. Lo hace para comparecer como candidato al Senado por la UCD, integrado en el sector socialdemócrata de Fernández Ordóñez, en las elecciones generales del 15 de Junio –este sociólogo y catedrático llegaría a ser ministro de Universidades con Adolfo Suárez–.

A comienzos de 1976 se había creado la Junta de Fundadores, con el fin de velar por los principios ideológicos que inspiraban a la empresa y en ella toman asiento González Seara, Salas, Muñiz, Muñoz Alonso, Romualdo de Toledo, Barreiros, Calzada, Garsedo, García Ferrero y Ortega Alvarez-Santullano.

La destitución, a finales de 1975, de José Félix de Rivera, que ocupaba una de las vicepresidencias, provocó la primera gran crisis en el seno de la empresa, al producir la marcha de Sarasola, Zayas, Yunyent, De la Fuente y Rivera. Tres de ellos –De la Fuente, Sarasola y José Félix de Rivera– eran miembros del grupo de los dieciseis fundadores. Su salida arrastra a otros ocho accionistas y entre todos ellos representan una cuarta parte del capital.

De aquella crisis en Inpulsa hay diversas versiones. Los afectados señalarían como razón principal su discrepancia con la línea ideológica mantenida por la revista y con la gestión de la empresa. Esta, por su parte, señalaría como causas el voto de censura contra Sarasola, De Rivera y De la Fuente por parte de la Junta de Fundadores. Tras tan eufemísticas razones parecían ocultarse otros motivos menos edificantes o, quizá, más. Por ejemplo, la compra por parte de Sarasola y De Rivera, de un edificio en la madrileña calle de Serrano, que habría de servir de sede a la empresa. De acuerdo con informaciones que según Salas recibió antes de realizar la operación –que finalmente no se llevó a efecto– en la citada transacción alguien pensaba recibir una tan discreta como sustanciosa comisión de la que el Consejo de Administración no había tenido noticia. Sin embargo, las razones reales de la acción de Salas contra el grupo de Sarasola eran de mucho más calado que la tentativa de cobrar un comisión por la compra de un edificio. Esta era, al menos, la percepción de otros miembros fundadores como Blas Calzada –actual presidente de la Comisión Nacional del Mercado de Valores– que estimaban que, en realidad, la iniciativa de Salas de provocar la marcha de Sarasola y sus amigos de la empresa, tan solo fue un simple acto de defensa propia porque en realidad lo que Sarasola y sus amigos pretendían era quedarse con la

empresa y prescindir de Salas, una vez que éste había logrado ponerla en marcha y afianzar Cambio 16 como el semanario-revelación de la nueva España democrática que emergía. A juicio de algunos fundadores, Salas entre ellos, lo que Sarasola pretendía, una vez desplazado Salas, era poner Cambio 16 al servicio del apenas existente partido socialista.

La salida de este grupo de fundadores y accionistas tiene gran importancia histórica y sin duda ayuda a explicar el largo desencuentro, las persistentes reticencias, seguidas de manifiestas hostilidades con las que Felipe González distinguió a la figura de Juan Tomás de Salas y muy especialmente a partir de los primeros años de gobierno socialista.

Efectivamente, Sarasola oficiaba ya, desde varios años atrás, como el más relevante de los “empresarios de Felipe” y gran amigo personal del líder socialista, encargado de captar recursos para el partido. Asimismo, la coloración socialista de algunos que le acompañaron en su salida era notoria. A partir de aquel suceso, Salas mantendría un áspero y dilatado enfrentamiento con todos ellos pero muy especialmente con Enrique Sarasola, que se prolongó a lo largo de los años hasta sus últimos días, con la consiguiente contrariedad de Felipe González. En 1977 el propio González realizaría al autor de este libro muy elogiosos comentarios sobre Cambio 16, aunque “Salas –añadió– sea bastante difícil de entender y no muy de fiar”. La condición de heterodoxo e impredecible que Juan Tomás ya acreditaba, su autonomía e independencia de criterio ya habían sido detectadas por el fino olfato psicológico del líder socialista –una de sus grandes virtudes, quizá entre comillas, esta peculiaridad de González, unida a su condición de gran desconfiado, que contrasta con la nula sensibilidad, el espíritu tosco, de piedra pómez, de José María Aznar, causa principal de muchos de sus males– y acaso aquel serio desencuentro con Sarasola, que dio lugar a la primera gran crisis en Cambio 16, tuviera algo que ver en ello. Desde entonces, los recelos de González contra Salas nunca se desvanecerían y ya desde mucho antes de acceder al poder, aquellos indicios fueron detectados muy pronto por Juan Tomás. El Grupo Z, por ejemplo, de Antonio Asensio, sometió desde los primeros momentos –cuando inició su proceso de expansión y crecimiento, a partir del éxito conseguido, en los primeros años de la transición, con la ya mencionada revista “Interviú”, adelantada en el llamado “destape” y soporte del primer desnudo publicado en la portada de una revista española, el de la actriz y cantante Marisol– a un severo seguimiento del Grupo 16 que sin duda contribuyó a erosionarle.

Salas, que siempre vio tras el presidente del Grupo Z la larga mano de Felipe González –el apoyo político del Gobierno de González permitió a Asensio la compra de la mayoría de una

cadena de TV como Antena 3 sin poner una sola peseta de su bolsillo, con recursos financieros ajenos aportados por el Banesto de Mario Conde y el BCH de José María Amusatégui—acostumbraba a comentar jocosamente que “Asensio compite conmigo con una fórmula muy sencilla: copia descaradamente las ideas que yo tengo, las publicaciones que a mi se me ocurren, y después me roba los profesionales que se forman en mi casa para lanzarlas y ponerlas en marcha”.

Lo de “robar” era a todas luces excesivo, porque en una sociedad de libre oferta y demanda, los profesionales son muy dueños de ir donde mejor les convenga. Igual de legítimo que opinar, como Asensio parecía entender, que era mucho más sencillo seguir las reglas que parecen imperar en España, fijarse en las ideas ajenas si son exitosas que desarrollar las propias, y por ello realizaba ofertas a los periodistas más relevantes del Grupo 16 de una gran generosidad económica, muy superiores a las que recibían del Grupo, procedimiento que más tarde puso en marcha, desde Antena 3 TV, para fichar a diversos profesionales de la cadena rival, Tele 5, dirigida entonces por Valerio Lazarov. Estábamos, según Salas, ante un descarado acto de cleptomanía intelectual, de la sustracción de ideas ajenas seguida del “fichaje”, a base de retribuciones desmesuradas, de los hombres adecuados para ponerlas en marcha. Salas formularía la misma acusación contra su hermano Alfonso con motivo de la salida del diario “El Mundo” en 1989, cuando Pedro J. Ramírez, tras ser cesado por Salas, en compañía de casi medio centenar de profesionales de Diario 16, creó el periódico “El Mundo”.

Sin duda, algunas de las publicaciones de Salas, especialmente Cambio 16, fueron contrarrestadas en los kioscos por auténticas clonaciones periodísticas, por ofertas editoriales muy similares por parte de Asensio. Y, al igual que fichó a Jaime Peñafiel, que fuera durante 22 años principal animador de la mítica revista “Hola”, para realizar su competencia, “La Revista”, un costoso proyecto que no llegó a cuajar, “Cambio 16” obtuvo su réplica casi exacta con un semanario similar editado por el Grupo Z, la revista “Qué”, dirigida por Manuel Velasco, que había sido director de Cambio 16 durante su fase de despegue, que también acabó cerrando. Sin embargo, un segundo proyecto, la revista “Tiempo”, compitió exitosamente con “Cambio 16”, a la que acabó superando en ventas, que incorporó a la política ramificaciones del mundo de la prensa del corazón y viceversa, que obtuvo un mayor seguimiento de los lectores.

Tras ser lanzada y creada por Julián Lago, su director acabó siendo José Oneto, que fue director de Cambio 16 durante años, hasta que en 1986 rompió estruendosamente con Salas esgrimiendo su derecho a “la cláusula de conciencia”. Esta cláusula

es una prerrogativa constitucional que, al igual que el secreto profesional de los informadores, aún no ha sido desarrollada legislativamente y que recoge el artículo 20 de la Constitución, para salvaguardar los derechos económicos de los profesionales cuando un medio cambia de propiedad o de línea ideológica y editorial, que Oneto utilizó argumentando que Salas había provocado un cambio en la línea editorial del Grupo, al apoyar de forma visible y decidida la “Operación Roca” de Miguel Roca, Florentino Pérez y Antonio Garrigues –político liberal, hermano del desaparecido Joaquín– en las elecciones generales de 1986. Ironías de la vida, Antonio Asensio, al llegar el año 2000, padeció la misma enfermedad que Juan Tomás de Salas, y resistió recorriendo médicos y clínicas del mundo en busca de la solución a su dolencia, hasta fallecer en el año 2001.

Cambio 16

Con la pretensión editorial de “contribuir a una adecuada racionalización de nuestra vida económica y social” y reiterar las intenciones de “cambio”, de hacer un periodismo diferente basado en el análisis y en los perfiles más ocultos de la realidad que hasta entonces se le hurtaba a los españoles, un 19 de noviembre de 1971 aparecía en los kioscos de todo el país, con fecha del 22, una nueva aunque modesta publicación: era Cambio 16, “Semanao de Economía y Sociedad” –recuérdese “España Económica”– y en su portada, el logotipo, inscrito en un triángulo, del que era autor un diseñador publicitario argentino, Ernesto Padalino, transcribía el mensaje de letras y números al fundir como un implante los dos dígitos del “16” en las dos vocales finales de “Cambio”. Era, ciertamente, un leve toque de distinción, una sofisticada novedad para la época, en la que los kioscos españoles no se caracterizaban precisamente por mostrar publicaciones con grandes hallazgos en su diseño. Mas bien, las grises revistas españolas languidecían adormecidas en la larga siesta franquista.

La portada, más publicitaria que periodística, reiteraba icónicamente el mismo mensaje del epígrafe: la fotografía de una caja de caudales dentro de un gran bloque de hielo ilustraba el titular “Inversión congelada”.

Había nacido “Cambio 16”. A partir de entonces, el éxito más fulgurante acompañó el camino del semanario, que pronto se convirtió en un medio de gran influencia política y social –una especie de “órgano oficioso” de la España democrática que nacía– y, al mismo tiempo, en un máquina de hacer dinero. Desaparece el epígrafe de “Economía y Sociedad” y se convierte en un semanario de información general a principios de 1974 y se adentra de lleno en contar lo que ningún otro medio se atrevía a reflejar, con un estilo joven, nuevo, moderno, descarado y vigoroso, muy en línea con el periodismo anglosajón en el que

se habían adiestrado, como corresponsales, los nuevos fichajes de Juan Tomás: Manuel Velasco o Ricardo Utrilla y José Oneto, un profesional que había seguido atentamente para la agencia francesa France Presse todos los avatares políticos de los últimos años del franquismo.

“Cambio 16” revolucionó el lenguaje periodístico español de la época, incorporando el estilo *casual*, ingenioso y desenfadado de la prensa anglosajona. Historias rigurosas, contundentes y escuetas, bien informadas y documentadas, aunque hay que decir que muchas de ellas sesgadas en la buena dirección histórica, en la línea más crítica hacia el régimen de Franco, al igual que el tono general de la revista, escritas y editadas con un estilo de tono anglosajón en el que abundaban las menciones humorísticas o jocosas, las expresiones de doble sentido tan características del periodismo y el lenguaje publicitario anglosajones, los titulares y *píes* a base de referentes y analogías fonéticas, sin que tales licencias le hicieran perder un ápice de credibilidad, seriedad y rigor, acogidos a la chestertoniana creencia- también presente en los primeros proyectos de Juan Luis Cebrián, –de que lo divertido no es lo contrario de lo serio, sino de lo aburrido. Todo ello adobado con el inclasificable estilo, la creatividad y brillantez caótica y desordenada de Juan Tomás.

Al “estilo Cambio” pronto le salieron innumerables imitadores en la Prensa española, condenados de antemano al papel escasamente airoso de los que siguen caminos abiertos por otros. Y las consabidas envidias –recogidas reiteradamente en los elogiosos editoriales y comentarios del diario *Le Monde*– y los intentos de destrucción que se larvaron ya en aquellos primeros y existosos momentos de su nacimiento, y que, tristemente, cristalizarían muchos años después.

Allí se iniciaron los primeros pasos del citado periodismo de investigación que se hacía desde muchos años atrás en Estados Unidos –un punto de referencia constante para la redacción del semanario– el reportero interpretativo, las “cover stories” colectivas apoyadas al modo de “Time” –el más recurrente de los modelos de “Cambio”– o “Newsweek” en el trabajo de reporteros, documentalistas y escritores –*reporters, researchers, writers*– de historias. Eran tiempos de ingenuas y hasta infantiles veneraciones y deslumbramientos hacia “lo anglosajón”, “el periodismo americano”, merced a la sacralización un poco naif y provinciana de la prensa USA de la que ya hemos hablado que lograron transmitir al colectivo profesional quienes arrastraban la experiencia de corresponsalías en Estados Unidos, que se convirtió en la redacción de Cambio en una especie de incuestionable referente de entonaciones, casi de dogma religioso.

“El Hohenberg y el Mac Dougal” eran los nuevos evangelios de aquella emergente y bienintencionada secta –el libro de

Mac Doughall recogía, incluso, un “Credo” para periodistas, escrito por el editor Max Lerner— dos correctos manuales de preceptiva, gramática y morfología periodísticas —“The professional Journalist” de John Hohenberg, “Interpretative Reporting”, de Curtis MacDougall, dos profesores de la Columbia University y la Northwestern University, respectivamente— que iban ciertamente mucho más allá de la famosa “pirámide invertida”.

La susodicha pirámide había sido el cabal y rudimentario tótem geométrico —periodístico de las escuelas de periodismo hispanas, según el cual, la base invertida de la “pirámide” de una noticia debía acoger los ingredientes más importantes de la misma, mientras los secundarios irían alojándose en estratos gradualmente inferiores hasta llegar al vértice. Así, a la hora de reducir el tamaño de una información excesivamente larga, la “tijera” del redactor— jefe de turno tan sólo debía preocuparse de “cortar” por el vértice invertido de la pirámide, albergando siempre la seguridad de que el corte no afectaría nunca a “órganos” informativamente vitales. Aunque parezca mentira, los españoles se nutrieron informativamente y durante décadas merced a esta ingenioso dispositivo de preceptiva periodística conocido como la “pirámide invertida”. Otros, que ejercían como profesores de las escuelas de periodismo, como un adusto y en ocasiones encantador Rafael Salazar, ya fallecido, a la sazón profesor de la Escuela y subdirector del diario Ya, también teorizaban sobre “la cuerda”, ingenioso dispositivo para medir los textos no por el número de líneas o matrices, no mediante el uso de cíceros y tipómetros, sino utilizando un trozo de hilo o bramante en la platina para calibrar “a ojo” el tamaño de un paquete de plomo recién salido de las linotipias.

Aquellos años eran también tiempos ilusionados y juveniles en los que el trabajo era parte de una fiesta, inscrita a su vez en la grande e ilusionada fiesta nacional de la transición democrática que habría de comenzar en breve.

Las ventas crecen como la espuma en Cambio 16, en un proceso que se culmina en el número extraordinario de la muerte de Franco, en noviembre de 1975, que alcanza la increíble cifra de casi medio millón de ejemplares. Este autor contribuye como colaborador a la elaboración de aquel número mítico —la contratación oficial y definitiva como jefe de la sección de Internacional se produce pocas semanas después de aquel 20 de noviembre histórico— con la portada negra y el titular “La muerte” en letras blancas, con los únicos nombres de Tuñón de Lara y Hugh Thomas recogidos en la portada, en el minúsculo piso de la madrileña calle de Hermanos Becquer —a un tiro de piedra del que fuera domicilio del Almirante Carrero Blanco, en el mismo edificio en el que quien fuera poderoso secretario de Felipe

González, Julio Feo, tenía su *Instituto Consulta*, empresa que realizaba ya sondeos y encuestas para Cambio 16— que servía de sede para la redacción, administración y publicidad de la revista. La proyección nacional e internacional del semanario es ya imparable, especialmente a partir de 1976 cuando una tentativa del Gobierno de Arias Navarro de secuestrar la revista —el motivo, una ingenua caricatura que imaginó este autor, a la sazón redactor jefe, con los dibujantes Ortega y “Dodot”, en la que aparecía el Rey Juan Carlos, ataviado con un frac negro similar al del bailarín Fred Astaire para ilustrar su viaje a Estados Unidos, con el título “Un Rey en Nueva York”— provocó un airado editorial de *The Washington Post* que le creó un serio problema al ministro de Exteriores entonces, José María de Areilza . “Le Monde” también salió en su defensa, con un texto en el que, entre otras cosas, decía: “La tirada media de Cambio 16 es de 400.000 ejemplares —no eran tantos, salvo el número de La Muerte, pero sí eran muchos, ciertamente— cada semana (....) revista rica, seductora, ha suscitado envidias, cóleras y más envidias. Semana tras semana, toma partido por “una verdadera democracia”....” Que gran intuición la de Le Monde y su editorialista. Porque la envidia fue, sin duda, uno de los grandes ingredientes que se larvaron en el largo proceso de destrucción del Grupo 16.

El nuevo Gobierno de Adolfo Suárez respetó la revista y no se atrevió a retirar su inscripción, tal como habían pretendido, a raíz de aquel ingenuo y absurdo incidente de la caricatura regia, algunos miembros de su gabinete.

Juan Tomas

El mayo de 1975, medio año antes de la muerte de Franco, llegué a Cambio 16. Rodrigo Royo —creador de la Revista SP— durante escasos meses y sobre todo Juan Luis Cebrián, habían sido mis primeros mentores y maestros en el oficio de hacer periódicos. El tercero, a partir de aquel año 1975, Juan Tomás de Salas y, sobre todo, los profesionales de “Cambio 16”, casi una segunda casa para mi. Desde febrero de 1976 hasta mayo de 1980, fui jefe de la sección Internacional, redactor-jefe, subdirector y director adjunto a veces y otras adjunto a la dirección, etiquetas-subterfugio utilizadas en ocasiones por directores y editores, como meros comodines para dar satisfacción a ese pueril y vanidoso impulso de tantos periodistas que enloquecen cuando su nombre aparece en la mancheta del medio en cuestión una línea más abajo de lo debido o para evitar la engorrosa espiral de tan infantiles agravios comparativos.

En aquel espacio de tiempo pude conocer al verdadero, complejo, encantador, atractivo e imprevisible Juan Tomás. Joven, jovial, ingenuo a veces, niño grande, con una brizna de esa inmadurez egoísta que a veces se detecta en quienes no han tenido hijos o familiares a quien criar y sacar adelante y rellenan ese

hueco afectivo con una obsesiva y repentina afición por los perros. Creativo, desordenado, despistado, genial o genialoide, según los casos, inteligente en cualquier caso, intuitivo, generoso pero también visceral e injusto y hasta despiadado en algunas ocasiones con quien se enfrentaba a él, contra los que siempre tenía una razón para justificar el desencuentro y la ruptura para obsequiarlos con sus descalificadores y a veces duros comentarios, sus más contundentes invectivas. Mi cintateca cuenta con impagables testimonios sonoros de Juan Tomás que dejan bien a las claras su compleja y atractiva personalidad.

La diferencia en el comportamiento con otros editores era bien visible: como ejemplo contrario, la unión indisoluble, mantenida a lo largo de tres décadas por Jesús de Polanco y Juan Luis Cebrián o la protección y ayuda que Antonio Asensio brindaba a sus colaboradores, incluidos los procedentes del Grupo 16. Salas, en cambio, se convirtió en todo un precedente del contratipo del freudiano síndrome del asesinato del padre: el asesinato del hijo, recreación de otro aragonés como él –Goya– en una de sus pinturas más o menos negras, la de Saturno en saturnal festín devorando a su prole. O de lo que durante años sería moneda de cambio habitual: el “periodista-kleenex”, de usar y tirar.

Juan Tomás, a partir de los primeros momentos en Cambio 16, me distinguió con consideración y a la hora de escribir estas líneas, cuando Salas tras perder definitivamente su Grupo y las críticas y el olvido más injusto arreciaron sobre él hasta poco antes de su fallecimiento, en agosto del año 2000, los más veinte años que trabajé a su lado –entrelazados como he dicho con otro proceso no menos apasionante, el de la transición– constituyen, sin duda, no sólo la parte más dilatada y una de las más esenciales de una carrera profesional, también el período más rico, apasionante y gozoso de mi vida.

El que fuera Ministro del Interior, José Barrionuevo, buen conocedor de la situación en el País Vasco, siempre que tenía oportunidad dejaba oír su opinión: “Juan Tomás debería haber sido condecorado por su valiente defensa de la democracia en el País Vasco frente a ETA”. En su Gobierno, y especialmente Felipe González, no le hicieron mucho caso.

Creo que la mayor virtud que adornó a Juan Tomás en todos estos años no ha sido suficientemente puesta de relieve y tan sólo ahora reverdece, cuando los vientos mediáticos parecen augurar un control estricto de los medios y los profesionales por parte de instituciones financieras, grandes grupos editoriales y consorcios multimedia que se configuran a su vez como meras prolongaciones de apuestas políticas o ideológicas. “Nunca volveremos a trabajar en ningún sitio como Diario 16”, se lamentan, nostálgicos, la inmensa mayoría de los profesionales que

abandonaron el periódico para colaborar en otros medios informativos o, sencillamente, que pasaron a engrosar las filas del desempleo tras alguno de los incontables “Eres” (Expedientes de regulación de empleo) que puso en marcha el Diario antes de desaparecer.

Alberto Otaño

El recuerdo del Grupo 16, sus años de esplendor, se evocan hoy por sus profesionales con tristeza y melancolía. El lunes, 12 de enero del 2004, fallecía en su domicilio madrileño, a los sesenta años de edad, Alberto Otaño, uno de los periodistas de *Diario 16* más apreciados por todos. El diario *El Mundo*, en su muy leída sección de obituarios, publicaría una sentida nota necrológica firmada por este autor, en la que glosaba el itinerario humano y profesional de Otaño, el redactor jefe por antonomasia, alguien que había rechazado reiteradamente ofertas de ascenso a subdirector o a director adjunto, que sólo quería ser eso, redactor jefe, una figura que se diluye y está ya próxima a la extinción, al ritmo que marcan las nuevas tecnologías.

Otaño fue el providencial redactor jefe, aquel día a cargo del periódico, que impidió la entrada de la policía en las instalaciones industriales de Diario 16, exigiendo “el papelito”–mandamiento judicial– a los funcionarios que pretendían parar la rotativa con una gran exclusiva que bajo el título *La Conspiración* recogió en un estruendoso serial, recogía la deposición del ex teniente coronel de la Guardia Civil, Antonio Tejero, al fiscal togado de la causa que les juzgó, la 2/81, por la tentativa golpista del 23-F, la conocida como *dos barra ochentayuno*.

Aquel espíritu y cohesión un tanto misteriosos se manifestaban de nuevo con la presencia de aquel numerosísimo grupo de compañeros, todos con más canas y más quilos, muchos de los cuales no se veían desde hacía varios años, que dispensaban el último y emocionado adiós a Alberto Otaño. Y como si los malos augurios y presentimientos persiguieran a Diario 16 más allá incluso de su desaparición, el mismo día del fallecimiento de Otaño, y en el mismo tanatorio que acogía el duelo –el de la M-30 madrileña, muy cerca de Arturo Soria y a un tiro de piedra de la blanca mezquita islámica– fallecía en Madrid Vicente Tirado, uno de los operarios de talleres del periódico, también muy conocido y apreciado por todos, y de la misma dolencia pulmonar que acabó con la vida de Alberto Otaño.

En la sala del tanatorio comparecería una inesperada y nutridísima representación de aquellas redacciones de *Diario 16*, muchos de ellos en el paro, otros ya incluso retirados o disfrutando de una jubilación en ocasiones forzosa y anticipada –especialmente algunas personas de talleres, con los que Otaño mantenía un constante y estrecho contacto profesional y personal– y otros prestando sus servicios en otros medios, muy especialmente

en el diario *El Mundo*, como es mi caso, que, desde el mes de Octubre de 1998, publico ininterrumpidamente una columna diaria en la página 3 del periódico fundado y dirigido por Pedro J. Ramírez, firmada con el seudónimo de *Erasmus*.

Porque esa fue, sin duda, la gran virtud –y quizá el gran error, si puede hablarse de error a la hora de enjuiciar comportamiento tan virtuoso– de Salas, su compromiso personal con la libertad, su despistada tolerancia y permisividad para que cada profesional diera lo mejor de sí mismo y escribiera lo que considerara oportuno, que pudiera desenvolverse en su trabajo sin otras ataduras, limitaciones y cortapisas que pequeñas y hasta paternales reprimendas por parte del presidente. Si la información es poder, Salas propició que, bajo su amparo, el poder que dimana de la manufactura y el tratamiento del suceso informativo estuviera más y mejor repartido entre todos sus colaboradores de lo que nunca ha estado en ningún otro medio.

No hacía otra cosa Salas que ser coherente con la línea editorial de sus medios, llevando a la práctica los principios tantas veces y durante tantos años defendidos, los de una democracia liberal, moderna y europea, la defensa radical de las libertades y los derechos humanos individuales y de la colectividad, la efectiva separación de poderes, la economía libre y social de mercado, la lucha contra la corrupción y el viejo centralismo hispanos, muchos de los valores, en fin, que fueron recogidos en la letra y el ánimo de la Constitución de 1978. Salas, entonces, vivía como pensaba y no al revés y acaso la España más vieja poderosamente aferrada a las estructuras de poder, no podía permitir tanta irreverente heterodoxia, tanta y tan juvenil y subversiva libertad.

De su sentido de la sinceridad llegó, incluso, a darme prueba muchos años más tarde, cuando, destruido ya como editor de éxito tras tantos años de problemas políticos, cuando había ya perdido la propiedad del Grupo y acariciaba la posibilidad de regresar a él –tal como ocurrió, durante unos breves meses, en los que se le hizo creer que tenía un paquete de acciones vendidas por Domínguez, que en realidad no poseía, como hizo saber, en un desconcertante y emotivo texto publicado en el diario *El País*– de la mano de quienes le habían desposeído, confesaría a algunos colaboradores, que le exponían su sorpresa sobre su colaboración con algunas personas, precisamente las que tanto daño le habían causado: “No tengo otra salida...”

Otros, sin embargo, aportaron entonces testimonios menos enaltecedores y comprensivos. Fue el caso de Fernando Reilein, uno de los militares de la UMD, que fuera director adjunto de Diario 16 durante varios años. Reilein, muy severo con su antiguo editor –sobre el que escribió un durísimo artículo en el diario “El País”–, sostenía que “Juan Tomás solo ha tenido talento para buscar colaboradores con talento y exprimirlos y utilizarlos

hasta que han dejado de serle útiles”. Según la tesis de los más críticos, su pacto con los socialistas y, como consecuencia de él, sus feroces ataques a su hermano Alfonso y a Pedro J. Ramírez –aunque existieran razones familiares y afectivas para explicar, que no justificar, su irritación– no eran otra cosa que una tentativa de desviar su ira, su agresividad hacia terceros, porque, por temor, no se atrevía a dirigirla contra los auténticos causantes de su destrucción como editor, identificados en muchas ocasiones, por él mismo con Felipe González y su entorno.

Juan Tomás no mencionaba a quienes estiman –todos los responsables y antiguos colaboradores de *El Mundo* que proceden de Diario 16– que, dado por sentado que la competencia es dura y puede asistir alguna legitimidad en los grupos que persigan tu decaimiento y desaparición del mercado, que también él fue involuntario responsable de lo ocurrido con su devastado grupo editorial como consecuencia de sus errores, el más grave de ellos, la expulsión de Pedro J. Ramírez en 1989.

Juan Tomás, entonces, a mediados de 1996, momento en el que inicia su retorno al Grupo, pone en práctica todo un ingenuo y enternecedor operativo gestual para rescatar el viejo “look” del militante *progre*, la nueva metamorfosis ideológica de un liberal transformado en entusiasta seguidor de su verdugo.

Síndrome de Estocolmo en versión editorial, podría llamarse la figura. Se deja el pelo largo, la barba descuidada y desaseada –en una ocasión, en una corrida de toros, el Rey, con el que había mantenido una larga y cordial relación, le censuró amablemente su desaliño– rechaza la corbata –aunque su “sincorbatismo” sigue siendo igual de sofisticado, adopta las camisas sin cuello y su léxico y forma de hablar se hacen sospechosamente populacheros y *cheli*– con frecuentes ex abruptos, coloquiales y campechanos “¡tío!” esmaltando sus frases –y rehuye los escenarios públicos que le fueron habituales durante más de un cuarto de siglo–, lugares como los grandes hoteles madrileños como centros de citas y encuentros de trabajo o negocios, para sustituirlos por otros de perfume más *progre*, como algunos bares de La Castellana cercanos a su domicilio. Quien durante casi un cuarto de siglo frecuentó el refinado y distante estilo de los “beautiful”, quien utilizó los coches más lujosos –“mercedes” de las gamas más suntuosas, “Jaguar” o “BMW”, los campos de golf o su antigua mansión, posteriormente vendida, en la urbanización Puerta de Hierro madrileña, el lugar más distinguido, selecto y caro de la capital de España– había sufrido la descrita y deliberada metamorfosis para poder actuar con la adecuada desenvoltura en los escenarios y medios en los que se mueven sus nuevos compañeros.

Pero, al margen de las diferentes interpretaciones que puedan hacerse del comportamiento de Juan Tomás, todo el Grupo

16 fue, durante más de dos décadas, una auténtica sobredosis de libertad que dio rienda suelta a los más inesperados talentos, a una eclosión de creatividad individual y colectiva, a que en muchos casos, con muchos menos medios de los que poseían otras empresas o grupos, los resultados siempre fueran de una gran brillantez y originalidad que sus adversarios y rivales siempre combatían con el viejo dispositivo hispano, tan conocido: copiarlos y apoderarse de ellos como en un ejercicio de cleptomanía intelectual. Siempre existirá, no obstante, el testimonio postrero de un *testigo* presencial infalible para corroborar lo que aquí se dice: la hemeroteca.

Sin embargo, la libertad que se respiraba en el Grupo, el despreocupado despiste de Juan Tomás, su propia condición de persona influenciabile que le llevaba en ocasiones a seguir los consejos menos convenientes para el Grupo y para él mismo le hizo demasiado vulnerable y víctima propicia de todo tipo de intrigas, conspiraciones y maniobras de sus muchos y muy poderosos enemigos, adversarios, rivales y competidores y de sus terminales infiltrados en el Grupo. Este problema siempre le preocupó a Juan Tomás, que arrastraba la experiencia del *Felipe* y la obsesión de muchos de sus miembros por los *topos* y *submarinos* comunistas.

Pedro J. Ramírez, expulsado por Juan Tomás de Salas de la dirección de Diario 16, ha dejado el más completo y minucioso de los documentos sobre la personalidad y proceder de Juan Tomás Salas en dos libros útiles a la hora de estudiar su comportamiento aquellos años: "La rosa y el capullo" (Planeta, 1989) y "El mundo en mis manos" (Grijalbo, 1991) escrito éste último al alimón con la periodista Marta Robles. En ambos libros se da cuenta detallada del largo proceso que condujo desde su llegada en 1980 a la expulsión de Pedro J. Ramírez, comenzando por un lejano diciembre de 1983, un año después de haber llegado al poder Felipe González, cuando el secretario del presidente, Julio Feo, solicitó a uno de los consejeros del periódico el cese de Ramírez como director.

Eran tiempos ingenuos, juveniles, en los que el periodismo para Pedro J. –y también para Juan Tomás– era poco más que un juego apasionante que, incidentalmente, también daba para vivir. Y otorgaba grandes plataformas de poder. "El problema es que la prensa tiene demasiado poder", me diría tiempo después Javier Solana en su despacho, entonces de ministro de Asuntos Exteriores. Los perfiles intrépidos y aventureros, casi cinematográficos, las relaciones de camaradería y amistad con los dirigentes políticos aún no hacían presumir los oscuros tiempos que con los años habrían de llegar.

La Transición era casi un cuento de hadas en clave histórica y política en el que, por fin, *los buenos* de la película –las fuerzas

políticas democráticas y la prensa y los periodistas que nos situamos a su lado— estaban a punto de ganar la guerra a *los malos*, a los *señores del cristal oscuro* que no eran otros que los ya decrepitos y agotados —sin ninguna gana de luchar— intérpretes del pensamiento, palabra y obra del Caudillo. Javier Solana, ministro de Cultura del primer Gobierno de González, se lo haría saber a Pedro J, nada más llegar al poder, en 1983: “yo soy ministro y tu director de un periódico nacional. ¿No es maravilloso? “Dejó de serlo cuando pretendieron crear un ecosistema mediático monolítico y dócil con medios coordinados convenientemente desde el poder político.

Lo que habría de llegar, sin embargo, sería algo parecido a una pesadilla, una tentativa de destrucción social y hasta física de algunos periodistas —Pedro J. Ramírez el primero de la lista— que habían osado desbaratar el gran escenario tan delicadamente organizado con el concurso de tantas y tan poderosas fuerzas.

Ciertamente, estamos hablando de personas, de personalidades extraordinarias, de una capacidad de maniobra, resistencia y sacrificio fuera de lo normal y quizá el caso Ramírez sea el más notorio —especialmente, tras haber soportado la famosa campaña del *vídeo*— de todos ellos. Sin embargo, a lo largo de su extenuante y larga pugna personal, Ramírez, junto a sus virtudes, también ha cometido errores, al igual que este abajofirmante, los derivados de una despreocupación demasiado ingenua, no ver en algunos casos donde estaban los verdaderos peligros y los auténticos enemigos, ignorar que quienes arremetían contra él lo hacían a partir de sus peculiaridades psicológicas consideradas por ellos como fisuras por las que introducir la cuña de la destrucción. En diciembre de 1997, durante una comida de periodistas celebrada en Madrid, en los calores previos a la Navidad, un Juan Tomás muy distinto —acababa de abandonar la dirección de un ya maltrecho y agonizante Diario 16 al frente del cual había protagonizado la época más corta, ruidosa y accidentada de toda su historia— hizo el ejercicio de contar cuantos de los buenos y relevantes profesionales sentados a la mesa habían trabajado en alguna ocasión a sus órdenes en cualquiera de los medios del que fuera poderoso Grupo 16. Nueve, acaso diez, casi la mitad de los presentes, comentaría en voz alta y con un tono de satisfacción a un vecino de mesa, antiguo colaborador, han sido periodistas del Grupo 16. “Se le ha olvidado señalar un pequeño detalle a Juan Tomás”, comentaría con sorna más tarde el vecino de mesa. “Es verdad. Todos comenzamos o trabajamos con él. Pero se le ha olvidado decir que a los que estamos aquí, nos echó a todos...” Era Pedro Páramo, que había formado parte de la redacción de Cambio 16 y director de Tiempo con Antonio Asensio.

Esta, sin embargo, fue una de las características más controvertidas de Juan Tomás, su tornadiza y cambiante personalidad, su increíble capacidad para sucumbir a tan súbitos como pasajeros deslumbramientos ante cualquier colaborador para abandonarlos y desentenderse de ellos con la mayor tranquilidad, desdén e indiferencia, cuando no con las más duras invectivas si el despedido o desdeñado hacía oír públicamente su protesta. Ya Carlos Semprún lo intuyó en sus años parisinos, como se ha comentado antes. Con el agravante que suponía siempre la frustración para aquellos que caían en conflicto, de haber mantenido con él no una simple relación profesional o laboral, sino que por voluntad del propio Salas, el mundo de los afectos y los estrechos vínculos personales con sus colaboradores siempre aparecían en la escena de la ruptura, añadiendo a un despido o una separación profesional el trauma afectivo de una relación de amistad irreversiblemente rota, con las inevitables derivadas de frustración personal, y hasta rencor y deseos de venganza que tales rupturas conllevan en algunos casos cuando al contratiempo profesional se une el desaire afectivo. De ahí los rencores –y también los afectos, como el que este autor le profesó durante más de dos décadas, la principal razón de mi permanencia en el Grupo desdeñando una generosa oferta de Alfonso de Salas para formar parte del equipo fundacional del diario *El Mundo* en 1989– que llegaba a suscitar Juan Tomás.

Sus colaboradores más cercanos observaban como los elogios a veces desmedidos, las muestras de reconocimiento y cariño, en apenas horas venticuatro se transformaban en odios africanos o duros ataques contra el desventurado caído en desgracia. La improbable lista de damnificados de Juan Tomás resulta interminable y en ella figuran prácticamente todos sus más estrechos colaboradores –incluido su hermano, Alfonso, hoy presidente de Unidad Editorial, editora del diario “El Mundo”–. Salas sabía de sobra quienes habían diseñado la operación de acoso contra su grupo, de la que Mario Conde no era más que uno de los instrumentos de financiación.

Para Salas, tras la operación se encontraba el guerrismo, el grupo del todopoderoso “número dos” del partido y vicepresidente del Gobierno al que responsabilizaba de muchos de sus males, que ya intentó los primeros años de Gobierno socialista cerrar el grupo –llegaron a proponérselo a Fraga– a quien contemplaba como la “bicha” de sus amigos los “beautiful”. Y también la animosidad y hostilidad del entorno del propio Felipe González eran, aunque más sutiles, con grandes dosis de simulación, similares, que en cuanto a la Prensa se refiere coincidían en el mismo objetivo estratégico. Y muy especialmente, por parte de su hombre de máxima confianza en el campo mediático, que no era otro que Javier Solana o el citado Enrique

Sarasola, ya fallecido. Antonio López, el hasta diciembre del 2001 poderoso hombre de la información del BBVA, fue testigo, junto con otros directivos del banco, del disgusto y las protestas transmitidas a su banco por parte del entonces ministro de Cultura y portavoz del Gobierno, Javier Solana, porque los más importantes bancos del país, incluido el entonces BBV, cubrieron una emisión de obligaciones del Grupo 16 de mil millones de pesetas en el año 1985.

La lista de colaboradores de Juan Tomás que acabaron con separaciones más o menos conflictivas, ya se ha dicho, es larga pero uno de los casos de “divorcio” más resonantes –porque se trataba de uniones “casi conyugales”, que acababan con cruentas rupturas en las que aparecían los abogados como si fueran padrinos de duelistas decimonónicos– fue, sin duda, el de Pedro J. Ramírez. Tras convertirse ambas parejas –Juan Tomás y su mujer, Bárbara y Ramírez y la suya, Agatha Ruíz de la Prada– en amigos íntimos durante una década, tras apadrinar Juan Tomás a Tristán, el primer hijo de la pareja –nadie podría olvidar aquel bautizo, en la noble casona de campo de la familia materna de Agatha, en cuya capilla del siglo XVIII su hijo Tristán fue bautizado por José María Martín Patino, un jesuita inteligente y gracianesco, cerebro gris del cardenal de la Transición, Enrique Tarancón, más tarde hombre confianza de Jesús de Polanco y Juan Luis Cebrián en Prisa, que también ofició, junto a otro jesuita, compañero de carrera y de las páginas del periódico, Pedro Miguel Lamet, la emotiva ceremonia fúnebre del entierro de mi madre en la primavera de 1988– aquella unión derivó en una apoteosis de odios y descalificaciones por parte de Salas, tras ser Ramírez expulsado de la dirección de Diario 16 y arrastrar con él en su marcha al hermano de Juan Tomás, Alfonso de Salas y sus colaboradores más estrechos, como Balbino Fraga, Juan González y a un nutrido grupo de periodistas que formaron el núcleo de fundadores del diario “El Mundo”.

Otra escena inolvidable sería el entierro del padre de Juan Tomás de Salas, en el cementerio madrileño de La Almudena, en un lluvioso y frío atardecer del 7 de noviembre de 1990, en el que los equipos directivos de los dos periódicos, las filas de gabardinas, trincheras y sombreros se alinearon en torno al féretro, enfrentados y en silencio, en una ceremonia en la que muchos tan sólo echaron en falta para completar la escena las preceptivas fundas de violín y las cámaras de Coppola. En este punto, cabe decir que las manifestaciones tornadizas y los cambios bruscos en el terreno de los afectos nunca se dieron en mi caso. Mi relación de amistad con Juan Tomás se prolongó durante ventidós o ventitrés años con los inevitables y pasajeros desencuentros, durante todos los años en los que colaboré

con él en Cambio 16 y, más tarde, como director adjunto y director de Diario 16. Es más: tras la salida de Alfonso de Salas y de Pedro J. Ramírez para fundar el diario "El Mundo", recibí una generosa oferta, a la que ya he aludido, transmitida personalmente por Alfonso de Salas para unirme al equipo fundacional del nuevo periódico, que mantenía la misma categoría profesional que tenía en Diario 16 –director adjunto– un notable aumento de sueldo y un paquete de acciones del nuevo periódico. La razón que me impulsó a rechazar la oferta de Alfonso de Salas no fue otra, como he dicho, que los estrechos lazos afectivos que me unían a Juan Tomás. Lo que viene a demostrar, una vez más, que mezclar negocios y afectos, trabajo y amistad sigue siendo un mal asunto.

Esta complicada peculiaridad del carácter de Juan Tomás acaso haya sido el principal gran defecto –unido a su personalidad excesivamente influenciable, que llegaba a transmitir en ocasiones una cierta sensación de insegura y tornadiza debilidad– de un hombre por otra parte con tantas virtudes a su favor. Puede decirse que prácticamente todos los directores –salvo alguna excepción aislada– de Cambio 16 y Diario 16 fueron despedidos o abandonaron el Grupo dejando una estela de frustración, disgusto, incluso de rencor hacia Juan Tomás. Este autor, en cambio, siempre le recordará como una persona cuya memoria habrá de cimentarse en toda su obra y su dilatada presencia en el universo de los *media*, y no perfilar su retrato en base únicamente a los errores de sus últimos tiempos y muy especialmente a la expulsión de Pedro J. Ramírez de Diario 16. Aunque, tras conocer posteriormente detalles de mi nombramiento en julio de 1992 como director de Diario 16 –la empresa editora estaba en quiebra, dato que se me ocultó, y el nombramiento se produjo a instancias del gobierno de Felipe González– mi percepción del comportamiento de Juan Tomás cambió, aunque, no sé si Salas era del todo consciente, como he dicho, del alcance de la crisis del Grupo 16.

JGW: Joven, brillante y liberal

El espectacular éxito de Cambio 16, a partir de 1974, año en el que cambia de revista económica a semanario de información general, comenzaba a marcar una persistente y visible evolución en Juan Tomás de Salas, y en esta trayectoria personal tuvo una decisiva importancia el irresistible atractivo personal y político de una persona que marcaría su futuro y hasta sus posicionamientos ideológicos, el desaparecido Joaquín Garrigues Walker, líder *natural* de los liberales españoles, ministro de UCD con Adolfo Suárez, desaparecido en 1980, tras detectársele una leucemia mieloblástica que acabaría con su vida un año más tarde. El 14 de Febrero de 1980, día de San Valentín, Joaquín Garrigues, postrado en la cama de un Hospital, recuperándose

dolorosamente de los estragos que la quimioterapia causaban en su cuerpo, aún tuvo ánimos para escribir una larga carta al entonces miembro de la comisión ejecutiva socialista Javier Solana –responsable entonces del área de Estudios y Programas y motejada jocosamente por los periodistas como la secretaria de “Estudios y Abrazos”, dado el frenesí de gestos afectivos con el que Solana adornaba sus encuentros o reuniones– en respuesta a la que él le había enviado a principios de 1980, para recabar su opinión sobre el proyecto del programa económico del PSOE.

Vale la pena detenerse con cierto detalle en aquella larga carta –ocho folios de apretadas líneas a un solo espacio, que su autor me hizo llegar a mi también, para que fuera testigo y albacea de aquel singular documento– en la que se revelan algunos aspectos claves de la inusual personalidad de Garrigues, aquel joven y brillantísimo liberal.

“Los comentarios te los hago a título personal y de amigo y han representado para mi un relativo esfuerzo de concentración en estos momentos en los que todavía no ando sobrado de fuerzas. Te los hago porque me los has pedido, aunque no por escrito, y en segundo lugar porque son tantos los socialistas y liberales del mundo que tienen a veces que juntar sus esfuerzos para gobernar que he pensado que no sobraban motivos aunque me faltasen las fuerzas, para ayudaros a pensar sobre el Programa de la economía socialista...”, señalaba al comienzo de su misiva el aún ministro Garrigues.

“Estos comentarios –añade– debo empezar por decir, son críticos pues no otra cosa debías esperar de mi reflexión y los hago desde una doble óptica: en primer lugar, como liberal y, en segundo lugar, tratando de situarme en la óptica socialista (...) El objetivo igualitarista del programa y su principal instrumento, la sujeción de lo económico al control político y social, sugieren dos órdenes de comentarios. En primer lugar, el uso del término “igualdad” en un programa que debe inspirar la acción no es demasiado feliz si no va acompañado de mayores precisiones. La igualdad “in nuce” es un objetivo confuso y, por tanto, peligroso. Su popularidad se debe al sentimiento generalizado de que más igualdad (económica) equivale a mejora de los ingresos de los más pobres. Pero más igualdad también puede significar la reducción de los ingresos de los más ricos o la reducción de oportunidades para despegarse de la media, con el consiguiente efecto negativo para los “pobres” que ello supondría, al reducir el crecimiento de la renta y por consiguiente, los recursos susceptibles de redistribución. Este comentario te puede parecer excesivamente capitalista pero la historia nos ha demostrado a unos y a otros que cuando la economía se controla desde el sector público o social (por seguir con el eufemismo) se tiende

inexorablemente hacia el empobrecimiento de todos, es decir, se iguala en la pobreza (...)"

"Buena parte de las "contradicciones", desequilibrios, insuficiencias y carencias que el documento identifica en el sistema económico español ¿no son, acaso, consecuencia directa o indirecta del proceso de industrialización dirigista y por tanto de la intervención de los poderes públicos en las decisiones económicas básicas? ¿Puede sostenerse, sin descrédito, por poner un ejemplo particularmente importante para los socialistas, que el elevado grado de desempleo actual es independiente de los pasados políticos laborales diseñados e impulsados por pasados poderes públicos? (...) Pretender como se hace en el programa que "la planificación concertada defina los objetivos fundamentales de evolución de la economía a medio plazo, con una cuantificación de la evolución del producto social, de su reparto entre inversión y consumo y de los intercambios exteriores" es no haber aprendido nada de los fracasos que en este tipo de intentos se han producido en España, en incluso en toda la OCDE"(...)

"No menos voluntaristas resultan las pretensiones de reforma de la Administración pública, que es por supuesto el instrumento básico de gestión de todo el programa socialista. Sus objetivos en este ámbito son conseguir la neutralidad de la Administración y su docilidad respecto al Gobierno, incrementar su eficacia, y más concretamente reformar en profundidad el proceso de elaboración de los Presupuestos Generales del Estado. Es evidente que tales objetivos debieran orientar en mayor medida los trabajos de una generación, que formar parte de una estrategia de acción inmediata. Por no mencionar las múltiples experiencias en el terreno de la reforma administrativa que han conseguido algunos resultados tras dos o tres lustros de su puesta en práctica (...)"

"Cabría para terminar preguntarse: Propiedad Pública, Burocracia y Corporaciones con cabeza democrática ¿es socialismo? Si encuentras la respuesta llámame por teléfono a la Clínica para ver si definitivamente me recupero.

En el supuesto poco probable de que hayas llegado hasta este punto de la carta te preguntará a ti mismo si una cabeza tan privilegiada como la mía puede estar marginada de las decisiones trascendentales del país a lo que te anticipo la respuesta: poder, se puede como se ve. Otra cosa distinta es que deba ser marginada.

Si yo viviera en América estos comentarios te costarían unos trescientos mil dólares. Pero como vivo aquí te ruego que me ingreses la cantidad de una peseta en mi cuenta corriente en el Banco Español de Crédito cuya vida, como institución privada, guarde Dios muchos años. Te envío un fuerte abrazo".

Garrigues no era adivino y no podía llegar a prever las turbulentas

vicisitudes por las que atravesaría el popularísimo Banesto.

La carta de Garrigues –un ministro del Gobierno, postrado en cama con una enfermedad que poco después le llevaría a la tumba– dirigida a un dirigente socialista, revela, no sólo su ideario político y económico, también la atractiva personalidad y su insólito sentido del humor: nunca hubiera podido adivinar el bueno de Joaquín Garrigues que el Banesto de sus amores caería, años más tarde, y merced a la impagable ayuda de sectores poderosos del partido socialista, en manos de un entonces inexistente Mario Conde, que con el tiempo se convertiría en martillo de todos los liberales y los *beautiful*, tan cercanos a Garrigues. También la ingenua promiscuidad de algunos políticos liberales de la Transición, que entendían la función pública como una actividad cuyos componentes lúdicos, convivenciales y de camaradería resultaría para algunos suicida. Entre ellos, Joaquín Garrigues. Eso de gobernar “con los socialistas” no era más que una forma elegante de claudicación ante las ínfulas invasoras de los socialdemócratas –o los más taimados operativos, de coincidente intención, de “la gran mantis” democristiana– que demostraba por otra parte, y una vez más, lo certero de las tesis de Maquiavelo o posteriormente, de nuestro Baltasar Gracián, la inequívoca superioridad a la hora de luchar por el poder y alcanzarlo, de la astucia, la simulación y el engaño, sobre el talento ingenuo, la brillantez y la capacidad de reflexión que acreditaba Garrigues en su carta, en todos sus comentarios. Era tan sólo una simple repetición a escala individual de la permanente actitud de antropofagia política y perpetua tomadura de pelo que los socialdemócratas y los cristianodemócratas han tratado de ejercer con la doliente y bobalicona Internacional Liberal –esos *idiotas magníficos*, en expresiva descripción de un socialista francés– fundada, precisamente, por un tío de Javier Solana, don Salvador de Madariaga, aquel a quien Ortega motejó tan cruel como premonitoriamente como “un tonto en cinco idiomas”. Esa atracción fatal se trasladó también al periódico, al Grupo de Juan Tomás de Salas y a algún otro.

Se diría que el Grupo 16 de Salas había heredado todas esas características de ingenuidad de los liberales, convirtiéndose en una organización que, merced a la excusa del pluralismo, dejaba todos los flancos al aire convertida en víctima fácil para sus adversarios y enemigos que infiltraron a sus *topos* por doquier. La evolución de los acontecimientos históricos ha demostrado la supremacía del pensamiento liberal sobre socialdemócratas o democristianos, y, sin embargo, el liberalismo como organización política está prácticamente desaparecido y socialistas y cristianos cuentan con más poder que nunca.

“Mazagatos mon amour”

Este era el Joaquín Garrigues que impactaría de forma indeleble en Juan Tomás de Salas, con el que establecería una estrechísima amistad. La casa de campo de Garrigues en un pequeño pueblecito segoviano, Mazagatos, era escenario de frecuentes encuentros entre ambos. Era una vieja casona de campo, con las paredes de adobe, rehabilitada y climatizada con una “gloria” eléctrica y decorada a base de esteras y amplios y cómodos sofás tapizados con loneta blanca que convivían con rústicos arados, artesas de madera, guadañas, rodas y cedazos y demás utillaje rural, estratégicamente colocados como testigos etnográficos de la comarca segoviana que los acogía por los sofisticados interioristas de “Casa y Jardín”. En su casa de Mazagatos, al calor de las chimeneas y la “gloria” y entre sus cálidas paredes, Joaquín se sentía feliz con sus amigos, entre ellos con Juan Tomás, Pedro Schwartz, Pedro López Jiménez o la que con los años sería la primera ministra de Cultura y después alcaldesa de Sevilla, Soledad Becerril, liberal también. “Mazagatos, mon amour” fue uno de los sentidos homenajes, con la edición de un suplemento especial, que Diario 16 le dedicó tras su muerte. A partir de entonces, de su relación con Garrigues, Juan Tomás abrazó con aquel entusiasmo suyo, tan espontáneo y juvenil, que le caracterizaba, el ideario liberal y hasta reavivó en él su vieja y ya olvidada vocación política. En ello también había tenido mucho que ver su mujer, la canadiense Bárbara Chaplin, al igual que en las estrechas relaciones mantenidas con los llamados “beautiful people”. Bárbara siempre se sintió atraída por el elegante y desganado “glamour” social de los Garrigues, con ese deslumbramiento un poco ingenuo que muchos americanos sienten por las viejas y distinguidas familias europeas. Ella fue principal impulsora de la vindicación, por parte de Juan Tomás, de un viejo título nobiliario de su madre, el marquesado de Montecastro y Llanahermosa, que siempre figuraba en los tarjetones de invitación a las recepciones y actos de la Familia Real a los que los Salas acudían. Y en cierta ocasión, durante una visita a México en la que coincidí con el matrimonio Salas, tuve la oportunidad de participar en una operación de rastreo urbano para localizar y tratar de visitar un viejo palacio, que descubrimos cerca del Zócalo de la capital mexicana, que había sido residencia del marqués de Montecastro, lejano antepasado de los Salas.

Antes de caer enfermo a mediados de 1979, Garrigues, cuya ambición política era bien conocida, comenzó a acariciar la idea de competir por el liderazgo de la UCD y acceder a la presidencia del Gobierno que entonces ostentaba Adolfo Suárez. Suárez lo sabía y, a pesar de todo, no podía dejar de sentir afecto por Garrigues. En alguna ocasión, en el Congreso de los Diputados, el bar de Chicote –ubicado justo tras la puerta principal de la

cámara que sólo se abre para recibir a los Reyes, en las jornadas de puertas abiertas en la conmemoración de los aniversarios de la Carta Magna, lugar que hoy ocupa la estancia que acoge la gran estatua de mármol de Isabel II, merced a la sensibilidad histórica de Gregorio Peces Barba que la trasladó allí, siendo presidente de la Cámara Baja tras la victoria electoral socialista de 1982— Garrigues, que ya reflejaba los indelebles estigmas de la enfermedad que le aquejaba, coincidía en una mesa del bar con varios periodistas —entre ellos, el autor de este libro— y el presidente Suárez. En aquellos encuentros, triviales e intrascendentes, en torno a unas tazas de café en los momentos de menor interés parlamentario en los que muchos diputados abandonaban la sala de plenos, Joaquín establecía ante los deslumbrados, sorprendidos y por supuesto encantados periodistas, no declarados torneos de ingenio y habilidad dialéctica con Suárez, que resultaba inevitable y estrepitosamente derrotado por la capacidad de repentización de Joaquín, con los citados tres o cuatro periodistas como testigos. Adolfo Suárez, generoso y magnánimo, presidente del Gobierno, no se olvide, dejaba hacer en aquellos atardeceres parlamentarios y daba por bien empleadas las derrotas retóricas ante el imparables sarcasmo anglosajón de Joaquín, uno de sus ministros.

Nadie podría imaginar a González —no digamos a Aznar— protagonizando una escena similar, en la que cualquiera de sus ministros les derrota dialécticamente a base de ingenio y sentido del humor. Y con periodistas como testigos. Suárez, sí. Acaso por eso, por su exceso de bonhomía, tuvo Suárez, en buena medida, los problemas que tuvo.

Juan Tomás participaba de forma entusiasta del pensamiento y los proyectos de Joaquín Garrigues. Llegaron, incluso, a hacer planes y diseños concretos, —mucho antes obviamente de aparecer la grave e irreversible enfermedad de Garrigues— como el de la participación de Salas en la actividad política, a dibujar incluso una lista-borrador de gobierno. El cargo del que llegaron a hablar ambos era el de una vicepresidencia política que Juan Tomás ocuparía en un eventual Gobierno presidido por Garrigues. Aquel proyecto, con sus componentes de utópico e ingenuo voluntarismo, de cuento de la lechera en clave política, se fueron definitivamente al traste al aparecer la terrible dolencia —la leucemia mieloblástica— que acabó con la vida de Garrigues en 1981.

La enfermedad le permitió a Joaquín hacer un insólito alarde de su sentido del humor, en la solanesca gama del gris marengo virando al negro, que llevó hasta el mismo lecho de muerte, publicando varios e inclasificables textos como artículos en el diario “El País” desde junio de 1979 hasta febrero de 1980, —“El pelícano que se descolgó de la jaula de oro”; “Yo que tú no lo

haría, forastero”; “Maldición, el bazo ataca de nuevo”; “Anecdotario curioso del bazo más grande de todo el océano ...” – en el que un personaje con iniciales coincidentes, Jacinto Galinga Vázquez, o bien, el más ajustado de Javier Gómez Wenceslao, se desnudaba elegantemente y sin exagerar ante el respetable, rescataba expresiones del comic, de la más temprana adolescencia, al tiempo que vindicaba para su apellido a través de la sutil ridiculización del lance, la condición de “clan Kennedy a la española”: “El forastero respondía a las siglas de rigor; JGW (¿Otra vez?) aunque todo el mundo le conocía por su nombre y apellidos, que, como fácilmente puede adivinarse, no eran otros que Javier Gómez Wenceslao, celtíbero de pura cepa por mucho que intentara disimularlo para satisfacer las demandas de su imagen cosmopolita adulterada por los viajes a Totana (provincia de Murcia, Spain), en busca de sus raíces con la misma intensidad y emoción con la que los yanquis descubren en Irlanda la casa del bisabuelo que nunca existió...” No sabremos nunca si lo que no existió fue el bisabuelo o la casita irlandesa, en clara alusión a las raíces irlandesas de los Kennedy. El análisis de aquellos textos descubría la charleta deslumbrante y desgana de aquellos espíritus vagamente anglosajones que anidaron en las hispanas partidas de nacimiento de los Garrigues Walker, en aquellos mentones geométricos y desaforados, trazados con rotuladores rotundos, como hachas, de “comic” a lo Dick Tracy, tan distantes de las siluetas enjutas y sarmentosas, de las mandíbulas huidizas y fugitivas que la avitaminosis y las dietas hipocalóricas del hambre de postguerra alumbraban por doquier en aquellas tierras murcianas de Totana y que recalaban, inevitablemente, en las filas de la izquierda. Aquella imagen de “clan Kennedy a la española” que se adjudicó a los Garrigues, no era ciertamente ociosa, de ahí la alusión a las raíces irlandesas, al viaje del “hombre tranquilo”, a las verdes campiñas de la vieja Eire, pues las coincidencias –dentro de la modestia de éstos frente al colosalismo turbulento del modelo de los políticos y magnates bostonianos, su apoteosis de senadores, *mobsters*, mafiosos y traficantes de alcohol en los años de la Ley Seca– eran numerosas. Ricos y pudientes, muchos de ellos ostentaban u ostentan aquellos mismos vigorosos y voluntariosos rostros tallados a martillazos de los Kennedy, especialmente Antonio, titular de uno de los primeros bufetes de España, que lucía en las entrevistas de los periódicos su pose de Clark Kent y sus gafas de reportero despistado del “Daily Planet”. Lo malo es que en su comparecencia electoral dentro de la llamada “Operación Roca”, algunos de sus compañeros de candidatura no tuvieron muy en cuenta tales adornos, tan distinguidas heráldicas, no se portaron demasiado bien con él y no desaprovecharon ocasión para ridiculizarle. El viejo fulanismo insolidario de

la derecha española. Además, don Antonio Garrigues padre –con la entrada del año 2004, algunos medios informativos celebraron y elogiaron su biografía humana y política al cumplir nada menos que 100 años, su tránsito por tres gobiernos y tres regímenes, el de Franco, el de Arias Navarro y el de la democracia y tal cúmulo de elogios y sobresaltos y emociones parece que no superó, porque falleció pocas semanas después– que, como se ha dicho, fuera ministro de Justicia con Arias Navarro y embajador ante la Santa Sede, había mantenido una muy estrecha amistad con la viuda de John Kennedy, Jacqueline, que en algunos mentideros washingtonianos se llegó a transformar en discreto romance, nunca confirmado del todo, aunque posteriores y recientes revelaciones han insistido en ello y han descubierto que Jacqueline era, ciertamente, muy activa en cuestiones amorosas, una especie de *man eater* o devoradora de hombres y que la fama de atleta sexual de su ilustre esposo acaso se sustanciara con Marilyn Monroe y otras como ella, pero no con Jacqueline Bouvier, la señora presidenta. En cualquier caso no le iba a la zaga en este aspecto a su descomunal y augusto marido John F. Kennedy.

El mismo Joaquín, en la campaña electoral que realizó en las elecciones de marzo de 1979, adoptó aquel acento entre sofisticado y populista que caracterizaba las campañas de los Kennedy. La distinción del apellido y el brillo que le otorgaba su condición de ministro cohabitaban con la simpática campechanía de su personalidad, su inteligente y bien administrada sencillez a la hora de tomar café en las humildes casas de los electores murcianos de Totana. Sólo que en Estados Unidos la riqueza era y es un acicate, un estímulo y motivo de admiración y en la España igualitarista y envidiosa una muy pesada rémora.

El pelícano socarrón en su jaula de oro, relataba el “Anecdotario curioso del bazo más grande de todo el océano”, porque Joaquín estaba dispuesto a aferrarse a cualquier esperanza para no enfrentarse a la gravedad irreversible de su dolencia. Así, el gigantesco absceso de pus que se le formaba súbitamente en la espalda no tenía nada que ver con las disfunciones de su sistema inmunológico, sino con “el idiota del médico que no se ha dado cuenta de lo que tenía ahí”. Del mismo modo, la dolencia que le consumía no era otra cosa que consecuencia de una pasajera inflamación del bazo.

Aún, la imagen de desteñida elegancia de Joaquín no había sido adulterada por la sonrisa del pelícano de Pepe Navarro y otros experimentos televisivos. Faltaban quince años y dos glaciaciones mediáticas para que llegaran los nuevos aires del pluralismo televisivo. En aquellos años, España aún no estaba acostumbrada a que todo un ministro del Gobierno escribiera aquellas cosas y de aquella forma tan desenfadada, socarrona, irreverente

y surrealista.

Aquella fábula autobiográfica, aquel apólogo de Joaquín fue una especie de jocoso y extravagante trasunto de esa fugaz “película” de toda una vida que –según aseguran quienes han regresado de “la otra orilla”– durante apenas un segundo pasa ante los ojos y la mente de los moribundos momentos antes de expirar. La leucemia apareció de improviso y acaso un apresurado e instintivo impulso de perpetuar su memoria con sus más íntimas reflexiones, ajenas y distantes de los textos políticos, le llevó a producir aquellos extraños, singulares y estrambóticos escritos en los que esencialmente trataba de conjurar sus miedos por el sencillo procedimiento de reirse de sí mismo.

Antes de morir, en los albores del verano de aquel año 1980, –en 1984, mi hermana menor Ana María, fallecería de una dolencia similar, con 28 años– Garrigues tomó de nuevo asiento en su escaño del Parlamento tras una larga convalecencia. Muy delgado y demacrado, con el rostro amarillento y lívido, estragado por la enfermedad, mostrando los devastadores rastros de la alopecia provocada por la inmisericorde quimioterapia –aún no se habían puesto en práctica los procedimientos terapéuticos de trasplante y auto trasplante de médula que salvaron de la terrible dolencia al tenor José Carreras, tratado de su enfermedad en un centro hospitalario de Seattle, en el estado de Washington– el pleno de la Cámara Baja, con todos los diputados puestos en pie, le tributó a Joaquín una premonitoria, unánime y estruendosa ovación, y el abrazo de todos, simbolizados en los de Suárez y el del líder de la oposición entonces, un juvenil y agitanado Felipe González.

Aunque sentía afecto por Suárez, que le nombró ministro en tres de sus gobiernos, Garrigues no le profesaba el menor respeto político ni intelectual, le consideraba inmovilizado por los complejos de su pasado político en el régimen de Franco, sin la firmeza y claridad de ideas precisa para mantener el partido unido y trazar y llevar a la práctica un proyecto político serio, moderno y de futuro. No andaba errado en este aspecto, si se considera que la actitud política permanentemente atemorizada de Suárez tenía el soporte de 168 escaños, doce más de los que obtuvo en 1996 el desacomplejado PP de José María Aznar. Lo que viene a demostrar que la firmeza en las ideas y las conductas de un líder es suficiente para contagiar de fortaleza política a toda una organización. Este es, sin duda, el reto, la incógnita que rodea aún la personalidad de Mariano Rajoy, quien, a finales del año 2003, declaraba: “Gobernar también es decir no”. Apenas podría sugerirse, de acuerdo con Maquiavelo, un leve matiz de cambio de adverbio, que debería decir *sobre todo* en lugar de *también*. Lo que pasa es que, ahora, a él, no le va a tocar decir que no, gobernar, sino escuchar las negativas de los que ya

gobiernan, los ministros del partido socialista.

En una de las muchas y largas conversaciones que por aquellas fechas –febrero de 1980– mantuve con él en su habitación del Hospital Clínico de Madrid, como complemento de otras celebradas en su despacho de ministro “sin cartera” en el complejo de la Moncloa “donde no tengo nada que hacer” –Suárez, conecedor de lo irreversible de su enfermedad, había adoptado la piadosa y generosa decisión de mantenerlo en el Gobierno salido de las elecciones de marzo de 1979 como “Ministro Adjunto al Presidente”– o en encuentros anteriores en su despacho, su domicilio madrileño o su casa de Mazagatos, Garrigues siempre dejaba claro que consideraba que el papel histórico de Adolfo Suárez había concluido tras desmontar el régimen franquista, celebrar las primeras elecciones democráticas y culminar la elaboración de la Constitución de 1978. El final, como así fue, era cuestión de tiempo. Los socialistas ciertamente supieron aprovechar esta fisura y otras muchas surgidas o provocadas por ellos mismos en el seno de la UCD para dinamitar aquel partido desde dentro, con la ayuda de *topos* como Francisco Fernández Ordóñez.

Juan Tomás de Salas, por su parte, reproducía milimétricamente esta forma de pensar de Garrigues y sus críticas de entonces a Suárez iban en idéntica dirección. Durante 1978 el acoso a Suárez fue permanente, lo que no le impidió ganar nuevamente las elecciones en marzo de 1979, aumentando incluso el número de escaños de 166 a 168.

El bienintencionado pero ingenuo error estratégico y de percepción de Garrigues –como hemos visto en el primer párrafo de su carta a Solana,– residía en creer que la connivencia entre “socialdemócratas y liberales” de otros países europeos –Alemania especialmente– era trasplantable a España con el PSOE –o con los democristianos– que pensaba en un proyecto hegemónico y en solitario, puesto en práctica a partir de 1982, que no sólo no precisaba de los escasísimos liberales para nada, sino que consideraba a éstos un adversario a batir, tarea que se realizó de forma contundente, como veríamos en el transcurso de los años y la destrucción y aniquilamiento del Grupo 16 no es más que una consecuencia de ello, basado en el temor a la superioridad doctrinal e ideológica del liberalismo. Estamos ante la vieja controversia, la lucha de la cobra y la mangosta, la supuesta superioridad doctrinal y teórica del liberalismo, como sistema de libertades, frente a la eficacia de los *aparatchiki*, que desdeñan el debate ideológico, entendido por algunos de ellos como simple superestructura de poder, basada, obsesivamente, en los resultados a la hora de perseguir la ocupación de instancias y plataformas de poder. Siempre es mucho más fácil destruir que construir como se ha dicho y los cementerios están llenos de

gente que tenía razón.

Al final, la ingenuidad política de Garrigues y la labor de termitas diabólicas de algunos democristianos acabaron haciéndole al PSOE de González y Solana parte del trabajo de demolición de Adolfo Suárez y la UCD, para acabar trasquilados y sin peana.

En mayo de 1978, Juan Tomás de Salas escribía en “Cambio 16” una “traducción” casi literal del pensamiento de Garrigues, esa translación de los esquemas político-ideológicos a los marcos geométricos en un enternecedor ejercicio de reduccionismo doctrinal administrado como *bledines* políticos para mentes no demasiado exigentes, aunque, bien es cierto que entonces eran la mayoría de los españoles, recién llegados a un régimen de libertades democráticas. Estaba titulada “¡Viva el partido liberal!”: “...Corriente o Partido Liberal que deberá extraer sus votos de ese centro-centro que votó a la UCD el 15 de junio porque no tenía a otro a quien votar. Sus líderes saldrán probablemente de la misma UCD y muchos de sus diputados también. Serán implacables en la defensa de los derechos humanos, en la lucha contra el centralismo, la opresión y la corrupción del Estado, pero exigirán también responsabilidad exacta en el mundo de la producción. Sus enemigos directos serán los resabios franquistas de la UCD y sus aliados naturales serán los socialistas liberales del PSOE. Si la corriente liberal renace aquí –llámese socialdemócrata o demócrata “a tutiplén” socialistas y liberales deberán ser los constructores de la próxima España de cien años– o de cincuenta.” Como se ve, el germen de la ruptura de la UCD ya aparecía en aquellas líneas del editorial de Cambio 16 escritas por Juan Tomás como transcripción casi exacta del pensamiento político de Joaquín Garrigues. Las citadas expresiones geométricas –centro-centro– la estulticia estratégica de tal diseño no dejaba de producir risas conmiserativas en las incipientes grupos de poder socialista, y este autor tuvo ocasión de comprobarlo en numerosas ocasiones.

Tres en uno

El propio González me aconsejó más de una vez ser un poco más discreto, más cauto, a la hora de contener la sonrisa que aquellos excesos liberales de “wishful thinking” –confundir deseos con realidades– producían, sobre todo conociendo a fondo el pensamiento y los planes de Felipe González con quien, en aquellos años, mantenía yo una relación de confianza que le llevó, en ocasiones, a hacerme partícipe de muchas de sus confidencias, incluidas algunas sentimentales y hasta conyugales.

– *Tu no serás liberal... porque, tu aparte de progre, ¿que coño eres?*

Me preguntó González con sorna, en una ocasión. En un clima de risas recíprocas, con la misma entonación de broma le

di pistas sobre mi posición política, porque González entonces era una persona por demás risueña, que no se tomaba demasiado en serio tales cosas: ya habían pasado mis entusiasmos juveniles por el anarquismo, por figuras históricas como Abad de Santillán, Angel Pestaña o Buenaventura Durruti, los tres dirigentes anarquistas leoneses, que hasta llegué a considerar a Mao casi como un simple reformista de centro, pero me definí entonces como aproximadamente libertario en cuanto a los derechos y libertades individuales –González recordó entonces a Cuco Cerecedo y su celebrado sistema copernicano aplicado a las mujeres, a sus constelaciones de “novias satélite”– liberal-radical, en lo político, donde la separación de poderes de Montesquieu eran la forma menos mala de evitar tentaciones despóticas –que parecen renacer ahora de nuevo, en algún dirigente socialista– y que el control de todas las palancas de poder cayeran en una sola mano y aproximado socialdemócrata en lo económico, en el auxilio a los más débiles. González trazó una mueca oblicua y me obsequió con su media sonrisa de cimitarra mientras acuñaba una expresión a medio camino entre la ideología y el bricolage:

–“Ah bueno, entonces, vale. O sea, tres en uno. Entonces el Partido Socialista es tu partido, somos un partido tres en uno”.

Y rió. Andando el tiempo, en momentos menos apacibles de mis relaciones con González, hube de padecer sus malévolas etiquetas: *anarquista de derechas* (?) extraña avifauna, desconocida por la zoología política que el líder socialista inventaba e incluía en su particular bestiario con claras intenciones derogatorias. González, aquel González de aquellos años, era sin duda muy distinto como he dicho del que conocemos, ese extraño *tróll* vengativo de hoy, entonces aún capaz de ser generoso con sus adversarios. En otra ocasión, al hacerle ver mi disgusto por las airadas palabras que Suárez había pronunciado contra mi persona en los pasillos del Congreso, instando a varios de sus ministros y miembros del partido –entre ellos, Rafael Arias Salgado y José Pedro Pérez Llorca, como sorprendidos y mudos testigos de la anécdota– a que no hablaran conmigo en un descanso del debate de la moción de censura del PSOE contra el Gobierno de Suárez, en mayo de 1980, comentaría, durante un viaje en avión: “No seas tan duro con él, que Adolfo, *el jodío Repainao*, es buena gente...” Lo de *el Repeinao* aludía a aquellos geométricos cortes de pelo a navaja que siempre lucía Adolfo Suárez.

Sin embargo, los ataques socialistas contra el fundador de la UCD serían tan constantes como demoledores, con calificativos dirigidos contra un presidente del Gobierno del tipo de *Chorizo*, *Tahúr del Mississippi*, jinete entrando en el Congreso, *a la grupa del caballo de Pavía*, y otras lindezas semejantes que, si bien no salían de labios de González, otros se ocupaban

de lanzarlos, especialmente los seguidores de Guerra, con aquel exitoso tandem formado por ambos representantes de la diarquía sevillana. González, el rostro amable, la moderación política y Guerra, la izquierda dura, deslenguada y vitriólica. Luego se supo que, tal como el propio Alfonso había infructuosamente tratado de decir siempre, las cosas no eran exactamente así. Y todos reíamos.

Con motivo del veinte aniversario de la muerte de Joaquín Garrigues, el diario *El Mundo* realizó un suplemento especial para rememorar la personalidad del político liberal desaparecido.

Antonio Garrigues

Un artículo de su hermano Antonio venía a incidir tan lúcida como sincera y modestamente en la incapacidad de los liberales para organizarse políticamente. “La concepción liberal –ya nadie lo duda– ha ganado la batalla ideológica. La ha ganado, además, con claridad y rotundidad”, comenzaba el citado artículo. La ha ganado –es mucho decir, pero hay que decirlo– con carácter definitivo. La ha ganado finalmente, a pesar de la incapacidad de muchos liberales –mi ejemplo es destacable– que no han sabido articular una fuerza política seria y coherente a lo largo del último periodo democrático de nuestra Historia. Pero hay que insistir en que el éxito ideológico ha sido absoluto. Los conservadores y los socialistas se han visto forzados a aceptar la superioridad intelectual y la mayor eficacia práctica de nuestras concepciones. Los liberales debemos alegrarnos de este hecho y asimismo de la presencia significativa de buenos liberales en ambos lados del espectro político. El resultado final –a pesar de tantos y reiterados fracasos en el decisivo terreno de los votos– es, en su conjunto, ampliamente satisfactorio.” Bien es verdad que Joaquín Garrigues, su hermano, siempre se mofó de socialdemócratas y cristianodemócratas como simples fabricantes y consumidores de achicorias ideológicas, de meros sucedáneos, frente a las dos grandes ofertas ideológicas *café-café*, de liberales y marxistas.

Aquí solo hay dos grandes filosofías políticas, dos interpretaciones del mundo, no nos engañemos, acostumbraba a decir. El marxismo y el liberalismo. Lo demás, eso de la socialdemocracia o los demócratacristianos, no son más que coñas.

“¿Y ahora qué?”, proseguía el artículo de Antonio.” No es fácil contestar con seguridad a esta pregunta y justamente por ello merecería la pena convocar pronto un foro liberal para reflexionar sobre lo que habría que hacer o lo que no habría que hacer. En cuanto a esto último, parece claro –aunque el tema deba ser debatido– que este no es el momento de intentar una nueva operación política. Hay que dejar que pase bastante tiempo hasta que puedan surgir, en su día, liderazgos y circunstancias favorables. Pero sería arriesgado caer en una absoluta pasividad.

Habrá que insistir al menos en dos cosas (...) Pero que nadie piense que los conservadores y los socialistas han renunciado a esas esencias. Por más que intenten ocultarlas acaban apareciendo con cualquier motivo. Habrá que estar alerta para combatir la tendencia conservadora a caer en misticismos autoritarios, a juzgar con doble moral los actos propios y los ajenos, a llevar lo tradicional a categorías absolutas y a respetar privilegios de todo orden aunque sean causa decisiva de las desigualdades sociales, unas desigualdades que aceptan como inevitables y naturales a la condición humana. Habrá que controlar, asimismo, la obsesión socialista de colocar a la sociedad como un valor superior al del individuo y a la igualdad como un principio que prima sobre la libertad, lo cual conduce a la sobrevaloración inquietante del papel del Estado y con ello al mantenimiento de la sociedad civil en situación de infancia perpetua.

(...) Al liberalismo le importa más el ser que el tener, y aunque respeta profundamente el deseo de tener, la propiedad privada y la independencia de cada ser humano, concede un valor decisivo a los planteamientos morales sin los cuales el sistema se encanalla y derrumba...” Tras estos fragmentos de bellas palabras de Antonio Garrigues, se advierte de nuevo donde están los errores congénitos de esa forma ingenua y adorable, y tan poco práctica, de participar en política de los liberales, que parece condenarles a ser simples adornos, sin capacidad de influencia en organizaciones políticas o estructuras mediáticas. La desunión, el vedettismo, el fulanismo, la ingenuidad, el despiste, mientras sus adversarios se dedican a ocupar escalones de poder mediático o de cualquier otro tipo, mientras dejan a los liberales que se autosatisfagan con la creencia de la superioridad moral y doctrinal de su credo ideológico. Y sin advertir que el gran problema de algunos grupos de izquierda reside en la no aceptación de las normas de la democracia liberal, siempre dispuestos a violarlas y quebrantarlas para alcanzar el poder político. Lo ingenuo e irrealizable del proyecto de Joaquín Garrigues se personificaba en la estrecha relación que mantenían Francisco Fernández Ordóñez y Joaquín Garrigues en el gobierno y el partido centristas, cuando ya Fernández Ordóñez operaba como “submarino” de los socialistas en los gabinetes de Suárez –“Paco, ¿cuántas veces me has traicionado hoy?”, acostumbraba a decirle jocosamente Joaquín, para contemplar el azorado chisporroteo de tics del conturbado rostro de Ordóñez–. Y en pensar que los dirigentes del PSOE de Felipe González eran homologables a los pacíficos socialdemócratas nórdicos, alemanes o centroeuropeos, sin los componentes que caracterizaron los trece años de posteriores gobiernos de González. No se sabe, en cualquier caso, lo que hubiera ocurrido, como habría salido Garrigues de esta situación, de no darse la trágica

circunstancia de su muerte, conocidas su inteligencia, brillantez y habilidad políticas, que le hubieran llevado, sin duda, a advertir enseguida la situación y proceder en consecuencia.

Su muerte fue una irreparable ausencia para los liberales españoles que perdieron con Joaquín, con su brillantez y capacidad de liderazgo una gran oportunidad de constituirse acaso como un partido homogéneo, estructurado y desde su desaparición ninguna personalidad política de su importancia y relieve ha aparecido en el panorama español, excluyendo, obviamente, el breve y singular “período liberal” de Adolfo Suárez y su vinculación a la Internacional Liberal –Si Garrigues hubiera levantado la cabeza... “un miembro del Movimiento Nacional de Franco, al frente de la Internacional que fundara Salvador de Madariaga, auténtico sacrificio realizado por los liberales para legitimar a la democracia española”, según me comentaría un liberal europeo, esquemático e injusto a la hora de olvidarse de la grandeza de la obra realizada por Suárez– una organización casi filantrópica de ingenuas y bienintencionadas gentes, asetaada por las insidias, conspiraciones y maniobras entristas de sus dos grandes adversarios ideológicos.

La desaparición de Joaquín Garrigues incidió poderosamente en el desnortamiento ideológico y político del Grupo 16 y en la larga crisis en la que entraría el “holding” presidido por Juan Tomás de Salas a partir de los comienzos de la década de los 80.

Diario 16

En mayo de 1976 nacía, bajo el impulso del éxito de Cambio 16, “Historia 16”, que se convertiría, desde su gran impacto de salida, en la revista de historia por antonomasia, de notable prestigio e influencia en sectores docentes y universitarios, merced a la buena tarea como director de David Solar.

Y, el mismo año, el 18 de Octubre, los “hit parades” nacionales recogen en los primeros puestos de los superventas una canción, “Libertad sin ira”, de la que eran autores un grupo andaluz, “Jarcha”. *Dicen los viejos, que en este país hubo una guerra...*

Veía la luz un nuevo periódico en Madrid, Diario 16, editado por Inpulsa, la empresa editora de Cambio 16, rotativo vespertino.

Todavía en España el modelo de diario de la tarde aún contaba con numerosos seguidores, unidos a la estela de los rotativos, ya desaparecidos, como *Madrid o Pueblo* –periódico popular éste último de grandes tiradas y recursos y órgano de expresión de los sindicatos verticales del régimen de Franco– o *Informaciones*. (Muchos años más tarde, cuando, recién llegado al poder el PP de José María Aznar, en las manifestaciones contra ETA se cantaba *Libertad sin ira*, un periódico de Madrid, de forma tan forzada y subliminal como malévolamente, publicó un extraño hit parade inventado para la ocasión de *La canción más hortera*, y situó en el número uno de la lista a *Libertad sin ira*.)

Ricardo Utrilla, uno de los periodistas históricos de Cambio 16 –con largos años de experiencia en el extranjero con la agencia France Presse– fue su primer director y el resplandor de “Cambio 16” acabó proyectándose también sobre el periódico, que vio la luz acompañado de los mejores augurios y altas cifras de venta a pesar de que, meses antes, había salido a los kioscos de toda España, con gran éxito, un nuevo periódico, “El País”. En la primavera de 1977, poco antes de las primeras elecciones generales, Utrilla abandona la dirección del periódico y es sustituido por Miguel Angel Aguilar. Según la OJD, el periódico acredita entonces una venta aproximada de 75.000 ejemplares.

“Diario libre”: Amarillo y rojo

El periódico pierde ventas paulatina y gradualmente, en relación directamente proporcional al aumento de su endeudamiento y al crecimiento imparable en las ventas del diario El País de Juan Luis Cebrián y las luces de alarma se encienden por primera vez en la empresa editorial de Salas. Los medios del diario son escasos, algo que dificulta la competencia con otros periódicos y se teme que las pérdidas del diario editado por Impulsa, acaben por dañar y arrastrar en su caída a Cambio 16.

Se lleva a cabo, entonces, una operación societaria tendente a escriturar Diario 16 en una sociedad distinta a la de Cambio 16. Una nueva empresa, Impresa, editará Diario 16. Y, de nuevo, un movimiento audaz –la audacia, a veces atropellada y trufada de improvisación, otra característica de la personalidad de Salas, aunque a veces las acciones de este tipo no estuvieran suficientemente calculadas y ponderados sus efectos secundarios, como en los movimientos de las fichas de ajedrez y pecaran de una cierta improvisación, al calor de súbitos y efímeros entusiasmos– como es el lanzamiento de un periódico sensacionalista al mercado, el diario “Libre”, una clonación garbancera de los periódicos sensacionalistas y *amarillos* alemanes e ingleses, con la consabida entonación “roja” y progre de Diario 16.

“Libre” nace como “periódico-escoba”, con el objeto de ser la excusa y culminar los cambios societarios precisos para desgajar empresarialmente Diario 16 de Cambio 16 y recoger en el nuevo rotativo a los profesionales sobrantes de Diario 16, que ya comienza a padecer los males que acabarán por acarrearle los más graves problemas: las grandes cargas salariales de una plantilla sobredimensionada.

Un periódico sensacionalista, el citado “Libre”, sale al mercado con la marca “16”, que ve la luz a principios de 1978. Es un periódico “popular, deslenguado y llamativo”, según su primera intención editorial y está dirigido por Román Orozco.

Algunas de las portadas de “Libre” en el mes y medio que duró, en sus únicos 45 números editados antes de su cierre –este curioso empeño informativo atrajo también la atención de gente

interesada por el fenómeno y alguna tesis universitaria se escribió sobre él– fueron memorables: “Felipe fuma porros”, “Pío va de ala” –titular de “primera” acompañando a una gran fotografía de un avión accidentado en un aeropuerto gallego, en el que viajaba el entonces ministro de UCD, el ya desaparecido Pío Cabanillas, padre del ex director general de RTVE y ex ministro portavoz del Gobierno Aznar, del mismo nombre– o “Maricas en el Ministerio de Cultura” –con el desaparecido Cabanillas ocupando la Cartera– fueron algunas de las más señaladas llamadas en primera página de aquel efímero y extravagante imitador del “Bild Zeitung” cuya campaña de lanzamiento en Madrid, con anuncios en vallas, utilizó a los propios periodistas como reclamos publicitarios: “Yo escribo de sucesos, pero me da mucha pena...”, rezaba la valla publicitaria con la fotografía de una reportera. Los periodistas de *Libre*, sin medios ni recursos, hicieron lo que pudieron, con la misma fe y entusiasmo que habían puesto en Diario 16, en aquel diario amarillo y más o menos rojo.

Los fundadores y accionistas de la nueva sociedad editora de Diario 16, Inpresa, deciden ampliar el capital social inicial de 230.000 pts a 110 millones y poco después a 165 millones, ampliaciones suscritas en su mayoría por cuatro señalados miembros de la UCD, movidos por la sana y benemérita intención de no dejar morir a un periódico tan señalado, artífice relevante de la transición. Varios dirigentes centristas, Miguel Domenech, Miguel Herrero y R. De Miñón, Federico Ysart, Victor Carrascal y Javier Rupérez, entran como miembros de pleno derecho, en representación del nuevo capital, del Consejo de administración de Inpresa.

Llega Pedro J. Ramirez

Salas se afianza en sus entusiasmos liberales y estrecha sus relaciones con los reducidos sectores que, como era de esperar, trantándose de quien se trataba, además de muy escasos, aparecían bastante desunidos, como la soprano amante de Kane: poquita voz, pero desagradable.

Miguel Angel Aguilar, director de Diario 16, es cesado por Juan Tomás de Salas a finales de mayo de 1980, en un accidentado episodio que provoca las iras del cesado. El periódico apenas vende unos pocos miles de ejemplares, aunque no todas las culpas de la caída en ventas son del director –Salas, que siempre encontraba argumentos a su favor, en este caso responsabiliza a Aguilar de hacer un periódico demasiado parecido al ya consolidado diario *El País*–.

Es otro caso más en el que Juan Tomás da por terminada una relación profesional y personal de forma accidentada, dramática y marcada para el futuro por el enfrentamiento, actitudes que se prolongarán a lo largo de muchos años, en los que Aguilar proyectará

sus vitriólicos ataques contra Salas y sobre todo contra su socio y amigo, el ya desaparecido Romualdo de Toledo, a quien trata de ridiculizar sistemáticamente por una sentencia judicial condenatoria que le llevó a ingresar en prisión, una parte en régimen abierto, durante unos meses en la cárcel de Alcalá de Henares, precisamente por un oscuro pleito de índole económica que competía más a su padre que a él mismo.

La lengua sulfúrica de Aguilar, sus desorbitadas córneas a lo Marty Fieldman –el “Igor” de “El jovencito Frankstein”– resultarán inolvidables aquellos meses, cuando, tras el cese, Miguel Angel no desaprovechaba ocasión para recitar a gritos, tal como acostumbra, en cualquier coctail, festejo o presentación, a ser posible con Salas o cualquier miembro del Grupo 16 presente, esta festiva coplilla: “Tengo un hermano en el Tercio/ Y otro tengo en Regulares/ Y Romualdo de Toledo/ que está en Alcalá de Henares...” Y como remate, la legendaria carcajada de Miguel Angel, con los ojos como un congrio de Pescanova fuera de las órbitas, aquella risotada retumbando y rebotando de pared a pared, como una pelota de goma.

Realmente, Aguilar, que había comenzado siendo un ferviente miembro del Opus Dei, no puede evitar ese impulso suyo de aguafiestas y *Pepito Grillo*, capaz de cantarle las verdades a quien sea. Incluso a Polanco, su poderoso editor en este momento.

Aguilar siempre que puede, relata cómo, en cierta ocasión, en un viaje a Oviedo para asistir a los Premios Príncipe de Asturias, en el autobús que conducía a los invitados desde el aeropuerto hasta el Hotel, Aguilar lanzó a gritos una de sus bromas:

¡Polanco!. Por tierra, mar y aire... Visiblemente irritado, Jesús se giró en su asiento y dirigiéndose a Aguilar, le espetó:

– Cállate, Miguel Angel, y métete la mano en el culo, que te cabe...

El silencio se cortaba en el autobús, y los rostros recogían gestos de estupor. Polanco, consciente del efecto de sus palabras, volvió girarse en su asiento y, ahora con el rostro sonriente, le dijo a Aguilar:

– Pero no te preocupes, Miguel Angel, que a mi también me cabe.

Salas, tras el cese de Aguilar, toma una decisión inesperada, largamente comentada y diseñada en secreto y al alimón con Joaquín Garrigues: el fichaje de un joven periodista, entonces comentarista político del diario ABC, de apenas 29 años, lo que le convertía entonces en el director de periódico nacional más joven de España. Entonces, en Madrid, el biotipo de director de periódico aún se identificaba con las chaquetas cruzadas o la sonrisa de cartón de Pedro de Lorenzo, que había sido director de ABC, aunque Juan Luis Cebrián ya supuso una ruptura en cuanto al *look* tradicional y generacional de *El director* se refiere.

Pedro J. Ramírez, que de él se trata, y a quien Felipe González –con el que entonces mantenía una cordial relación– pocos años atrás, había definido como “el periodista de la derecha más inteligente y con más futuro” (no lo sabía bien) es nombrado, inesperadamente, director de Diario 16.

Rejuvenece la prensa madrileña a gran velocidad. En un viaje a Venezuela realizado por este autor, entonces subdirector de Cambio 16, en el año 1980, un periplo con innumerables secuencias lúdicas y galantes, en compañía de José Oneto, director de Cambio 16, Juan Luis Cebrián, director de El País, José Manuel Arija –el responsable de la captación de Salas para el Felipe y posteriormente ocupado de la información laboral de Cambio 16 a lo largo de toda la transición democrática, persona maravillosa, ya desaparecida– y Víctor Márquez

Reviriego, subdirector del semanario Triunfo, todos ellos invitados por el presidente socialdemócrata de Venezuela, Carlos Andrés Pérez, en una visita al formal y solemne diario *El Nacional* de Caracas, cuando accedimos al despacho del director, fuimos recibidos por dos ancianos, uno de ellos, el responsable de opinión, el otro, el director del periódico. “Bueno, muchachos, bienvenidos, ustedes son los redactores de sus periódicos. ¿Dónde están sus directores?”, nos espetó el máximo responsable de *El Nacional*, incapaz de sospechar que aquel joven –36 años– de rostro aniñado y casi imberbe que era Cebrián fuera el director de *El País*. Fue, sin embargo, un viaje ciertamente divertido.

Diario 16, en la primavera de 1980, atravesaba una grave crisis casi terminal, con apenas unos escasos miles de ejemplares de venta, sin publicidad, con una minúscula rotativa de “offset” –“la rotativa de la señorita Pepis”, como era conocida jocosamente y cariñosamente en la redacción– que apenas permitía imprimir más de 32 páginas, instalada en una quinta planta de un edificio industrial en la madrileña calle de San Romualdo, con una redacción destartada, el suelo sin pavimentar y con los cristales rotos, sin la preceptiva escalera de incendios y dotada con un puñado de desvencijadas máquinas de escribir con las que cada día forcejeaban los animosos redactores del periódico.

Romualdo de Toledo, ante la escasez de recursos, inventaría una salida de incendios *virtual* –la realidad *virtual* habría de demorarse aún más de una década: hasta en aquello fue Romualdo un precursor, un pionero– una puerta pintada en la pared que separaba la redacción de otra empresa contigua en la misma planta, unos laboratorios, y un pico y una pala sujetos con clavos en la pared. Si había un incendio, se trataba de derribar la pared con el pico y la pala y por el hueco *ad hoc* que se había pintado, pasar a la empresa de al lado que en cambio sí disponía de la reglamentaria escalera de incendios. Ingenioso procedimiento

digno del film *El coloso en llamas*.

Ramírez asume el ideario liberal de Juan Tomás y de su amigo y mentor Joaquín Garrigues –que es quien había puesto en contacto a ambos; de hecho, en las semblanzas del nuevo director, el periódico recoge una “entrevista al alimón” realizada por él con Garrigues y Fernández Ordóñez– y su toma de posesión es una ceremonia fervorín, en la que los ya muy escasos, escamados y escépticos periodistas de la casa oyen como el nuevo, jovencísimo y flamante director, flanqueado por Juan Tomás de Salas, parafrasea al general Mac Arthur: “Estamos rodeados. El enemigo no escapará...”

La defensa de los derechos humanos, las libertades individuales, la libertad de expresión y una política socioeconómica de centro-izquierda, a medio camino entre el PSOE y la UCD –la conocida y como hemos visto ingenuamente irrealizable idea de Joaquín Garrigues– fueron los enunciados programáticos del nuevo equipo.

Se potenció la política de fichajes de firmas y profesionales, se optó por un periódico “caliente”, en punta en la información política y atento especialmente a los espacios culturales, de ocio y espectáculos.

El Golpe

Febrero de 1981. El periódico, que ya presenta nuevos modos y decires, es más ágil y vibrante como consecuencia del frenético ritmo de trabajo que le impone su director, un incorregible “workoholic” que vive prácticamente en la redacción, un trabajador compulsivo muy de la escuela de Luis María Anson. De hecho, sus trazas iniciales le etiquetan ya como “el nuevo Anson”. Alguien incluso cree ver tal influencia hasta en su forma de caminar, las piernas arqueadas de jinete y las sincopadas y arrítmicas cadencias en la zancada. Ramírez es capaz de sobrellevar con gusto aquellos extenuantes horarios en los que no hay horario, venticuatro horas diarias, siete días a la semana, cuatro semanas al mes y doce meses al año de trabajo incesante, que sólo los audaces veintinueve años son capaces de soportar, mientras asienta y aumenta su circulación y venta hasta que la tentativa golpista del 23 de Febrero produce todo un cambio cualitativo en la situación.

Aquella noche no llegué al periódico hasta pasadas las 21,30 de la noche, tras abandonar el hemiciclo de la Carrera de San Jerónimo, donde Gobierno, Parlamento, funcionarios, periodistas e invitados habíamos sido secuestrados por los amotinados del entonces teniente coronel Antonio Tejero Molina. Habían descubierto mi oculta credencial en el bolsillo superior de la chaqueta y fui expulsado del Palacio, al igual que el resto de periodistas, que habían sido desalojados algo más de una hora antes. Tras los primeros momentos de desconcierto y duda, en

una conversación aquella noche de Ramírez con Juan Luis Cebrián, director de “El País”, que había distribuido una corta y vibrante edición especial en Madrid, condenando el golpe y defendiendo la Constitución, un desconocido, por lo –comprensiblemente– excitado Cebrián instó al director de Diario 16 a

hacer lo propio. Mi llegada al periódico, en mi condición de único testigo físico de la toma del Parlamento dio lugar a un duro editorial, en consonancia con lo que yo había vivido, que substituyó a los primeros borradores que se habían preparado en la redacción, donde aún no parecían ser conscientes de la gravedad de lo sucedido. Prácticamente, acababa de levantarme del suelo del Congreso, tras sentir en mis riñones el frío contacto de un subfusil y aquel primer texto, influido por la irritación, la tensión y el acaloramiento de espíritu en aquel momento, pergeñé en una máquina de escribir en la sala de reuniones del periódico, ocupada, en aquellos momentos, por un grupo de alumnos en prácticas procedentes de la Facultad de Periodismo de la Universidad de Navarra que visitaban el diario.

El golpe del 23 F fue, sin duda, una excelente plataforma para el relanzamiento del periódico –que padeció una tentativa de ocupación por parte de un destacamento militar– y la publicación de la deposición de Tejero ante el fiscal, meses más tarde, titulado “La Conspiración” –ya se ha citado la intervención del desaparecido Alberto Otaño, entonces redactor jefe, que evitó el secuestro– con un diseño más cercano al de un “comic”, con ilustraciones de un dibujante del periódico, Fernando Rubio, que hizo que la pequeña rotativa no interrumpiera su marcha durante varios días y las ventas se dispararan y subieran como la espuma, con la consiguiente alarma de algunos competidores que ya daban el periódico por desaparecido.

Mientras tanto, el Grupo 16 seguía creciendo y acreditando su condición de adelantado y pionero en tantos y tan variados campos. En 1982, los responsables del periódico ya se adelantaron a la idea de la descentralización informativa –en sintonía con el diseño constitucional de la España autonómica– la potencialidad de la prensa regional, hasta entonces tan sólo presente a través de los exponentes aislados de grandes periódicos locales o regionales vinculados a familias de editores de larga e histórica tradición, como eran los casos de “El Correo Español”, “El Heraldo de Aragón”, “La Voz de Galicia” o “El Diario de Cádiz”, entre otros, fue adivinada por Salas. Pedro J. Ramírez y Romualdo de Toledo, influidos por el ejemplo de la poderosa prensa regional francesa.

Así, en Octubre de 1982, nació el primer periódico de la cadena, Diario 16 de Andalucía, editado en Sevilla, que pronto se afianzó en el mercado andaluz. Al mismo tiempo el periódico aumentaba ventas e influencia cada día y de forma visible, con

la consiguiente torcedura del gesto de los periódicos rivales. Los periodistas, en ocasiones, son víctimas propiciatorias del ombliguismo y los ataques y sarpullidos de esa vanidad un poco infantil que ya se ha comentado, que a veces producen excesos en algunos profesionales poco experimentados tendentes a sobrevalorar la importancia de su propia labor –principal virtud del periodista ha de ser la humildad, el recuerdo permanente de la propia insignificancia, a juicio de todos los *grandes* de este oficio, entre ellos Carl Bernstein, quien en una visita realizada en 1989 a Madrid, invitado por Diario 16, no se cansaba de repetir insistentemente el consejo y la conveniencia de pertrecharse de grandes dosis la modestia para ejercer el periodismo– a afirmar, incluso, que, merced a su labor, en un mes se ha logrado triplicar las ventas del periódico. O, como el caso de aquel adorable columnista del diario “Pueblo” el ya desaparecido Manuel Pizán, quien, en alguna ocasión, comentando en voz alta su *columna* del día siguiente, acostumbraba a decirle a cualquier compañero de redacción: “Mañana se van a enterar en el Kremlin”... Memoria, entendimiento, voluntad, las tres potencias del espíritu; fe, esperanza y vanidad (que la vanidad no es otra cosa que la caridad sobredimensionada orientada hacia uno mismo) las tres benditas virtudes teologales.

La verdad es que estos casos de ingenua megalomanía no eran exclusivos de los periodistas. También algunos políticos recién llegados con la democracia hacían alardes en este sentido. *El coloso tiembla*, tituló, jocosamente, un diario de Madrid, cuando un dirigente preautonómico murciano *amenazó* a la URSS. O aquel comentario público de un conocido dirigente socialista: “Le vamos a enviar al Departamento de Estado de los USA un ejemplar de la Constitución española para que aprendan lo que es una democracia”, mientras los *founding fathers* se revolvían inquietos en sus tumbas y se agrietaban sus colosales efigies del Monte Rushmore (protagonistas inertes de unas secuencias memorables de la obra maestra de Hitchcock, *Con la muerte en los talones*). La transición era, fue así.

El lector-tipo de periódicos suele –o solía, porque las nuevas tecnologías están alterando muy seriamente los hábitos de lectura– ser un consumidor esencialmente monógamo, unido a “su” diario a través de un umbilical e invisible vínculo cotidiano cuya fortaleza suele medirse en razón directamente proporcional a los años de fidelidad a una cabecera periodística determinada y resulta ciertamente difícil hacerle cambiar de medio, salvo en casos de cambios rotundos en la línea editorial o informativa, crisis profundas u, obviamente, si se produce el cierre. Sin embargo, en el caso de Diario 16 a partir de mediados de 1980, la progresión y crecimiento en ventas fue constante y sostenida, y aquel 30 de Octubre de 1982, cuando Diario 16 ofreció en una

edición especial los datos definitivos y desglosados de la victoria electoral socialista del 28 de Octubre –en tiempos de vino y de rosas en las relaciones del Grupo 16 con el Partido Socialista de Felipe González– se alcanzaron, excepcionalmente, los 700.000 ejemplares, un récord nunca superado por el periódico a lo largo de toda su historia.

Al calor de tan espectacular crecimiento, Pedro J. Ramírez pronto adquirió el “status” de “wonder boy” del Grupo 16, y no sólo por su estrecha amistad con Juan Tomás de Salas, como prolongación afectiva de la que había mantenido con Joaquín Garrigues Walker. El “modelo Pedrojota” estaba funcionando –en palabras de Juan Tomás de Salas–, las cifras de ventas aumentaban de forma tan espectacular como sostenida y las bobinas de papel se agolpaban en los pasillos, mientras Romualdo de Toledo impregnaba de optimistas risotadas, como si fuera un trastornado que se reía solo –le había enseñado a reír a Juan Tomás– sus apresuradas caminatas de mastín destartalado –siempre tuvo problemas con sus rodillas– por los pasillos y dependencias del periódico, ensimismado en sus cosas y sin saludar a nadie como era su costumbre, al tiempo que apuntaba en su misteriosa libretita las ventas de cada día, las devoluciones, la facturación de publicidad... para, acto seguido, soltar otra vez su risotada. Algo por otra parte muy escasamente parecido a la administración del “The New York Times”, o, sin ir tan lejos, a la del “Potemkin”, como motejábamos al periódico vecino, aquel diario urdido por Juan Luis Cebrián, conocido también como el diario “El País”, un periódico que, según se decía entonces en el PCE y más concretamente, Nicolás Sartorius, había logrado “la perfecta cuadratura del círculo, aparecer como un periódico de izquierdas, desentendiéndose de las peripecias, sensibilidad y problemas de obreros y trabajadores y para ocuparse únicamente de hacer que los jóvenes ejecutivos madrileños se sientan *progres* por un día enseñando la cabecera por la calle”. Efectivamente. *El País* había logrado ya eso tan difícil –que también ha logrado *El Mundo* en los últimos años– convertir una cabecera en una especie de fetiche y seña de identidad, que se mostraba bajo el brazo, aquel efecto ya citado que Tom Wolfe –y que Ramírez menciona de vez en cuando– comparaba al de la pata de conejo que algunos portan como amuleto protector que dispensa status y buena suerte.

Esto lo decía Sartorius mucho antes de convertirse en uno de los colaboradores más fieles y asiduos del periódico y todo lo que él significa.

Fueron años apasionantes y a veces excesivos, al límite, y la situación política no hacía otra cosa que respuntar con acontecimientos lo que cada día, cada hora, se vivía con los teletipos en la garganta en aquella desvencijada redacción.

El aterrizaje

Cuando Pedro J. Ramírez llegó con su reducido equipo a la redacción de Diario 16, en la primavera de 1980, y yo acompañándole como director adjunto, tras abandonar Cambio 16, la primera impresión no pudo ser más desalentadora. El autor había iniciado su carrera como periodista 12 años antes y había culminado ya demasiadas etapas como para no conocer cuán distante de la depauperada realidad de la prensa en España eran todos los intrépidos y dorados estereotipos del periodista anglosajón que nos ofrecían las versiones cinematográficas o televisivas, tan alejadas de los habitantes de las destartadas y decimonónicas redacciones de la prensa española en los últimos años del franquismo. Salvo muy escasas excepciones –*El País*, quizás también el poderoso ABC– todas ellas prolongaron sus miserias ambientales y su convachuelismo durante los años que siguieron a la muerte de Franco.

Sin embargo, aquella de Diario 16 superaba con creces las miserias más valleinclanescas de cualquier sala de redacción. La calle San Romualdo, en el fabril barrio de Canillejas, acogía el edificio Astigy –una fría y *soviética* construcción industrial de hormigón gris– y en aquella sexta planta agonizaba un periódico que había nacido apenas un año después de la muerte de Franco como prolongación diaria de un semanario de éxito, Cambio 16, y su sala de redacción era casi un viejo almacén para refugio de mendigos y “homeless”: suelo de hormigón, de superficie irregular, sin ningún revestimiento, surcado por los negros *tendones* de plástico de los tubos “bergman” de las conducciones eléctricas que se unían en las cajas y nudos de los enchufes. Desangeladas mesas metálicas y máquinas de escribir “olivetti” sin carcasas protectoras, con los *esqueletos* y los nervios de los *martillos* de los tipos al aire y las entintadas cintas fuera de sus carretes completaban el desalentador escenario –fríos aires de aquella inclemente primavera se colaban por los cristales rotos de los ventanales– que era, en sí, todo un presentimiento de otras tribulaciones que habrían de venir.

El periódico, Diario 16, se apagaba lenta e inexorablemente, con apenas sus escasos miles de ejemplares de venta diaria, treinta y dos páginas impresas por una minúscula y rudimentaria rotativa *Daily King* instalada en la planta sexta del edificio, la ya citada *Rotativa de la señorita Pepis*.

Recién nombrado por Juan Tomás de Salas, se suponía que el nuevo equipo que llegaba al periódico de la mano de Ramírez debería ser capaz, a base de entusiasmo –el entusiasmo siempre, el exigido sobreesfuerzo personal que aliviara todas las carencias que se derivaban de una concepción empresarial ciertamente heterodoxa, marcada por la improvisación y a veces por la famosa y funesta manía de disparar primero y apuntar después–

el trabajo y el talento colectivos, para resucitar al moribundo. Enfrente aparecía el ya incipiente poderío empresarial de Jesús de Polanco y la experiencia periodística de Juan Luis Cebrián. Al llegar a la sede del periódico en la calle San Romualdo, nada resultó tan paralizante y desalentador como la primera visión de aquella fría y ruinoso redacción y, sobre todo, la escena de los escasos periodistas presentes aquella mañana, alguno de ellos ataviado con guantes, abrigo y bufanda para protegerse de los helados mandatos que enviaban las cumbres todavía nevadas de la Sierra del Guadarrama, mientras aporreaba el teclado de una de las desvencijadas “olivetti” reposando en sus rodillas o sobre una vieja mesa.

Ramírez, por su parte, seguía imprimiendo al periódico aquel estilo ingenuamente americano –no había cumplido los 30 años–, a veces tangente visualmente y como se ha dicho con el *comic*, tan influenciado por otra parte por el periodismo de aquel país, tras el año que consumió en 1974, al finalizar la carrera de periodismo en la Universidad de Navarra, como lector de literatura española contemporánea en una pequeña universidad de Pennsylvania, la Lebanon Valley College. Las aficiones cinematográficas y teatrales –éstas últimas, surgidas y fomentadas durante sus años de estudiante en Pamplona, donde llegó a actuar como actor y director de montajes teatrales universitarios– aquella visión romántica y cosmopolita que el cine había acuñado de la profesión, convirtieron a Pedro en el epítome exacto de aquella frase de Stanley Karnow que Ramírez escogió, y no por casualidad –también hubiera podido ocupar sin duda un lugar destacado en el escudo heráldico-periodístico de Juan Tomás– para ornar el frontispicio de uno de sus libros: “El periodismo es la única profesión en la que se puede ser un adolescente toda la vida”.

Sin aquella característica, sin el caso *Watergate* como referente permanente, del que ya se ha hablado con más detalle, no se podría entender aquella actividad investigadora desarrollada por Diario 16 aquellos años, que culminó con el tristemente famoso caso GAL y, posteriormente, y ya bajo la dirección del autor de este libro, el caso Roldán, entre otros muchos. La relación de Juan Tomás con Pedro J. Ramírez se convirtió, como era habitual, en algo extraprofesional, una muy estrecha amistad, hasta el punto, como ya se ha dicho, de haber apadrinado a Tristán, primer hijo fruto de su unión con Agatha Ruíz de la Prada.

Sin embargo, el Camelot del Rey Arturo –como gustaba a Ramírez comparar Diario 16, en recuerdo de la corte de *jóvenes lobos y cabezas de huevo* del Washington del malogrado John Fitzgerald Kennedy– estaba a punto de comenzar el lento camino hacia su desaparición.

El acoso

La llegada de Felipe González al poder, en Octubre de 1982, se produce en un momento de auténtica luna de miel entre el partido socialista y el Grupo 16, que saludó con entusiasmo la abrumadora victoria del 28-O. “Vota UCD, vota colza”, había titulado, en “primera” uno de los editoriales más increíbles del periódico, pocos días antes de las elecciones –varios miembros del partido del Gobierno eran consejeros del periódico–. El partido centrista había sufrido una operación de acoso y derribo muy seria, con la operación Landelino”–la candidatura del gran jurista y político democristiano que había presidido el Congreso de los Diputados– urdida en los preámbulos del II Congreso de la UCD de Palma de Mallorca en febrero de 1981, poco antes de la tentativa golpista del 23-F. De hecho, “la operación Landelino” estaba diseñada por sectores democristianos pero también con la interesada y estrecha colaboración de los socialistas, obsesivamente dedicados a atacar a Suárez, cuyo tirón popular y electoral conocían, al haber ganado dos elecciones generales. Miguel Herrero, ya entonces en una postura similar a la de hoy, fue otro de los artífices de la voladura de la UCD. En mayo de 1984, un serial de varios capítulos a doble página, especialmente burlón y desmitificador, escrito por Carmen Rigalt en Diario 16 sobre Alfonso Guerra, provoca una discreta propuesta del Gobierno al líder de la oposición, Manuel Fraga –que había tratado, poco antes, como ya se ha relatado, de secuestrar Cambio 16, cosa que logró, por unas informaciones sobre su jefe de seguridad, el argentino Rodolfo Almirón, antiguo miembro de la “Triple A” peronista, con Alberto Ruíz Gallardón como abogado y principal y entusiasta impulsor de la iniciativa del secuestro– para “cerrar el Grupo 16”, algo que el líder aliancista rechazó, según comunicó a miembros de la dirección del Grupo entonces y más tarde recogería en textos de recuerdos, en sus *Memorias del tiempo servido*, buscando la analogía fonética con la obra de Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*. Hasta Fraga acabó contagiado del *estilo Cambio*.

En julio de 1985, una información sobre escuchas telefónicas ilegales y ejecutadas por parte del Ministerio del Interior a los partidos de la oposición provoca, a su vez, una querrela criminal “por desacato” por parte del Fiscal General del Estado Burón Barba, en nombre del Gobierno, contra mi, contra el director y contra la empresa editora que meses después sería desestimada por el entonces magistrado Divar Blanco –hoy, su presidente– en la Audiencia Nacional.

Sin embargo, los problemas más serios del Grupo 16 se producirían por otras razones.

En noviembre de 1988 fallece Romualdo de Toledo en su

casa de la urbanización madrileña de la Puerta de Hierro, en una habitación de la planta baja donde se reponía de una lesión en una pierna –sus debilitadas rodillas–. Su familia, su mujer, Esperanza González Green –hermana de Jesús González Green, un antiguo reportero de TVE y conocido experto en globos aerostáticos, un rostro familiar de la televisión de aquellos años, con su recortada barba de lobo de mar– sus hijas, que dormían en la planta superior, no oyeron nada y a la mañana siguiente encontraron a Romualdo muerto, tendido en el suelo. El entierro, en el pequeño cementerio de la iglesia de Navalagamella, un pueblecito de la sierra madrileña, fue multitudinario, repleto de empleados, colaboradores, directivos y accionistas del Grupo 16, los rostros conturbados o enrojecidos por el llanto, en emocionado recuerdo de alguien tan singular y querido como Romualdo. Carlos Pérez, líder ugetista del comité de Empresa durante muchos años, escribió un sentido artículo “sindical” sobre Romualdo.

Todos giraron su mirada hacia Juan Tomás de Salas, cuando descendió de su coche, vestido con un largo abrigo de *cashemere* gris, con el rostro congestionado y los ojos aún irritados por el llanto. Su gran amigo se había ido. Nadie pensó entonces, que la mayoría que ambos ostentaban en el accionariado de Inpulsa se iba a ver afectada por aquella muerte. Ni, tampoco, que Juan Tomás había separado a Romualdo de la gestión del periódico, dedicándole a labores irrelevantes para alguien de su peso en el Grupo, como era el estudio de nuevos proyectos.

Sin embargo, meses más tarde, Juan Tomás de Salas recibiría una desagradable sorpresa. Mario Conde, el irresistible banquero que al frente del Banesto había iniciado una imparable ofensiva de compra y control de medios informativos, telefoneaba a primeros de abril de 1989 a Juan Tomás de Salas, informándole de la solicitud a su banco de un crédito de mil millones de pesetas por parte de “un grupo francés”. Salas no se intranquiliza en exceso, por considerar la posible OPA contra el Grupo como de difícil realización.

Aquella misma tarde, sin embargo, el abogado Jesús Santaella, representante legal en España del grupo francés Hersant, adquiere el 9,17 por ciento de las acciones de Inpulsa a César Pontvianne, uno de los “dieciseis” y vicepresidente de la sociedad, en el Hotel Wellington de Madrid, convertido en cuartel general de la operación.

Semanas antes, sin embargo, Santaella ya había materializado la compra de otros paquetes, los de Ricardo Utrilla y Xavier Domingo –éste último, ya fallecido, amigo de los años parisinos de Juan Tomás, al igual que Utrilla– los del abogado Matías Cortés y el ex ministro de UCD Jaime García Añoveros, ambos colaboradores de Jesús de Polanco, el presidente del grupo Prisa

y, sobre todo, los de la viuda de Romualdo de Toledo, Esperanza González Green. Las cantidades que oferta Santaella por los paquetes de acciones producen mareo: las acciones del Grupo se pagan al mil quinientos por cien, cifra que convierte en repentinos millonarios a muchos accionistas, con la posibilidad añadida de que parte del dinero los vendedores que lo deseen lo puedan recibir en “negro”. Salas llegaría a bromear sobre la mareante oferta: “no sé porqué se han tomado tantas molestias. Si me hubieran ofrecido a mi semejante precio, vendo de inmediato...” Efectivamente. El abogado Matías Cortés acostumbra a comentar jocosamente que los negocios más saneados de su vida son los que surgieron a partir de inversiones menores realizadas por causas más o menos beneméritas para ayudar a algunos amigos en sus comienzos. Dios siempre recompensa las buenas acciones, comentaría el burlón y descreído Matías. El dinero que invirtió en la fundación del diario El País, en 1976 le convirtió en futuro consejero y asesor principal de Jesús de Polanco. Y las 50.000 pesetas que invirtió en Cambio 16 en su fundación, en 1971, se transformaron, merced aquella OPA de Hersant sobre el Grupo 16, nada menos que en 66 millones de pesetas, una relación casi parecida a la del antes y el después de las acciones de Prisa adquiridas en el momento de su fundación y equiparadas a su valor actual. Por 50.000 pesetas, 66 millones. Ni el cuponazo. Las acciones de Romualdo de Toledo se transformaron para su viuda, Esperanza González Green, en más de 600 millones de pesetas de entonces. Otra vez, la estrecha relación que Salas había mantenido con su amigo Romualdo y su familia, se transformó en odio africano hacia Esperanza cuando vendió a Hersant el paquete más voluminoso de todos, tan sólo superado en importancia por el de Juan Tomás. Esperanza había rechazado una oferta de compra de Salas, aconsejada por algunos amigos, que le sugirieron que no vendiera a Salas porque podría obtener más dinero de Jesús Santaella. El pacto de silencio que Santaella había pedido se cumple hasta que César Pontvianne advierte que, por razones de tan vieja amistad con Salas y quince años de permanencia en el Grupo –incluso su hija Elsa, trágicamente desaparecida, llegó a trabajar como periodista en la redacción de Cambio 16– tiene que informar a Juan Tomás. No se atreve, sin embargo, a telefonear personalmente. Es su hijo Andrés quien, al día siguiente, se pone en contacto telefónico con el Jefe de la asesoría jurídica del Grupo, el letrado Gregorio Arroyo, para informarle que su padre ha vendido a Hersant y que otros accionistas se habían incluso adelantado a ellos. Pío Cabanillas, el que fuera ministro de la UCD, acuñó varias frases que ya figuran en los frisos marmóreos de la

Transición: “ Ganaremos. Lo que todavía no sé es quienes...”, sentenció aquel gallego minúsculo que era Pío tras el dramático II (y último) Congreso de la UCD en Palma de Mallorca. Otra de sus sentencias lapidarias: “Cuando abandonas el poder, se nota enseguida porque el teléfono deja de sonar...”

Salas pudo confirmar aquellos momentos dramáticos lo acertado de la frase de Pío. Al tener la certeza de la existencia de la OPA hostil de Hersant contra su Grupo, se abalanzó al teléfono y comenzó a llamar a todos y cada uno de los que figuraban en el libro de accionistas. El teléfono tiene también sus propios códigos de respuestas y silencios y algunos responden a la llamada de Juan Tomás, mientras otros figuran en un sospechoso *paradero desconocido*. Ni responden al teléfono ni devuelven las llamadas.

Gregorio Arroyo idea una estrategia consistente en constituir de inmediato una sociedad matriz en la que depositar y sindicarse las acciones de todos los que no han vendido a Hersant. La urgencia del momento no permite esperar el trámite previo de conocer si el nombre de la nueva sociedad está o no inscrito en el registro, de modo que Arroyo se apodera y compra una sociedad que había constituido semanas antes el notario Carlos Caballería, en cuyo despacho madrileño se habían realizado todas las operaciones societarias del Grupo. Se trata de Grupo Altaya, SA que a partir de entonces se constituirá en la sociedad “holding” del Grupo 16.

La firma de César Ramírez, miembro del PSOE, integrante de la *beautiful people* y uno de los “dieciseis”, permite a Salas respirar tranquilo. El 50 por ciento de las acciones están ya sindicadas –entre otras, los pocos títulos que obraban en poder de este autor– y bajo control en Altaya, SA. El proceso, sin embargo, prosigue. Salas y Arroyo “On the road”, versión juridicosocietaria de la peripecia literaria de Jack Kerouac. Ambos se lanzan a un frenético y extravagante periplo por tierra, mar y aire, armados del libro de accionistas y el talonario de cheques –la falta de tesorería obliga a Juan Tomás a solicitar un crédito a Manuel de la Concha, entonces presidente de Ibercorp– en busca de accionistas con los que afianzar la mayoría. Alquilan un avión “Mystere” para acudir a Málaga y comprar su paquete a Enrique Quijano, ex gerente de Cambio 16, jubilado y residente en Nerja, compra que formalizan en el mismo aeropuerto. En 24 dramáticas horas logran desactivar la operación de Hersant y Mario Conde. Claro que aquel talonario que Salas utilizó con tanta prodigalidad le endeudó muy seriamente. Además del dinero que le aportó Manuel de la Concha a través de Ibercorp, más adelante tendría que solicitar un crédito de 1,500 millones de pesetas que avaló personalmente a los bancos BCH y BBV. Ese crédito, con los correspondientes intereses, pesarán como

una losa sobre los proyectos de Salas durante los años siguientes. A pesar de todo, Hersant controla el 30 por ciento de las acciones del Grupo y Salas para evitar que sus representantes se sienten en los Consejos del Grupo, utiliza un decreto ley, entonces en vigor, que impide la transmisión de acciones de las empresas relacionadas con los sectores estratégicos como el radiofónico –el Grupo aún conservaba alguna emisora de una pequeña cadena– sin autorización gubernamental. La dirección general de Transacciones Exteriores da la razón a los abogados de Salas y Hersant acaba por pactar la paz con el Grupo 16. Le cuesta bastante caro: dos mil millones de pesetas de entonces por acudir a una ampliación *con prima* en Diario 16, con los que adquiere el 33 por ciento de las acciones del periódico. Aquel dinero llega al periódico como una especie de lluvia salvadora, combustible para que el diario pueda seguir marchando durante una larga temporada.

Tras la batalla, parabienes generales y el conocimiento exacto por parte de Salas de quienes han estado con él y quienes le han traicionado o agredido. En este último apartado, además de Mario Conde, que aportó los mil millones a través de Banesto para la OPA de Hersant, e, incluso, utilizó abogados y apoderados del banco para intentar comprar paquetes como el de Quijano, algunos políticos entonces en el área de influencia de Mario Conde y, sorprendentemente, algunos accionistas que Salas consideraba amigos. Fue la primera de las embestidas contra el Grupo 16. Aquella pudo evitarse.

Pero aquel *Camelot periodístico* se rompió irreversible y definitivamente cuando Juan Tomás de Salas decidió cesar fulminantemente a Pedro J. Ramírez, tras varios años de crecientes desencuentros entre ambos. La historia ya ha sido archicontada por Ramírez, especialmente a través de sus dos libros ya citados, “La rosa y el capullo” (Planeta) –título del vitriólico editorial que fue la excusa y la espoleta de su cese, referido al ministro de Cultura Jorge Semprun, amigo personal de Salas, interlocutor comunista en Madrid de los representantes del *Felipe* e integrante de aquella generación parisina que para Salas había sido tan importante en su vida– y “El mundo en mis manos” (Grijalbo) escrito por Ramírez y la periodista Marta Robles. También cesó a su hermano Alfonso de Salas, director general del Grupo, por no estar de acuerdo con el cese del director del periódico y el director general de publicidad, Balbino Fraga, que decidió irse con ambos.

En los dos citados libros, Ramírez documenta copiosamente su tesis de la persecución a la que le sometía Felipe González, al que considera principal responsable de su cese en Diario 16 –a estas alturas quince años después, aún se perciben rastros de aquella obsesiva fijación– por haber desvelado e investigado el

caso GAL. Salas respondió con otros argumentos, el de desear un periódico más serio, menos estrepitoso, algo que él mismo incumpliría ruidosamente en agosto de 1996 hasta finales de 1997, cuando ocupa nuevamente la dirección.

También esgrime Salas, ante sus amigos, otras razones. Se considera ninguneado por Ramírez, que su condición de editor y propietario no cuentan para nada, como cree que debiera ser, en cualquier caso, a la hora de establecer la línea editorial del periódico y realizar un rotativo en sintonía informativa y editorial con dicha línea y de estrecha colaboración y relación con el editor. Y el deseo de Salas en aquel momento es que la historia de los GAL se enfoque de forma muy distinta a como se ha venido haciendo. Es decir, que se oculte.

Lo he relatado en diversas ocasiones, como Juan Tomás acudió aquella mañana, de un día de marzo de 1989, *Día de la mujer trabajadora*, a la redacción del periódico para anunciar el cese de Ramírez y asumir él mismo la dirección en funciones del diario. Los directores adjuntos del periódico –Raúl Heras, Justino Sinova, Antonio Alférez y este autor– suscribimos un documento instando al presidente a que lo reconsiderara y diera marcha atrás en su decisión.

Con Juan Tomás en mi despacho comenté: “Creo que acabas de cometer el mayor error de tu vida”. Su respuesta: “me puedo equivocar, pero creo que es lo que hay que hacer”. Mis palabras estaban fundamentadas. Conocía, además de la valía profesional de Pedro J., la sangría de buenos profesionales que su salida significaría para Diario 16, como así fue, y los planes de fundar un periódico alternativo, que pocos meses después se substanciarían en una nueva cabecera, la de “El Mundo”.

Años más tarde, Juan Tomás me llegó a confesar que, efectivamente, se equivocó. También se equivocó, evidentemente, cuando rechazó el consejo, ya citado, del fichaje de Juan Luis Cebrián para dirigir su incipiente grupo y estudiar la posibilidad de crear un periódico.

La corrección de aquel error, cuando ya no había remedio, basculaba entre dos hipótesis: haberle entregado, es decir, vendido, o regalado, el periódico, Diario 16, a Pedro J. Ramírez y a su hermano, Alfonso de Salas o bien, “haberlo echado años antes, cuando no hubiera tenido capacidad de respuesta”.

Lo intentó. Casi dos años antes, Ramírez estuvo a punto de ser cesado también por Juan Tomás –de hecho llegó a comunicárselo verbalmente durante un desayuno en el hotel Ritz de Madrid, aunque, posteriormente, merced a una hábil maniobra de P. J. Ramírez logró que diera marcha atrás– y sustituirlo por Antonio Alférez, cuando en el consejo se alzaban voces críticas contra Pedro J. y hasta uno de los fundadores del Grupo, Alejandro Muñoz Alonso, uno de los *dieciseis*, llegó a desembarcar

en la redacción del periódico procedente de Cambio 16 para someter al director a cierta vigilancia editorial. El problema era, y como se ha dicho, que Salas sentía que el periódico del que teóricamente era dueño no le pertenecía, que quien mandaba omnímodamente en él era Pedro J. su director. Y que las presiones eran tremendas para que la investigación de los GAL se interrumpiera. La vieja frase de Juan Luis Cebrián, pronunciada en los primeros años de la transición, resonaba aún: “los periodicos tienen que hacerlos los periodistas y casi me atrevería a decir que ser propiedad de los periodistas.” Ya había corrido mucho agua bajo los puentes desde que Juan Luis decía aquello, a comienzos de la década de los setenta.

Realmente, en los medios de comunicación democráticos, el poder está repartido –aunque, en los tiempos que corren, la presencia omnímoda del propietario ha diluido incluso las siluetas de los grandes directores al frente de un periódico “de autor”– y el director del mismo es, sin duda, alguien muy importante. Pero Salas tenía que oír un día sí y el otro también las más feroces invectivas contra Diario 16 y su director de entonces. Las llamadas procedían del Gobierno, de su entorno o del de sus amigos de la llamada *beautiful people* o de cualquiera de los damnificados ocasionales por alguna de las informaciones que aparecían en el periódico.

Sin embargo, P.J. pudo sortear aquel obstáculo y procedió a una amplia remodelación del diseño del periódico hacia pautas gráficas más reposadas y serias, tal como el editor le reclamaba. Sin embargo, el divorcio ya estaba consumado y la tensión entre ambos surgía o se presentía en casi todas las reuniones en las que ambos participaban. A partir de entonces, Salas intensificó el ritmo de asistencia a los semanales consejos editoriales del periódico –en los que participaba un numeroso grupo de articulistas, columnistas, miembros de la redacción e intelectuales– y no desaprovechaba ocasión para, en presencia de todos, reafirmar abruptamente su autoridad frente a Ramírez, discutir o cuestionar, a veces de forma hiriente, de humillar a Pedro Jota, deliberada e innecesariamente, por cualquier propuesta, decisión o comentario del director, que recogía las andanadas con visibles muestras de contención reflejadas en el rostro. Aquello, más pronto o más tarde, tenía que romperse, al saber Ramírez que la relación con Salas estaba irreversiblemente disuelta. Así lo hacía saber, insistentemente, y desde tiempo atrás, algún estrecho colaborador de Ramírez ciertamente muy bien informado.

No así el definitivo cese de 1989. Ramírez convocó una asamblea de toda la redacción e informó de la decisión del editor. La voz se le quebró. Allí dejaba lo que consideraba en buena medida su obra personal, un periódico que había dirigido durante nueve años, que a su llegada apenas vendía unos escasos

miles de ejemplares, entonces convertido en un rotativo fuerte, saneado y con números negros en la cuenta de resultados, con más 130.000 ejemplares de venta diaria.

Sin embargo, sus planes para lanzar un nuevo periódico se habían iniciado ya. Unos días antes, recibí una llamada a altas horas de la noche en mi domicilio. Era el director, Pedro Jota. No me extrañó, acostumbrado como estaba a su condición de compulsivo *workoholic*, que le llevaba a encargar cualquier trabajo que se le acabara de ocurrir justo en el momento en el que le surgía la idea, al margen de lo intempestivo de la hora. Sin embargo, su llamada no era para encargarme ningún artículo, editorial, *columna*, crónica viajera o entrevista. Lo que me dijo me dejó estupefacto: *Juan Tomás está a punto de cesarme...*”El primer miembro de la redacción a quien se lo conté fue José Luis Gutiérrez”, señalaría más tarde Ramírez en uno de sus libros. Tras abandonar el periódico, Ramírez continuó con su proyecto que saldría a la calle en un tiempo record, seis meses más tarde, en Octubre de aquel año, el diario “El Mundo”.

El sustituto de Ramírez –tras una semana en la que el mismo Juan Tomás de Salas ocupó la provisional *dirección en funciones*– fue Enrique Badía y Liberal, desde hacía pocos meses director de Cambio 16, que había publicado una impactante portada anunciando las últimas horas de Mario Conde en Banesto, noticia procedente de medios cercanos al Gobierno que naturalmente entonces no llegó a confirmarse, pero a cuya confirmación se “adelantó” varios años.

Badía incorporó un numeroso grupo de periodistas recién llegados de su mano, que ocuparon los puestos clave en el *staff* del periódico –el más relevante, Eduardo Peralta, que sería más tarde ascendido a director adjunto– entre otras cosas para sustituir la gran cantidad de profesionales que lo abandonaba siguiendo a Pedro J.

Juan Tomás de Salas decidió sustituir a Badía un año después en la dirección del periódico por el hasta entonces director adjunto Justino Sinova. La razón, además de la creciente hostilidad y los ataques del diario *El Mundo* contra Diario 16, probablemente residiera en el desconocimiento de Badía, que hizo lo que pudo, de ese acervo de normas no escritas y comportamientos individuales y colectivos, ese sutil entramado de relaciones personales característicos de cada organización, en este caso los hábitos y costumbres del Grupo, lo que se conocía como “la cultura del 16” que se manifestaba, acaso en una de sus últimas presencias, en la visita al tanatorio de tanta gente del periódico, para dar el último adiós a Alberto Otaño.

Juan Tomás recabó en varias ocasiones mi opinión en su despacho acerca de la situación. Días antes, una persona muy próxima al presidente me había sondeado sobre si había pensado

alguna vez optar a la dirección del periódico. Mi negativa aclaró las cosas y a partir de entonces, en las quinielas de pasillos del periódico mi nombre dejó de sonar. No se me había pasado por la cabeza optar a semejante cargo y menos en Diario 16, auténtico *potro de tortura* en el que no existían ni horarios, ni tiempo para el sosiego, la reflexión, el ocio o el descanso. Sin embargo, las circunstancias a veces imponen sus designios por encima de la voluntad o los deseos de las personas.

En mis encuentros y conversaciones con Juan Tomás hice todo lo posible, con vehemencia incluso, para desvanecer algunos leves y residuales recelos de Juan Tomás hacia Sinova. La mañana de primeros de abril que me llamó a su despacho me confirmó su decisión de nombrar a Justino Sinova. Aquella misma tarde, Justino me informó del nombramiento y lo celebramos, mano a mano, con una cena en un restaurante del centro de la ciudad, en la que comentamos el proyecto que tenía para el periódico en la nueva etapa bajo su dirección. Sinova apostaba claramente por la información como eje esencial de su proyecto, sustentada en un estilo de forma y tono contenidos.

Desde abril de 1990, Sinova ejerce como director de un Diario 16 ponderado y serio, con grandes columnistas –publica una foto de todos ellos, en la que figuran el Nobel Camilo J. Cela, Martín Prieto, Antonio Burgos, Raúl del Pozo y este autor– con un numeroso consejo editorial, con ofertas de regalo –fascículos diarios de enciclopedias, una versión menos costosa y más *light* de las grandes enciclopedias que en el 2004 ofrecen *El Mundo* y *El País*– y una información cuidada. El programa de Sinova al llegar a la dirección del periódico, como se ha dicho, sería sintetizado por él mismo con tres palabras: *Información, información, información.*

Las cosas comienzan a complicarse por la situación económica de la empresa, cuando se hace necesario llevar adelante un Expediente de Regulación de Empleo (ERE) que reduzca los costes de personal.

Sin embargo, Juan Tomás de Salas cesa a Sinova en Julio de 1992 y el día 28 del mismo mes, soy nombrado director del periódico.

Las razones argumentadas por Salas para el cese de Sinova aluden al imprescindible expediente de regulación de empleo que precisa a alguien distinto. “Pensé que no era la persona para un proceso como el que se avecinaba. Los fascículos de enciclopedias que se entregaban gratuitamente cada día – nos costó algo más de mil millones y *envejeció* los lectores del periódico.” Aquello de *envejecer* a los lectores no dejaba de ser un comentario curioso, sobre todo cuando lo que el periódico precisaba entonces era aumentar su número de lectores, al margen de indagaciones

secundarias sobre la pirámide de edad.

Sin embargo, Sinova, que había mantenido el periódico en los mismos niveles de venta, sin caídas relevantes, atribuyó su cese a su negativa a convertir el periódico en un ariete de defensa de Ibercorp, de Manuel de la Concha, Mariano Rubio especialmente y de ataque contra el diario *El Mundo* y así lo ha dejado escrito.

El caso es que, desde meses antes, desde primeros de año, personas muy cercanas a Salas me sondearon sobre la posibilidad de acceder a la dirección del periódico en sustitución de Justino. Al final de tal proceso y ante mis reticencias, Salas recurrió al viejo argumento del patriotismo de Grupo y la necesidad de echar una mano en momentos tan difíciles.

Otros medios y portavoces, sin embargo, me aportarían más tarde una lectura distinta de mi nombramiento, sin duda inquietante.

Algunos medios socialistas me informarían más tarde, tal como ya he señalado, que acaso se había forzado a Juan Tomás de Salas a sustituir a Sinova y tratar de que yo ocupara su lugar, para que la gran demolición del periódico que se avecinaba y que había sido planeada con todo detalle mucho antes, cayera sobre mi cabeza, en mi condición de director. Es decir, para que acabara sepultado bajo los escombros del periódico.

A este respecto, recordé una comida celebrada a mediados de Julio de 1992 con Juan Tomás de Salas, la entonces ministra portavoz Rosa Conde y el entonces ministro de Economía, Carlos Solchaga, en su despacho del ministerio de Hacienda, en la calle de Alcalá de Madrid. Era mi presentación como nuevo director del periódico a dos relevantes cargos del Gobierno.

Tras explicar Salas someramente los proyectos para sacar adelante el periódico, Solchaga –había contado con su buena disposición y colaboración para escribir uno de mis libros, “Miguel Boyer. El hombre que sabía demasiado” (Temas de Hoy, Madrid, 1991)– me dijo: “¿Estás preparado? Porque va a ser muy duro...” Enigmáticas palabras que cobrarían meses más tarde un sentido que ni siquiera pude imaginar entonces.

Tras mi presentación al Gobierno como nuevo director, Juan Tomás también creyó conveniente acudir conmigo al despacho de Juan Luis Cebrián.

¿Mi nombramiento se produce el 28 de julio de 1992, en pleno esplendor de los fastos del Centenario del Descubrimiento, con los ecos de las Olimpiadas de Barcelona y la *Expo* de Sevilla en toda su plenitud.

XVI Aniversario

Además de los problemas sindicales que ya se iniciaban y los derivados de la situación económica, había que hacer un periódico todos los días y atender a las acuciantes demandas de la red de la decena de diarios regionales.

El 28 de Noviembre acudo a Nápoles acompañado por José Macca –un buen periodista, durante varios años corresponsal en Italia del Diario– a recibir el Premio Internacional de Periodismo Sebetia-Ter otorgado por una fundación cultural napolitana del mismo nombre.

Pero, sobre todo, aquel año, en Octubre, se cumple el 16 Aniversario del diario, nacido el 18 de Octubre de 1976. Las 228 páginas del suplemento conmemorativo que se realiza en aquel momento –posteriormente imitado, según es costumbre, por otros diarios– supone también un pequeño respiro por los importantes ingresos publicitarios que aporta y da una idea de la capacidad de convocatoria que Diario 16 aún conserva. Para la ocasión, contamos además con una madrina de excepción: la modelo Estefanía Luyk, que había nacido en el mismo año que el periódico, y cumplía por tanto 16 años. Su hermoso rostro de adolescente ilumina la portada aquel 18 de octubre.

La portada del especial, un “16 Aniversario” como logotipo fue realizado por el pintor Eduardo Arroyo, de larga vinculación con la Casa, por su relación de los años parisinos, otra vez París, con Juan Tomás de Salas.

El Rey de España, Juan Carlos I –con, la ayuda de Sabino Fernández Campo– escribió un afectuoso mensaje para el Aniversario: “El decimosexto aniversario de DIARIO 16 es una buena ocasión para volver la vista atrás y rememorar que el nacimiento de este periódico coincide con el inicio de la transición democrática española. Una cambio, pacífico y armónico, que ha suscitado la admirada atención de políticos, estudiosos y ciudadanos de todo el mundo.

En aquel proceso en el que los españoles contribuyeron colectivamente para instaurar un sistema basado en la libertad, el diálogo y la convivencia pacífica de todos, tuvieron sin duda, un muy relevante papel los medios de comunicación y entre ellos, DIARIO 16. Sin la colaboración entusiasta de la Prensa y los periodistas, la democratización de nuestro país acaso no hubiera tenido el mismo desarrollo.

Por ello, es justo congratularse ahora por el cumpleaños de DIARIO 16, recordando aquellos primeros momentos llenos de incertidumbre pero, también, de ilusionada esperanza, que culminaron felizmente en el sistema de libertades que hoy disfrutamos.”

Firmado: “Juan Carlos I”.

Junto al Rey, y entre otras de periodistas de la Casa, las firmas del ex presidente del Gobierno Leopoldo Calvo Sotelo, la entonces ministra portavoz Rosa Conde, Gabriel Cisneros, Carlos Rodríguez Braun, Luis Valls Taberner, José María Amusátegui, Nicolás Redondo, Antonio Gutiérrez, Ramón Cotarelo, Martín Prieto, Manuel Leguineche, Antonio Burgos, Amando de Miguel, Raúl del Pozo, Miguel Durán, Manuel

Jiménez de Parga, Javier Tussell, Emilio Muñoz, Rafael Nájera, Antonio Lamela, Juan Madrid, Joaquín Araujo, Javier Fernández del Moral, Manuel Martín Ferrrand, César Antonio Molina, Miguel Fernández-Cid, Ignacio Amestoy, Tomás Marco o Camilo José Cela.

No fue el único acontecimiento periodístico para conmemorar el decimosexto aniversario. Durante los meses de noviembre y diciembre de 1993, el Círculo de Bellas Artes de Madrid acogió en su Sala Goya una exposición de fotografía montada por Manuel González García, con las fotografías expuestas seleccionadas por Daniel Gluckman, responsable de la sección de fotografía del periódico, que tuvo gran repercusión, al igual que el libro editado al efecto titulado “16 años de fotoperiodismo”. En ellos se exhibía una larga muestra de fotos realizadas por los profesionales del periódico, con instantáneas ciertamente memorables de todos aquellos años. Una vez más, el periódico se adelantaba, como pionero, al gran *boom* de exposiciones y libros de fotoperiodismo que vendría posteriormente.

Y, paralelamente, aquel año 92, desde los primeros momentos en la dirección y siguiendo lo acordado en el comité de seguimiento económico que presidía Juan Tomás de Salas, participo en un auténtico maratón de comidas, cenas o desayunos con una larga relación de personalidades de cara a la búsqueda de recursos y apoyos de todo tipo para el periódico, personalidades del mundo financiero, de la política, de la prensa, ministros del Gobierno, algunas de las personas con los que se intenta, y en muchos casos se consigue, solventar, algunos de los problemas más acuciantes del periódico de índole económica. Aquel proceso de actividades se intensificaría a lo largo de los años venideros.

Periodísticamente, el periodo fue ciertamente exitoso en cuanto a reconocimiento profesional se refiere, en el que se intensificó la labor de investigación y, muy especialmente, tras desvelar, el 23 de noviembre de 1993, el primer capítulo de lo que sería uno de los logros periodísticos más sonados –acaso el que más– de Diario 16: el caso Roldán, investigado en sus inicios por José Macca, José María Irujo y José Luis Cervero, conocido por el seudónimo de *Jesús Mendoza*, un antiguo guardia civil y miembro de la inteligencia militar, el desaparecido CESID.

Aquel y otros casos similares otorgaron al periódico y a sus profesionales, incluido el director, una abrumadora sucesión de premios –desde el *Luca de Tena* o el *León Felipe*, al *Javier Bueno* de la Asociación de la Prensa madrileña, el del Club Internacional de Prensa, el *Ortega y Gasset*, el *Gustavo Adolfo Becquer*, el *Ismael Fuente*– un compañero que había sido subdirector del Diario, trágicamente desaparecido en un accidente

naútico, durante un viaje a Iberoamérica, destrozado por la hélice de una embarcación de recreo- entre una serie incontable de galardones que convirtieron al Diario en el rotativo más premiado del país.

Asimismo, a partir de mediados de 1994, la dirección abrió un largo y agotador, extenuante proceso de debate con el *staff* del periódico, tendente a lograr una idea colectiva clara para elaborar un nuevo proyecto informativo y de diseño de Diario 16.

El comité de directores, los responsables de todos los periódicos regionales, catorce ediciones distintas en aquel momento, incluida la de Madrid –Madrid, Castilla La Mancha, La Voz del Tajo, La Rioja, Murcia, Cartagena, Valencia, Málaga, Andalucía, La Crónica 16 de León, Baleares, Burgos, Aragón y Galicia– se incorporaron al nuevo diseño. El *Grupo Bega*, de Pamplona, fue el encargado de elaborarlo y, tras incontables reuniones y debates, vería la luz en marzo del año siguiente, 1995. Se trataba de un concepto más moderno, mucho más apoyado en la creatividad de los diseñadores, valorando más intensamente todos los elementos gráficos con que cuenta un periódico. El diseño de Diario 16 fue lanzado en marzo de 1995 y para el acontecimiento se contó con la presencia de la Familia Real, en este caso de la Reina Sofía, que *amadrinó* la botadura del nuevo diseño del periódico con un afectuoso mensaje de apoyo, como antes, en octubre de 1992 con motivo del XVI aniversario del periódico, lo hiciera el Rey Juan Carlos.

Situación económica

Todo el mundo en el Grupo 16 conocía o era de alguna manera consciente de las dificultades económicas por las que atravesaba la Casa, pero sólo llegó a tener una idea cabal y completa de ello, tras ser nombrado director del periódico, aquel 28 de julio de 1992, al saber que la situación de la empresa es más preocupante de lo que se pensaba en la redacción. Y aún tardaría mucho más tiempo, hasta la llegada de Jesús de Ramón Laca a la propiedad y la presidencia el Grupo, meses más tarde, en descubrir que había sido nombrado director de un periódico cuya empresa editora estaba en quiebra, la misma o parecida situación que cuando fue nombrado Sinova, que tampoco fue informado de ello.

Juan Tomás de Salas no aporta demasiada información, aunque la falta de liquidez es patente, los pagos inmovilizan a la empresa y los ingresos no son siquiera suficientes para cubrir las nóminas y la *deuda histórica* del Grupo crece día a día.

Además, no puede decirse que en la redacción del periódico, al igual que en otros departamentos, existiera un conocimiento medianamente claro en lo que a la situación económica se refería, ni, por supuesto, conciencia generalizada y conocimientos siquiera elementales sobre el funcionamiento de una empresa, la

imposibilidad de salir adelante, dicho muy esquemáticamente, si las pérdidas, como así ocurría, se cifraban en miles de millones de pesetas cada año. Aquel coniato “los bancos acabarán pagando” que algunos miembros del comité transmitían como machacona consigna a empleados y trabajadores da una idea de la mentalidad suicida con la que se afrontó aquel proceso. Juan Tomás crea una especie de informal *comité económico* que se reúne cada lunes en su despacho. Está formado por el propio Salas –que revela, mejor que nada, la delicada situación que vive la empresa, con su compulsiva y nerviosa forma de fumar o de beber grandes vasos de agua con los que aliviar la tensión nerviosa– Javier Pascual, a la sazón director general; Gregorio Arroyo, responsable de la asesoría jurídica y ocasionalmente el director del periódico. A veces también se unía a la reunión algún otro directivo de la empresa reclamado puntualmente. En dichas reuniones se analiza la situación económica y las necesidades de tesorería y se distribuyen semanalmente las posibles gestiones de cada uno de cara a un único objetivo: la captación de liquidez a través de dos vías, que no son otras que los contratos de publicidad con el pago adelantado y las tentativas de venta de otros medios propiedad del Grupo. En alguna de aquellas reuniones sugiero jocosamente el simil, la comparación con el tren de los hermanos Marx, aquella desenfrenada marcha en la que la locomotora es alimentada con la madera –*¡traed madera, más madera, es la guerra...!*– de los propios vagones, hasta que desaparecen tragados por la insaciable caldera de la máquina. Los *vagones* se llamaban Radio 16, Marie Claire 16, etc

La verdad es que aquella tarea que se encomendó al director no tenía nada que ver con su función, dirigir un periódico, que era para lo que se me había contratado, y en alguna ocasión se lo sugerí al presidente. Salas, apelaba siempre a la idea patriótica de defensa de la Casa y la dirección de un periódico nacional también podía incluir labores extraperiodísticas como las citadas. La propia organización de la empresa de Juan Tomás de Salas, tan juvenil y anarcoide en algunos aspectos propiciaba tales cosas, entre otras razones porque el Grupo se había construido así, a base de compulsivos excesos de entusiasmo y el sobreesfuerzo individual de todo el mundo. Se trataba de echar una mano.

Sin embargo, la situación a la que había llegado el periódico –y por lo tanto todo el Grupo 16, afectado por la crisis del diario– tenía su origen, también, en causas objetivas de diversa índole. El último trimestre de 1989 y dada la aparición de los nuevos canales de televisión privada, la publicidad en medios impresos se resiente ante la oferta de nuevos espacios publicitarios, situación que se complica aún más en 1990 con la crisis del

petróleo provocada por la Guerra del Golfo.

Nuevos diarios vienen a complicar aún más las cosas, al llegar a los kioscos otros rotativos (*El Independiente, El Mundo, El Sol, Claro*). El descenso en la tasa de publicidad en periódicos se cifra entonces en torno al 30 por ciento. Y aparece un fenómeno hasta entonces desconocido, como era la presencia de sectores bancarios y financieros en la propiedad de los medios. Surge aquí el primer gran cambio cualitativo que afecta también a los propios límites de la libertad de expresión de la que se disfrutaba en España. Un informe de *Fundesco* publicado en 1993 sobre la comunicación en España ya señala premonitoriamente: “La reducción informativa de los grandes negocios de la comunicación, con personajes centrales de la banca y las finanzas convertidos en propietarios de diarios y televisiones, tal vez haya apartado a todos de ciertos criterios éticos y hasta de sentido común y hecho olvidar que la industria de la cultura y las ideas no es la industria del automóvil ni la de la alimentación. Los entramados empresariales cada vez más contaminados en su calidad de emisores, ya que progresivamente se reduce la independencia de los medios ante sus fuentes, por cuanto las fuentes, con gran frecuencia, residen ya en los propios medios o los hipotecan con su proximidad”. La silueta de Mario Conde parecía encajar en esta descripción, pero no era el único. Efectivamente, el derecho a la libertad de expresión, como derecho individual –al tratarse de uno de los derechos fundamentales de las declaraciones de derechos humanos– se iba diluyendo en la capacidad de decisión de los propietarios de los medios, individuales o institucionales, ya fueran personas físicas o jurídicas, sin conocimientos previos, sensibilidad y predisposición hacia las cuestiones que preocupan siempre a un editor vocacional.

La nueva situación provoca un auténtico baile en los medios, algunos de los cuales se quedan en el camino, como *El Independiente, Claro, El Sol, El Observador, Diari de Barcelona*, o entran en situación especialmente crítica como el *Ya*, que desaparecería a su vez pocos años después.

Sin embargo, es la creación del diario *El Mundo* –tras la expulsión de Pedro J. Ramírez de la dirección de Diario 16 por Juan Tomás de Salas, el 8 de marzo de 1989– que aparece a finales de este año, el mayor de los quebrantos y que da lugar a la más grave de las crisis para Diario 16.

La salida de *El Mundo* provoca una convulsión en el Diario. Una cincuentena de cualificados profesionales –el principal *capital* de una empresa periodística es obviamente el humano, sus profesionales– se van para protagonizar el lanzamiento del nuevo rotativo, que, gracias al patronazgo y apoyo inicial de Mario Conde, entre otros muchos –Ramírez y Alfonso de Salas

despliegan una gran actividad para la captación de accionistas y capital– tiene desde el principio soportes financieros suficientes, que permiten a un periódico recién nacido, sin deudas ni pasivos que lastren su marcha, con un excelente y muy entrenado y concienciado equipo, navegar con todos los vientos a favor, y que en los kioscos madrileños este periódico pronto se sitúe entre los imprescindibles, rondando ya, desde los primeros días de salida, los noventa o cien mil ejemplares de venta diaria. El banquero, que llegaría a confesar en su propio despacho a un grupo de personas, entre las que me encontraba, que su acceso a la presidencia de Banesto no se hubiera producido de no ser por la ayuda recibida desde el Gobierno y desde el partido del secretario de organización entonces, Txiqui Benegas, negaba sin embargo cualquier relación especial con *El Mundo*. Posteriormente, tras ser intervenido Banesto y entregado a su nuevo presidente, Alfredo Saez, nadie pudo encontrar nunca una prueba de semejante vinculación. Ninguna de estas circunstancias menoscaban, sin embargo, el éxito del periódico y de todos sus profesionales, que en diez años se convertiría en el segundo de España y en uno de los más relevantes de Europa y heredero, en buena medida, del hacer informativo y editorial de Diario 16 que Ramírez y su equipo habían logrado salvar in extremis de la desaparición.

Mario Conde es el ariete contra los llamados *beautiful people*, de los que Juan Tomás de Salas es viejo amigo y miembro integrante del grupo. En ese momento, entre otras cosas, se procedió a interponer una querrela criminal contra cinco periodistas del equipo de investigación de El Mundo que desvelaron una subvención de Industria, a través del entonces Fiscal General del Estado, Leopoldo Torres. Ramírez, en su libro “El mundo en mis manos” consigna aquel episodio como consecuencia de la irritación y animadversión de Felipe González contra el periódico y contra él mismo.

La querrela del Fiscal General del Estado organiza un monumental escándalo mediático –las televisiones incluyen la noticia entre las más valoradas por sus telediarios– que supone una valiosísima, indirecta e inesperada *campaña publicitaria* para el periódico de Ramírez, que saber rentabilizarla con gran habilidad. A todas estas razones colaterales para explicar el creciente problema hay que añadir los costos de personal de Diario 16 derivados de un convenio colectivo que era considerado en medios periodísticos como uno de los más ventajosos para sus empleados de toda la prensa española.

Un tal Laca

La llegada de Jesús de Ramón Laca a la presidencia del Grupo supone un cambio cualitativo en la contabilidad de la sociedad. Según Laca, “comenzamos a trabajar con números

reales, no ficticios”.

Aquellos números reales eran similares a los que se recogían en la memoria de la sociedad, correspondiente a 1993, en su punto C, bajo el epígrafe de “Pérdidas acumuladas”, donde se admite que la sociedad, merced a esas pérdidas, “ha disminuido el patrimonio de la Sociedad por debajo de la mitad del capital social, por lo que, según el artículo 260 de la Ley de Sociedades Anónimas estará obligada a disolverse...”. A no ser que se aumente el capital con nuevas inversiones o se reduzca el pasivo en medida suficiente.

Si en la contabilidad de 1992 figuran unas pérdidas de 123 millones de pesetas –señalado este dato en el informe de los interventores– al año siguiente, 1993, en cambio, las pérdidas se elevan a casi 4.334 millones de pesetas, un salto descomunal que sólo se explica por la utilización en 1992 de lo que Laca llamó “números ficticios”. Los recursos propios –el activo descontado del pasivo exigible– por la misma razón, son en 1992 de 2.524 millones de pesetas mientras que en 1993, son negativos, de (- 1.810.496) millones de pesetas, registrados como Clientes de Empresas del Grupo y Asociados, deuda ficticia contraída con las propias sociedades del grupo y de imposible cobro, en realidad una pérdida más.

En el ejercicio de 1993 se afloran pérdidas por un valor de 1.700 millones de pesetas –aún quedarían otros 1.500 millones más de ejercicios anteriores– de partidas irrealizables o ficticias. La situación, por tanto, es la señalada ya de quiebra técnica, pero no se conoce en todo su alcance contable, con cifras exactas, hasta la llegada de Laca al Grupo 16 a finales de 1993.

Esta era, muy resumida, la situación económica y financiera de la empresa durante los años 1992 y 1993, el marco situacional en el que se produce mi llegada al periódico. En ese escenario, apenas un año transcurrido desde que asumí la dirección del diario, aparece Jesús de Ramón Laca, que fue, precisamente, como nuevo propietario del Grupo, quien logra sacar a la luz las cifras reales de la situación económica del Diario y la de todo el holding.

La primera vez que oí hablar de Jesús de Ramón Laca Cotorruelo relacionado con Diario 16, el verano de 1993, su nombre me sonó familiar. La persona que me sugirió que acaso él podría estar interesado en “ocuparse” del periódico fue, en conversación personal, el que sería más tarde presidente de Dragados y Construcciones antes de su absorción por la ACS de Florentino Pérez, Santiago Foncillas, entonces vicepresidente del Banco Central Hispano. Más adelante sería Luis María Anson, director del diario ABC, el que me proporcionó informes –óptimos– sobre él. Le conocía bien, tras haber convivido profesionalmente juntos durante casi cinco años –desde 1975 a

1980– en la Agencia Efe presidida por Luis María Anson. Laca fue, durante estos cinco años, consejero de la Agencia estatal en representación del Patrimonio del Estado.

Al acudir a un primer encuentro con él, una tarde de finales de septiembre de 1993 en un hotel madrileño, recordé vagamente su mirada de empollón, ingenua, miope y aplicada, su rostro, que había visto encuadrado en el grupo de jóvenes profesionales y altos funcionarios que formaron el núcleo de dirigentes del PRD –“Operación Roca”– en torno a Antonio Garrigues, Florentino Pérez y Miguel Roca, que obtendría una estrepitosa derrota en las elecciones generales de 1986 –no logró un solo escaño– y a los que Diario 16 y Cambio 16, en general, y Juan Tomás de Salas muy particularmente, habían apoyado con gran entusiasmo informativo y editorial, especialmente desde la fervorosa e incansable apuesta por una opción liberal de Salas que, hasta entonces, no había logrado consolidarse.

Poco antes de su llegada, un periódico madrileño que informaba de su posible llegada a la empresa tituló aquellos días: “Un tal Laca”.

Después, ya en el periódico, conocería más a fondo a este alto funcionario vasco reconvertido en empresario, su itinerario académico y profesional. Nacido en 1947, Jesús Laca está en posesión de un *curriculum de los de antes*, brillante, esmaltado de premios extraordinarios, desde el premio nacional de Bachillerato, el Nacional de Fin de Carrera –Económicas en la Complutense madrileña, en la London School of Economics y en la Edimburg University– hasta el extraordinario de licenciatura. En 1974 accede a uno de esos elitistas cuerpos de la Administración, el de Economista del Estado, tras la consabida oposición y es nombrado subdirector general de la Dirección General del Patrimonio del Estado y representa a Hacienda en asuntos de tanta envergadura como la quiebra de Explosivos Riotinto. Más tarde, se convertiría en uno de los hombres de confianza del entonces ministro centrista García Añoveros en Hacienda, que le nombra secretario general técnico.

En 1982, tras la victoria socialista en las elecciones generales del 28 de Octubre, cesa y es nombrado asesor ejecutivo –singular y contradictoria etiqueta, por otra parte– del ministerio de Hacienda por Miguel Boyer. Propone la fusión de loterías y quinielas bajo un único organismo y es consultado sobre el caso Rumasa: su dictámen –no proceder a la expropiación, sino a la intervención, pero únicamente de la división de bancos del “holding” de la *abeja* que son los que alimentan a todo el Grupo de Ruiz Mateos– finalmente no fue escuchado por el primer gobierno de Felipe González, como es sabido, tras la accidentada expropiación y posterior privatización del mastodóntico “holding” .

El mundo ciertamente es un pañuelo, y en el caso español

más aún, porque nuestro país sigue contando con una clase dirigente en todos los ámbitos –incluido el funcional, el empresarial y el financiero– ciertamente reducida y endogámica, en la que sus integrantes pueden que se alejen y distancien coyunturalmente para volver a reencontrarse años más tarde en las más impensadas circunstancias y que es un testimonio más de la permanencia en las estructuras del poder político, económico o cultural, de las mismas familias, grupos, castas o mandarinatos cuya destreza en el uso y disfrute del poder les ha dotado de una legendaria capacidad para perpetuarse en ella.

Porque Laca, desde la subdirección de empresas y participaciones estatales de la Dirección General del Patrimonio –su director entonces, José María Concejo, es más tarde secretario del Consejo del BBV– fundó Aldeasa –Almacenamiento y Depósitos aduaneros, SA– en 1976, cambiando el nombre y objeto social de una sociedad de ferrocarriles propiedad del Estado, para constituir la que se convertiría en una de las “perlas” de la corona pública –más tarde participada por Tabacalera y cotizando en Bolsa– una densa red de tiendas libres de impuestos, además de una importante división logística de almacenamiento y distribución en las aduanas de tierra y aire de todo el país. Su primer presidente sería el general del Ejército del Aire García Conde.

Laca, melómano y aficionado al arte, se preocupa incluso, años más tarde, de proponer al Patrimonio, ya gobernado por los socialistas, la venta del edificio de oficinas de la empresa pública, en la madrileña calle de Ruiz de Alarcón, al vecino Museo de El Prado, dentro del ambicioso plan de los gobiernos socialistas para la ampliación y remodelación de la que pasa por ser primera gran pinacoteca del mundo. Aldeasa, también acabó indirectamente relacionada con la larga crisis de Diario 16. José Luis Domínguez, que adquiriría Inpresa a Laca en 1995 por el precio de una peseta merced a las presiones del Gobierno al BCH, no se recataba en comentar que el premio que recibiría del Gobierno por haberse ocupado de la operación de Diario 16 sería el hacerse con la propiedad de una sociedad del Estado que iba a ser privatizada, Aldeasa. Aquella venta –o regalo– no llegó a producirse nunca. Domínguez tan sólo recibió como consolación un contrato propiciado por el consejero de la Junta de Andalucía, Gaspar Zarrías, con el Instituto de Fomento de Andalucía (IFA), principal propietario de la firma automovilística Santana, una asesoría de “mercadotecnia y publicidad” por un año –revisable cada tres meses– de los coches de la atribulada empresa, que aún tenía pendiente, entonces, el pago de las prejubilaciones a más de 350 trabajadores que habían abandonado la empresa en 1992 y 1993.)

Como empresario privado –tarea que inicia tras su excedencia

como funcionario, a finales de 1982– Laca ha acreditado iniciativas en el mundo de la energía, la distribución y el ocio. De tradición y familia le viene, por su estrecha relación con lo más selecto de la clase empresarial y financiera vasca, los etiquetados jocosamente como “neguríticos”, los empresarios y financieros acantonados en sus mansiones y palacetes al borde del mar en Neguri. Su abuelo, Agustín Cotorruelo, fue fundador del Club de fútbol Atlético de Madrid y su socio número 1 y su mujer, Sofía Clausen –periodista y licenciada en Filosofía, ocupada entonces en su tesis sobre el pensamiento de Karl R. Popper– con la que tiene cuatro hijos, es prima de Emilio Ybarra, ex presidente del BBVA, en cuyo anterior consejo tomaban asiento varios familiares suyos. Puede decirse que Laca no da un paso sin consultárselo a Sofía, algo parecido al *cerebrogris* de la familia. El propio Laca lo ha confesado a sus amigos en más de una ocasión, cuando asegura seguir los pasos que siempre aconseja la “intuición” de su mujer Sofía.

Sin embargo, la operación empresarial más importante de Laca fue la de la empresa constructora Ocisa, que compra en 1986 al Banco Hispano, entonces en el Fondo de Garantía de Depósitos, en compañía de sus socios de entonces, entre ellos Florentino Pérez –actual presidente del Real Madrid– Juan Torres, Pedro López Jiménez y Jesús Roa. La empresa soporta unas pérdidas de cinco mil millones de pesetas anuales, situación que, mediante un riguroso plan de saneamiento, logran equilibrar en apenas unos meses, para transformarla en pocos años –a pesar del tropiezo suscitado por un oscuro y ruidoso asunto de maletines y comisiones ilegales a funcionarios de la Junta de Andalucía, el famoso “caso Ollero”, que provocó la dimisión y procesamiento del entonces presidente de la empresa, Jesús Roa– en uno de los “holdings” de ingeniería y construcción más fuertes de España. Ocisa se transforma en OCP tras fusionarse con Construcciones Padrós, SA –que había sido adquirida en 1983 a Banca Catalana, también en el Fondo de Garantía de Depósitos, por Florentino Pérez, Juan Torres y Pedro López Jiménez, entre otros– y, posteriormente, ya a finales de 1997, tras fusionarse OCP con Ginés Navarro, SA, del Grupo March, en ACS, un poderoso “holding” con una facturación superior ya entonces a los 350.000 millones de pesetas anuales momento en el que culmina con éxito una OPV, su salida a Bolsa. Y, más tarde, el más difícil todavía, el pez chico que se come al grande en versión empresarial, ACS que termina adquiriendo y fusionándose con la legendaria Dragados y Construcciones, SA. Su actual presidente y uno de los artífices de este proceso de fusiones, diversificación y crecimiento es Florentino Pérez. La salida a bolsa de ACS es aprovechada por Laca para vender, por una cifra ciertamente muy ventajosa, de

varios miles de millones de pesetas, su participación en ella. Cabe preguntarse cómo una persona como Jesús Laca, desde su desahogada posición de empresario, se atrevió a asumir la presidencia y posterior propiedad de las sociedades del Grupo 16, cuya delicada situación no presagiaba precisamente una evolución sosegada de los acontecimientos, como así sucedería. Los impulsos nostálgicos, su condición de antiguo y fiel lector de las publicaciones del Grupo a lo largo de toda la transición democrática –especialmente Cambio 16 y Diario 16– probablemente le llevaron, según su versión, a tan “romántica” y arriesgada decisión con la intención de “echar una mano” para reflotar un Grupo histórico y simbólico de la joven democracia española. Así lo explicaba él. Otros medios aseguran que lo hizo atendiendo una petición del BCH, banco con el que mantenía estrechos vínculos y relaciones, especialmente con Santiago Foncillas y José María Amusátegui.

El dinero, sin duda, no fue, aparentemente, el motivo, tratándose de una empresa periodística en tan comprometida situación, aunque su reputación de *reflotador* de empresas en crisis y de empresario inclinado a ganar mucho dinero en este tipo de operaciones siempre planeó sobre su llegada al Grupo 16. De hecho, la operación de Ocisa fue de ese tenor, comprar una empresa quebrada y en pérdidas, sanearla, reflotarla y eventualmente vender su participación en ella.

Algunas explicaciones malintencionadas relacionaban la presencia de Laca en el Grupo 16 con el clásico *pelotazo*, lance muy de moda y en boga en la época de los gobiernos de Felipe González, en aquellos tiempos en torno al *Eldorado del 92*. Y tal hipótesis se sustentó en el hecho de que los principales bancos acreedores, BCH y BBV, habían vendido a Laca una parte de los créditos adeudados por el Grupo 16, mil cien millones de pesetas –en realidad mil ciento ocho millones– por el precio simbólico de una peseta. Tal venta ocasionaría la interposición de la correspondiente acción legal contra ella por parte del letrado del Grupo, Gregorio Arroyo, por entender que tal cesión dañaba seriamente los intereses de la compañía.

También Domínguez, en una dura carta dirigida a Laca el 26 de diciembre de 1995, le advierte sobre las “consecuencias jurídicas” que tal “compra” –lo adquirió a los bancos por una peseta– pudiera ocasionarle. Laca respondería contundentemente recordando su compromiso de traspasarle dicho crédito a Domínguez también por una peseta, siempre y cuando él aportara a la sociedad, tal como se comprometió en el contrato de compraventa, la cantidad de mil quinientos millones de pesetas que nunca desembolsó.

En cualquier caso, mucho tiempo después, Laca confesaría a sus amigos sentirse decepcionado –y el dinero, cuarenta millones

de pesetas que aportó en una ocasión personalmente de su bolsillo para atender parte del pago de una nómina y que nunca llegó a recuperar— por algunas personas del mundo financiero que le impulsaron a entrar en el Grupo 16 sin haberle advertido previamente del lugar en el que se metía. Este era el Jesús de Ramón Laca que llega al periódico en octubre de 1993.

Los conflictos

La crisis y posterior destrucción y desaparición del original y primigenio Diario 16, no podría entenderse sin la consideración previa del momento en el que el periódico nació y creció, es decir, a lo largo de toda la transición democrática. Diario 16 siempre fue una especie de prolongación periodística del ruedo ibérico de la política y sus periodistas, especialmente sensibilizados e implicados en el proceso.

Era aquella redacción y las que siguieron, un colectivo esencialmente *progre* en su inmensa mayoría, con todas las *familias*, grupos y tendencias de la izquierda en él representadas o presentidas, incluida la izquierda abertzale, con algún redactor vinculado a Herri Batasuna. Además, la *cultura del Grupo*, del periódico sobre todo, desde su creación, estuvo marcada por la política, al tratarse de un colectivo sobreideologizado en el que los perfiles asamblearios se mantuvieron a lo largo de toda su historia, en parte a causa de la permisividad suicida de su principal animador, Juan Tomás de Salas y del embarullado desorden de la casa.

Un periódico histórico que logra salir adelante a lo largo de dos décadas, que resiste a los ataques de la ultraderecha y las bombas de la extraña ultraizquierda, el Grapo, que subsiste al golpe del 23-F y a la ocupación de los militares que protagonizaron la asonada, y cuatrocientas personas empleadas en él que aparentemente deciden dinamitarlo, autodestruirse y perder de paso todos sus puestos de trabajo. Este sería el extravagante y casi surrealista retrato situacional en unos pocos trazos.

A finales de 1993, terminada ya la época en la que Carlos Pérez —hombre cercano a Joaquín Leguina, con el que llegó a ser diputado autonómico en las filas socialistas de la Asamblea de Madrid y representante también del partido en los primeros pasos de la autonómica Telemadrid— había ejercido durante muchos años como líder de la sección sindical ugetista y del comité de empresa y principal responsable de que el convenio colectivo del periódico fuera considerado como uno de los más beneficiosos para sus empleados del sector de prensa. Desde su retirada de la labor sindical, Comisiones Obreras logró la mayoría, que ostentaba en aquellas fechas. Un comité formado por trece personas más dos delegados sindicales —con pequeñas e irrelevantes variaciones a lo largo de este período— en el que la relación de fuerzas era de doce miembros de Comisiones Obreras por tres de la Unión General de Trabajadores.

Sin embargo, en su representatividad por departamentos, la redacción, en torno a los 160 miembros, contaba tan sólo con 3 representantes en el comité, los mismos con los que contaba el colectivo de distribuidores que estaba compuesto por 34 personas. Es decir, la redacción estaba representada por un 2,5 % de representantes cuando en el censo total de empleados era del 34 por ciento.

Este era una de las muchas anomalías que se daban en los procesos de debate internos. Una forma de alterar los resultados finales de tales debates, confrontaciones y votaciones consiste en introducir pequeñas anomalías procedimentales en el itinerario, irregularidades que tomadas una a una acaso no parezcan tener excesiva importancia pero que en su conjunto terminan por adulterar metabólicamente todo el proceso democrático y el resultado de la voluntad mayoritaria.

Sólo así puede entenderse como un conjunto de medio millar de empleados decide de forma suicida dinamitar la empresa que les da trabajo y sustento para pasar todos a las filas del desempleo, los *eres* y el raquíco consuelo del Fondo de Garantía Salarial (Fogasa).

Otra de las anomalías era la constante vulneración de la norma que establece la ley de demandar el permiso de la empresa para convocar asambleas en ella y del plazo de dos meses preceptivo del que dispone la empresa entre una y otra convocatoria de asamblea para autorizarlas o denegarlas. Las asambleas en Diario 16 llegaban a ser diarias y en ocasiones varias en el mismo día, por un proceso consuetudinario de degradación al que había conducido la debilidad despistada de la empresa. Gradual, paulatinamente, se habían consolidado las normas impuestas por el día a día, por lo que las asambleas, desde tiempo atrás, se convocaban directamente, en ocasiones incluso sin previo anuncio, incluso sin el comunicado del comité.

O la petición de renegociar el convenio colectivo a finales de aquel año 1993, cuando, según la ley, si ninguna de ambas partes lo denuncia, el convenio se prorroga automáticamente. El convenio, que expiraba el 30 de septiembre, no fue denunciado ni por la empresa ni el comité, por lo que había quedado prorrogado de forma automática y, sin embargo, su renegociación se solicitó muchas semanas después de expirar el plazo para hacerlo.

En el convenio colectivo de 1991, el comité convocó huelga para el 12 de marzo de aquel año, fundamentalmente ante la no aceptación por la empresa de las reclamaciones de su plataforma. La situación económica no era la más adecuada. La crisis publicitaria se agudizaba en aquellos momentos en los que en Madrid había ocho periódicos nacionales. A pesar de ello, las vindicaciones del comité suponían cerca de 500 millones de pesetas más, en torno a un 20 por ciento por encima de lo establecido

en el ejercicio anterior en cuanto a gastos de personal se refiere. La subida salarial solicitada era del 8,5 por ciento, para un IPC previsto en ese momento del 5 por ciento.

La convocatoria de huelga se apoyaba también en la negativa de la empresa a dar una paga suplementaria a los distribuidores por el reparto semanal de un suplemento gratuito de ocio que se entregaba con el periódico.

Paralelamente, el atomizado sistema de distribución español iba a sufrir una seria reconversión. Una huelga de distribuidores los días 9 y 10 de diciembre de 1991 deja sin periódicos los kioscos de Madrid por primera vez en medio siglo, afectando a todos los rotativos de la capital de España.

Estos eran el escenario y los antecedentes. En aquel periodo, el que media entre los años 1992 y 1993, en los que la propiedad del periódico sigue estando en manos de Salas, se producen estas cifras, que dan cuenta aparente de la existencia de alguien muy poderoso empeñado en complicarle la vida a Diario 16, en asfixiarlo económicamente: en menos de dos años, de 1992 y 1993 se producen 18 convocatorias de huelga en el periódico, con un total de 26 días de paro convocados, –ninguna se llevó a efecto, gracias a que la empresa cedió casi siempre a las demandas sindicales y algunos casos aislados a la comprensión de algunos dirigentes sindicales– un período que, paradójicamente, se había caracterizado como ya hemos señalado por una gran recesión económica y una fuerte caída de la inversión publicitaria, algo que debería haber movido a reflexión a empleados y trabajadores.

Y todo ello en un periódico, colectivo especialmente sensible y que requiere especial tranquilidad para el normal desenvolvimiento del trabajo.

En febrero de 1992, el presidente, Juan Tomás de Salas, se reúne con el comité para darle cuenta de la gravedad de la situación que exige medidas correctoras tan drásticas como urgentes. La deuda es mastodóntica y las pérdidas también. A lo largo de aquella primavera del 92, la empresa que preside Juan Tomás de Salas inicia los trámites para poner en marcha un plan de regulación de empleo (ERE) para reducir la plantilla en 103 personas. El comité recurre nuevamente a la huelga que se convoca para el 3 de diciembre de 1992. La empresa entonces decide retirar el *Ere* pero mantiene un plan de bajas voluntarias y jubilaciones anticipadas. Sin embargo, la falta de recursos económicos para financiarlo también frustra esta segunda posibilidad, aunque las bajas voluntarias y prejubilaciones apenas alcanzaban a un 25 por ciento del número de empleados que según la empresa era preciso incluir en el *Ere*. La huelga se desconvoca pero las espadas siguen en alto.

Y prosiguen las anomalías. Así, en las asambleas, sólo se

cuenta con la versión del comité, que se dedica habitualmente a denostar a la empresa responsabilizándola de todos los males. Una tentativa de un representante de la empresa de dirigirse a la asamblea para aportar su versión de los hechos y las negociaciones es rechazada como una *provocación*. En alguna ocasión aislada, sin embargo, representantes de la empresa convocan asambleas en las que son escuchados sus argumentos.

Las relaciones del comité de empresa con la dirección periodística, con el director del periódico en cambio son, ciertamente buenas. Todavía existía en el periódico aquel clima de compañerismo y solidaridad fundacional que sobrevolaba por encima de las categorías profesionales. Se mantienen reuniones con sus miembros periódicamente, que someten a la consideración del director algunas de sus vindicaciones que, en muchos casos se apoyan ante la empresa y pocos meses después, cuando habría de negociarse un nuevo *Ere*, en los encuentros entre empresa y comité siempre hay un cualificado representante de la redacción y del director del periódico, previo el visto bueno del comité y de la representación empresarial. Estas personas comienzan a ser conocidas como “cascos azules”, todo un antecedente del famoso diálogo, –que siempre sirve de poco cuando no existe voluntad en alguna de las partes de que el diálogo no prospere– dada su naturaleza pacificadora entre ambas posturas y que no tienen otra misión que, además de servir de elemento atemperador de enfrentamientos entre empresa y comité, obtener una visión global del conflicto, con informaciones detalladas y contrastadas de todas las partes y no de una sola, como habitualmente ocurría en las asambleas, donde la postura de la empresa a veces era resumida en un escueto comunicado clavado en el tablón de anuncios, no demasiado clarificador y explicativo. Las mediciones sociográficas de los sistemas de comunicación siempre están encabezadas por la transmisión oral en cuanto a eficacia en la persuasión se refiere. El texto escrito es sin duda menos persuasivo y convincente y si se trata de un aséptico, incompleto y deficientemente redactado comunicado de empresa, mucho más.

Incluso en una ocasión –el día trece de diciembre de 1993– propicié, a pesar de que ya se había producido la convocatoria de las primeras huelgas de diciembre, un encuentro entre tres miembros del comité y altos directivos del Banco Central Hispano, por entender cabalmente los representantes de los trabajadores que el banco era el dueño real del periódico, en su condición de acreedor principal. Se trataba de evitar las posibles concentraciones ante el banco que el comité llegó a considerar y que sus miembros conocieran la postura del banco con respecto al periódico. La reunión fue considerada por el comité como “positiva”, al haber obtenido de los representantes del banco la

promesa verbal aunque inconcreta de proseguir ayudando al periódico, siempre y cuando se diseñara y pusiera en marcha un plan de viabilidad –que incluía como elemento esencial el *Ere*– y que en el proceso de ayuda estuvieran acompañados por otros bancos, especialmente el BBV, el otro gran acreedor.

Las cosas habían comenzado a ir sindicalmente mal a partir de aquel verano de 1993. Ya en el mes de julio de aquel año, exactamente el día 27, a las cinco de la tarde vino la primera gran sorpresa. Me entrevisté en su despacho del banco con el presidente del BCH, José María Amusátegui. El motivo de la visita no era otro que detallar la forma en la que el banco se ocuparía de proceder al ingreso correspondiente para atender parte del pago de la nómina y de la paga extraordinaria, antes del éxodo vacacional de agosto que ya habíamos acordado, sin mayores detalles, que tendría que producirse.

Aquella misma tarde, cuando Juan Tomás de Salas acudió a mi despacho del periódico, acompañado de Javier Pascual, no daban crédito: El banco se desentendía de aquel compromiso adquirido previamente pocos días antes conmigo, el director del periódico .

Finalmente, se pudo solucionar el escollo con el banco que puso al servicio del periódico la cantidad prevista y fueron unas vacaciones tranquilas.

Sin embargo, aquel suceso, aparentemente de menor importancia, provocaría la ruptura de la postura unitaria de los dos principales acreedores, BCH y BBV –este último banco, sus responsables, encabezados por Emilio Ybarra, tuvieron un buen comportamiento con Diario y conmigo–. Algún tiempo después, el 20 de abril de 1994, en un almuerzo con un alto ejecutivo del BBV, me aclararía la razón de aquel desencuentro que no llegué a entender en su momento. Según me informó, habían decidido ceder todo el protagonismo al BCH con respecto a Diario 16 y desentenderse del periódico, porque el banco presidido por Amusátegui, al hacer frente a la nómina del mes de julio de 1993, había incumplido el acuerdo existente entre ambos bancos que establecía la negativa a aportar ni una sola peseta más a Diario 16 y Juan Tomás de Salas. Aquella revelación, afortunadamente, la conocí cuando ya estaba curado de espantos y aún no había descubierto la densa trama de banqueros, políticos, propagandistas o infiltrados del más diverso origen conjurados en un objetivo tan fijo como obsesivo, silenciar a Juan Tomás de Salas, primero, y a su más importante *hijo periodístico*, Diario 16, después.

Paralelamente, mis contactos con José María Amusátegui, presidente del BCH, principal acreedor del periódico, se intensifican desde que aquel 26 de octubre de 1992, que me recibe en su despacho, a las doce de la mañana. Desde entonces, y coincidiendo con el comité de empresa, que comienza a considerar tal

hipótesis como argumento central en su estrategia, entiendo que los propietarios reales del periódico, del Grupo, merced al endeudamiento que pesa sobre él, son los bancos BCH y BBV. Las palabras de Amusátegui son amables pero inquietantes. No se puede seguir así, es preciso un plan de saneamiento quirúrgico que ponga las cuentas a cero y Juan Tomás de Salas no parece ser la persona más adecuada para llevarlo a efecto. Se le reconoce su condición de imaginativo editor, de personalidad histórica en el proceso democrático, pero, me dice, su condición de gestor deja mucho que desear. Con buenas palabras, es la misma idea que me adelantaría en diversas ocasiones un vicepresidente del banco, Santiago Focillas –la primera persona que me habla de Jesús de Ramón Laca– encargado en un principio por Amusátegui de lidiar con el problema de Diario 16. La realidad posterior quizá le dio la razón a los banqueros, cuando, tras la llegada de Laca, se descubre que la empresa editora está en quiebra técnica desde tiempo atrás, sin que Salas aparentemente fuera muy consciente de ello.

Focillas llegaría a ser especialmente crítico con Salas, al que responsabilizaba de ser un administrador caótico, manirroto y despilfarrador, en ocasiones *pro domo sua*. Una empresa en crisis, quebrada, me diría, no puede permitirse el lujo de los gastos suntuarios de Juan Tomás de Salas.

No sabía de lo que me hablaba y cuando me interesé por ello –yo pensaba que un Grupo de semejante tamaño, con tantas actividades y publicaciones, quizá precisaba que su presidente dispusiera de medios suficientes para dirigirlo– me enumeró –demostrando un detallado conocimiento de la situación contable del periódico y del Grupo– los frecuentes viajes, los abultados capítulos de gastos a cargo de la empresa, los más de 160 millones de pesetas de entonces de presupuesto anual, lo que costaba cada año, “la presidencia del Grupo 16”, un reducido departamento desde el que Juan Tomás dirigía el “holding”. Son los tiempos en los que los ataques contra Diario 16 se centran esencialmente en la personalidad de Juan Tomás como integrante de la llamada *beautiful people*, en sus relaciones de amistad estrecha y antigua con Manuel de la Concha y Mariano Rubio o Carlos Solchaga, entre otros.

Juan Tomás, que recibe puntual información mía de todas las gestiones que realizo, delega en mí muchos de los contactos con los bancos y algunas empresas, por entender que a él no le prestan ya demasiada atención. Evidentemente, la tesis de los bancos respecto a Juan Tomás de Salas se había extendido en los reducidos círculos del poder financiero y de las grandes empresas y centrales publicitarias. Y de lo que se trata es de buscar dinero a toda costa que alivie las necesidades *a corto* del Grupo y especialmente de Diario 16.

Pronto comienzan a aparecer gran cantidad de personas que nos animan, que hablan de la necesidad de invertir en el periódico varios miles de millones para relanzarlo, que no habrá mayor problema para conseguirlos, etcétera. Son personajes de lo más variopinto, misteriosos inversores que súbitamente desaparecen y no se vuelve a tener noticia de ellos, supuestos amigos, editores... Uno de estos animadores es Fernando Fernández Tapias, el legendario *Fefé* –la indeleble etiqueta nacida de la pluma de Pablo Sebastián– presidente de los empresarios madrileños, amigo y persona cercana entonces al presidente autonómico madrileño, Joaquín Leguina y, también, al actual alcalde madrileño, Alberto Ruíz Gallardón.

Salas, todos, llegamos a entender que se trataba sólo de maniobras de distracción, un simple revuelo de capotes, cabestros y mulillas para confundir y distraer al *toro* y conducirlo hacia el *corral* estratégico previamente elegido –el matadero, el desholladero– que no era otro que provocar como imprescindible paso previo, la salida de Juan Tomás de la propiedad y la presidencia del Grupo.

Joaquín Leguina, el socialista presidente de Madrid, aparte de su condición de colaborador histórico de Cambio 16 –escritor de columnas y artículos desde los primeros años de la publicación, en la década de los setenta– además de amigo íntimo de Juan Tomás y de mantener una óptima relación personal conmigo como director del periódico, actuó sin embargo a favor de la salida de Juan Tomás de Salas.

Posteriormente, Leguina preparó una candidatura empresarial que no llegó a prosperar, para sustituir a Laca, en el año 1995 por José Barrionuevo, ex ministro del Interior que hubiera ocupado la presidencia del Grupo. En un almuerzo posterior con él lo admitió, para añadir: “pero siempre contando con tu aceptación...” Le respondí que yo no era nadie para aceptar o rechazar aquello, pero que, en cualquier caso, para contar con mi opinión al respecto, primero tenía que haber sido informado previamente, cosa que no había ocurrido.

Sin embargo, Leguina, sí permitió, en cambio, que más adelante, –una vez que el periódico había sobrevivido a las huelgas– la Comunidad de Madrid avalara un crédito de trescientos millones de pesetas, con la rotativa del periódico como garantía, que gestioné personalmente con él y con otros miembros de su gobierno, cantidad que dio un nuevo respiro financiero a la empresa y que, en aquella ocasión, gracias a Leguina y también a la comprensión y apoyo parlamentario del entonces líder de la oposición madrileña, Ruíz Gallardón, permitió al periódico salir adelante durante algunos meses.

Salas, por su parte, había solicitado tiempo atrás el ya citado crédito sindicado de mil quinientos millones de pesetas a los dos

bancos acreedores, BCH y BBV, con cinco años de carencia y a interés cero durante los cinco años. Las garantías aportadas fueron las acciones de Impulsa, la sociedad propietaria de todas las demás.

Sin embargo, las acciones de la sociedad instrumental Impulsa que se aportaron como garantía del préstamo no impedía a Salas pignorar, embargar o incluso vender las acciones o participaciones de las sociedades editoras o las cabeceras de los distintos medios. Cuando llega Laca a la empresa cambia esta situación, sustituyendo las acciones de Impulsa como garantía de aquel préstamo de mil quinientos millones de pesetas por las acciones y cabeceras de las sociedades editoras respectivas, Inpresa, Inrevista y otras.

A cambio, los intereses se reducirán en un punto, algo no demasiado importante cuando aún faltaban más de dos años para que el crédito –principal e intereses– expirara.

Los bancos desean tener como garantía del préstamo las acciones de las sociedades propietarias de las cabeceras de las publicaciones –lo que realmente tiene valor– y Salas cree que utilizan a Laca para cambiar tal situación.

Sin embargo, la situación cambia ciertamente, a partir de la vuelta del verano. Me entrevisto previamente con Laca.

Asimismo, las presiones sobre Juan Tomás de Salas para que venda (es un decir), por una peseta las acciones del grupo, se intensifican. Resulta evidente que Salas ya no cuenta con el respaldo de nadie. El diario *El Mundo* es su principal adversario y cuenta con poderosos apoyos en el seno de la oposición, especialmente en el PP y en la Izquierda Unida de Anguita.

Asimismo, las presiones del Gobierno se intensifican sobre el BCH y sus máximos responsables para forzar la salida de Salas.

Antonio Gutiérrez, secretario general entonces de Comisiones, con quien seguía manteniendo relación y contactos frecuentes, me hace depositario de una confidencia: el enlace más frecuente con el BCH para tratar la crisis de Diario 16 es una persona, cuyo nombre me confía, de la confianza de Narcís Serra, vicepresidente del Gobierno y relacionada con el mundo empresarial y financiero. Las deudas con el Estado, las retenciones del IRPF y la Seguridad Social, nunca serán renegociadas con Salas al frente, según reiteran todos los portavoces gubernamentales.

La situación se complica a partir del verano. En agosto, el Presidente y el director del periódico se reúnen con el comité para informarle del cierre de todas las vías de financiación. El comité, muy constructivo, se compromete en una nota a “hacer el esfuerzo negociador posible para hacer factible un nuevo relanzamiento del periódico”. Nada presagiaba lo que iba a ocurrir pocos meses más tarde.

En septiembre, Juan Tomás recibe una llamada de una conocida

personalidad del BCH, utilizada habitualmente por los máximos responsables del banco para tareas especialmente ingratas. Se trata de Epifanio Ridruejo –*Epi*, según se le conocía familiarmente en el Grupo– ya fallecido, entonces un alto ejecutivo del banco heredado por Amusátegui de la etapa anterior de Alfonso Escámez, presidente del Banco Central.

Epifanio sería terminante: o la venta o la quiebra del Grupo.

Salas cede y acepta la llegada de Laca. No tiene otra salida.

Meses más tarde, cuando ya se había sustanciado la venta del Grupo 16 por una peseta, Salas, en una entrevista concedida a Ignacio Carrión en el diario *El País*, tras su salida de la propiedad, el 22 de julio del año 1994, dice en el titular de la entrevista, a toda página: “El Gobierno y los bancos han forzado mi salida”. “Cuando los dos bancos que son los tuyos adoptan una determinada posición, los demás bancos se retraen. Y además mis deudas con la Seguridad Social y el IRPF ascienden a 4000 millones de pesetas (Salas seguía ignorando la situación contable real del Grupo, o quizá se hacía trampas en el solitario o ambas cosas a la vez, porque la cifra real era mucho más elevada, tres veces superior). Y contra esas dos fuerzas juntas no tengo nada que hacer”. Lo que todo el mundo había oído tantas veces. Con Salas como propietario no había nada que hacer.

Laca llega, por fin, al periódico, a finales de Octubre de 1993.

Llega acompañado por un hombre de su confianza, al que nombra consejero delegado. Se trata de un antiguo marino de guerra, José Ventura Olaguíbel, –que acabaría traicionando a Laca y enfrentándose a él– que había tenido en los años de la transición, algún escaqueo político de menor entidad con el grupo socialdemócrata que había fundado Dionisio Ridruejo.

El nuevo propietario pone en marcha inmediatamente, después de estudiar la situación de la empresa, un riguroso plan de saneamiento que contempla, principalmente, la renegociación de la deuda, equilibrar la cuenta de resultados mediante la reducción de la plantilla del periódico y el recorte drástico de los gastos y un posterior plan de relanzamiento fundamentado en la captación de financiación externa mediante una ampliación de capital. Todo ello es preciso, según Laca, para evitar la desaparición de Diario 16 y la pérdida de cerca de 500 puestos de trabajo, y la propia Dirección general de Trabajo que acogería el correspondiente *Ere*, lo reconocería más adelante.

El nuevo propietario llega como un auténtico terremoto al periódico. En una reunión con representantes de la redacción vi los rostros palidecer cuando el ya presidente de Inpresa anunció sus planes, entre ellos, el despido de 134 personas.

El 5 de noviembre de 1993, se hace entrega al comité de empresa y a los sindicatos del plan de viabilidad que contempla

un *Ere* para la reducción de plantilla en 134 personas, entre Madrid y Sevilla, donde está la sede de Diario 16 de Andalucía, el más pujante e importante de todos los periódicos de la cadena de diarios regionales.

Pocos días más tarde, el 16 de diciembre, el comité, tras reunirse con los representantes de la empresa, firma un acta en la que “los abajo firmantes se comprometen a abrir un período presidido por la confianza mutua de las partes”. En el mismo documento se establece un plazo, el 17 de diciembre, para finalizar el período de consultas. Sin embargo, parece ser que aquel conciliador documento no tenía otra misión que la de hacer de elemento de distracción. Porque a pesar de lo allí firmado y acordado, el comité convoca una huelga el 2 de diciembre con el objeto de presionar a la empresa para que retire el expediente de regulación de empleo. La empresa, firme en su postura, distribuye un comunicado en el que señala que “no puede retirar el expediente de regulación de empleo, puesto que lo considera como una pieza clave del plan de viabilidad que garantizará el futuro de la sociedad”.

El periódico no sale, la situación entre la gente es de inquietud. Precisamente en un momento en el que el periódico pasa por uno de sus momentos álgidos, al tener una exclusiva de tanta envergadura, el caso Roldán, que había sido desvelado con una primera historia publicada el 23 de noviembre. Tan sólo, con el único auxilio de los directores adjuntos y el director, se pueden elaborar las ediciones de los periódicos regionales que salen a la calle en sus respectivos ámbitos geográficos.

El día 9 se produce una nueva convocatoria de huelga. Ese mismo día, un miembro del comité declara en un periódico que “no hemos firmado nada porque la empresa no acepta la voluntariedad y se mantienen en los despidos forzosos”. Ya se ha dicho que la voluntariedad ya se había considerado por la empresa, pero fue desechada por el escaso número de personas dispuestas a firmar, que no alcanzaba ni siquiera un 20 por ciento de los despidos precisos.

Aquella noche, la salida del periódico, pasadas las doce de la noche, resultó accidentada ciertamente. No pude dirigirme a la asamblea por la imposibilidad de hablar para informar que el periódico no saldría a la calle. Alguien, con un tubo de hierro en una mano, trató con la otra de rociar mi rostro con un spray y en una furgoneta, otra persona hizo ademán de asir una escopeta de caza y muchos de los rostros que aparecían entre los huelguistas no pertenecían a la plantilla del periódico. Sin embargo, se prepara otra huelga, que es convocada para los días 15 y 16 de diciembre.

Y pocas horas después, el 18 de diciembre, el expediente de regulación de empleo entra en la dirección general de Trabajo.

Sin embargo, el comité acepta la presencia de un mediador nombrado por la Dirección general de Trabajo. Se nombra como mediador a Jesús Domingo Riva, inspector de Trabajo y Seguridad Social. Pero la huelga no se desconvoca. Se exige la nómina de noviembre y la empresa la paga de inmediato. Hay debates durante todo el día, con clara oposición del comité y de los miembros más radicales de los huelguistas. Finalmente, la inmensa mayoría impone su opinión y a última hora de la tarde, se desconvoca la huelga de dos días, tras resultar una votación de 183 votos contrarios a la huelga frente a 33 a favor de ella. En apenas dos horas –volvió a funcionar aquel viejo “espíritu 16”– los profesionales del periódico volvieron a hacer posible que aquella noche los ejemplares salieran a tiempo del edificio de la rotativa. El seguimiento del caso Roldán y el retrato robot de uno de los secuestradores y asesinos de la joven Anabel Segura le fue relatado en exclusiva a los lectores del periódico aquel día 16 de diciembre de 1993. La empresa cuantificó los daños de los dos días de huelga en más de 100 millones de pesetas por cada día que el periódico dejó de salir. Al margen de los daños incalculables en imagen y en pérdida de ejemplares. Sin embargo, aquellas Navidades también resultaron movidas. Todo fue una *gracia* de un alto ejecutivo del BCH, quien tras comprometerse a aportar una cantidad determinada de dinero para atender parte de los salarios, algunos empleados del periódico vieron con disgusto como sus talones no eran atendidos porque la cuenta bancaria del periódico no había recibido cantidad alguna y los talones entregados no se atendieron por carecer de fondos. Los empleados se encerraron en la sede del periódico en asamblea permanente. Se pudieron escuchar grandes gritos –*jestafa!*– por parte de algunos y llamadas al cierre de Diario 16. *¡Hay que cerrar Diario...!*, era el grito incomprensible de alguno de los oradores más exaltados. El encierro se prolongó varias horas más hasta que se garantizó el cobro de los talones no atendidos. Al día siguiente, 21 de diciembre, el periódico, tras la correspondiente autorización del director, publicó en primera página una información sobre las demandas de los miembros de la plantilla encerrados en asamblea. Tras el paréntesis navideño, a principios de enero, comenzó de nuevo el conflicto. El 13 de enero se convoca una asamblea para tratar sobre el impago de la nómina del mes de diciembre. Se aprovecha para convocar una nueva huelga, nada menos que de tres días, para las fechas 17, 18 y 19 de enero. En el tablón de anuncios, una comunicación de la empresa comprometiéndose a atender la nómina de diciembre. Y, todo ello a pesar de que en las siguientes horas se atendió el pago de la nómina. Aquella nueva convocatoria de huelga se producía desatendiendo

el compromiso de dejar en manos del mediador del Ministerio de Trabajo propuesto por el comité la resolución del conflicto. Además, se tiene noticia que el Ministerio resolverá el expediente de regulación de empleo el día 17 de enero. La huelga, a pesar de todo, se inicia. El comité hace público un comunicado en el que mantiene la huelga de tres días, entre otras cosas, además de acreditar dos pagas extraordinarias no percibidas, por “la negativa a cualquier acuerdo que permita una clarificación del futuro de Diario 16”. La empresa responde con otro comunicado señalando que “la situación económica de la empresa no soporta nuevas demoras sin que se produzcan consecuencias irreparables para su viabilidad... Consideramos necesario recordar que el ejercicio legítimo del derecho de huelga cercena radicalmente cualquier posibilidad de obtener los recursos necesarios para la continuidad de la empresa”. Al mismo tiempo, la entonces subdirectora general Matilde Alcaraz, firma de su puño y letra la autorización para que Inpresa pueda “extinguir las relaciones laborales de hasta un máximo de 134 trabajadores de su plantilla, pertenecientes a los centros de trabajo de Madrid (116) y Sevilla (18)”. También se establecía en el documento un plazo de siete días para comunicar la lista de trabajadores afectados por el expediente, con derecho a percibir las indemnizaciones ofertadas por la empresa conforme a lo señalado en el “sexto” resultando de esta resolución”. Este punto establecía una indemnización para los incursos en el Ere de 45 días de salario por año de servicio.

Los argumentos de la dirección general establecía como razones para conceder el placet al Ere, “las pérdidas económicas sufridas en los pasados y presentes ejercicios económicos, la disminución de ingresos publicitarios y venta de ejemplares, la estructura de costes sobredimensionada, la inadecuación del sistema de transportes de venta empleado en Madrid y el desarrollo de la expansión regional.” El documento ministerial no hacía otra cosa que señalar los puntos de crisis de la sociedad y las causas de tales crisis.

A pesar de todo ello, a pesar de que el Ere había sido autorizado, la huelga no se desconvocó. Dos días después de iniciada la huelga, al tercer día, finalmente el comité accede a informar. La lista de despedidos había sido elaborada por la dirección de la empresa, tomando como borrador de partida una lista previa que había sido elaborada años atrás, en los momentos de la jurisdicción empresarial de Juan Tomás de Salas. Aquella lista inicial se modificó en algunos nombres y hubo que sacar materialmente con forceps a algunas personas que habían sido incluidas en la relación de despedidos y que yo consideraba necesarias para la nueva etapa de reconstrucción del periódico. El comité había exigido conocer previamente la lista de despedidos.

Laca y el consejero delgado, sorprendentemente, opinaban lo mismo pues, según decían, lo establecía la ley. La ley resulta que no establecía nada y fue necesario visitar a la directora general que habría de entender el Ere de Diario 16, para conocer que no era preciso entregar la lista de los despedidos a nadie, tan sólo a los interesados y en el momento en el que la empresa decidiera.

El *staff* del periódico consideraba aquello ciertamente innecesario, unir a la tensión propia de la huelga el conocimiento de los nombres de los despedidos. Prosperó su tesis de comunicar la lista solamente a los interesados y en el momento más adecuado y conveniente.

La empresa, como ya se ha dicho, había evaluado en más de 100 millones de pesetas de pérdidas por cada día y de huelga y pocas semanas después establecería las pérdidas de ejemplares de venta por las huelgas, en cerca de 70.000 ejemplares.

Aquel día 19 fue especialmente duro. Quienes habían entrado en el periódico, eran increpados e insultados por los sectores más radicales, personas en muchos casos desconocidas, que no pertenecían a la plantilla del periódico. Aquella noche, casi un centenar de personas hubieron de abandonar su sede de madrugada, en coches celulares de la policía antidisturbios. El director, acompañado del director Adjunto, Eduardo Peralta, durmió en su despacho, como si fuera el episodio de un western con el fuerte sitiado. Las piedras rebotaban contra los vehículos y los escudos policiales.

El proceso continuó a pesar del final teórico de las huelgas y la resolución del Ere. El proceso de distribución fue boicoteado con inusitada violencia por parte de personas desconocidas en el periódico, algunos de ellos miembros del Frente Atlético de Jesús Gil, extraños lumpenproletarios y skin heads que amenazan de muerte a kioskeros y repartidores. Hay pedradas, puñetazos y armas blancas –según las numerosas denuncias que se realizan en comisaría–, coches violentados, kioscos saqueados, todo con tal de impedir la venta del periódico. Las denuncias por los comportamientos violentos se acumulan en las comisarías.

La Asociación de la Prensa madrileña se vio obligada a salir al paso de estos comportamientos. ... y “quiere hacer pública su condena de las actitudes violentas protagonizadas por algunos piquetes y la necesidad de que se salvaguarde por todos los medios el derecho al trabajo de la plantilla del diario y el derecho a la información de los lectores. Es lamentable que un sector del personal afectado por la regulación de empleo y elementos ajenos a la plantilla hayan respondido al resto del personal con coacciones, insultos, amenazas, violencia y hasta agresiones... llegando a impedir violentamente la distribución de ejemplares de un periódico, que cumplía los requisitos legales para

su difusión”.

Al día siguiente, el propio periódico editorializa en una pieza de defensa ante los cuatro días de huelga, uno más de los oficialmente convocados. Unas huelgas “de muy clara ilegalidad, quebrantando con ello el sacrosanto derecho de sus lectores y poniendo en peligro nada menos que casi 400 puestos de trabajo. En el que han aparecido las navajas, las piedras y la incendiaria gasolina...Un sindicato serio no puede dar protección bajo sus siglas a delincuentes, a sujetos de extrema derecha vinculados a los ultras del Frente Atlético de Jesús Gil, a este sindicalismo de navajas, ladrillos y bencina”.

Prácticamente todos los medios de comunicación se sumaron a la condena de la campaña que quería hundir Diario 16. La Cope, la Ser, Onda Cero, El País, Abc, Tele 5 o Antena 3 censuraron severamente los hechos violentos.

De hecho, el colectivo más afectado por el *Ere* no eran precisamente los miembros del sindicato. En un comunicado de la empresa, se señalaba que el grupo porcentualmente más afectado había sido el de los altos cargos administrativos y gerenciales, el de los ejecutivos de la misma”. La empresa anunciaba una larga serie de querellas criminales y demandas ante los tribunales. Siete días de huelga habían erosionado aún más la situación de la empresa.

Sin embargo, aquello prosiguió durante todo el mes de enero. Furgonetas destrozadas, vehículos rociados con gasolina, robo de miles de ejemplares, persecuciones nocturnas, amenazas a kioskeros, palizas a los nuevos repartidores, amenazas de muerte a periodistas y directivos del periódico y sus familias. El 25 de enero, el periódico demostró su más magnífica esencia –quizá también su mayor debilidad– la de sus fundadores, su condición de medio libre y abierto. Publicó las versiones que ofrecieron la UGT, Comisiones Obreras y la propia empresa. El sindicato socialista remitió a Diario 16 el texto que nunca pudo leer ante los trabajadores durante la huelga de enero, por habérselo impedido el sector más radical. El contenido del comunicado dejaba claro porqué se impidió que tal comunicado saliera a la luz. “Tras la resolución por la Dirección General de Trabajo del expediente de regulación de empleo, la Federación de Servicios de la UGT considera que se ha producido una importante modificación de las circunstancias en que se desarrolla el conflicto...La huelga, convocada con anterioridad a la resolución del expediente, pierde completamente su efectividad. En consecuencia, procede su desconvocatoria... La continuidad de la huelga daña el primer objetivo señalado, que es la permanencia del periódico”. Este comunicado había provocado que el coche de un representante del sindicato socialista resultara destrozado. Pese a ataques tan desmedidos, la dirección del periódico,

por su parte, señaló que “con el único deseo de respetar la voluntad de los empleados y hacer un supremo esfuerzo por mantener en lo posible el clima de serenidad interna”, respetó la decisión de las asambleas y el diario no estuvo en la calle ninguno de los días de huelga, a excepción de los periódicos de la cadena regional, que pertenecen a empresas distintas”.

El día 27 de enero, poco después, Diario 16 volvió a estar ausente de los kioscos. Esta vez por la huelga general del 27-E, convocada por Comisiones y UGT contra la política del Gobierno socialista. Los medios de prensa la llevaron a cabo 24 horas antes, como es tradicional. Y se desarrolló sin problemas, aunque tuvo que ser el director del periódico quien interviniera en una reducida asamblea para sumarse a la huelga de todos los diarios y que ese día no saliera el periódico. Alguien intentó, asombrosamente, desde el grupo que más activo estuvo a favor de las huelgas, que, aquel día, precisamente, Diario 16 no se sumara a la huelga general, acaso con la secreta intención de convertirlo nuevamente en foco de las iras sindicales.

Al día siguiente, más de 10.000 ejemplares del periódico fueron robados, según una denuncia en comisaría. El reparto del periódico se sigue produciendo con acompañamiento policial, hay lanzamiento de bolas de acero, piedras, amenazas telefónicas, golpes a distribuidores y kioskeros. La fachada del periódico sufre serios desperfectos. Destrozan los cristales de la puerta, un gran ventanal de la cafetería es destruido por una enorme piedra. Las denuncias de violencia se producen por docenas en las comisarías y la policía identifica a varios de los violentos, al igual que sus vehículos.

La Asociación de la Prensa se ve obligada nuevamente a intervenir para reiterar su condena. “Un reducido grupo (...) trata de ejercer una presión inadmisibile contra el resto de la plantilla y de la empresa. La Asociación de la Prensa, que ha ofrecido sus servicios profesionales a aquellos periodistas que lo necesiten al tiempo que condena la utilización estos reprobables procedimientos de chantaje, recuerda que constituyen un atentado a la libertad de empresa y al derecho a la información de todos los ciudadanos”.

Días de la ira

Terminaron apagándose, poco a poco, *los días de la ira* en el periódico de la *Libertad sin ira*, el período más negro de la historia de la prensa española de los últimos cincuenta años, dos meses en los que Diario 16, a pesar de las grandes agresiones sufridas, siguió caminando en su línea habitual.

En aquella violencia parecían anidar toda suerte de resentimientos, envidias –jamás pude imaginar que amigos de décadas se convirtieran, súbitamente, en feroces enemigos– y rencores, pero, sobre todo, la existencia de un plan para reducir el periódico

a cenizas, tal como algunos portavoces no se recataban de anunciar públicamente en las asambleas: *hay que cerrar Diario 16*.

A partir de entonces, traté de averiguar todas las causas y concausas de la evolución de los hechos, las razones de aquella terrible explosión de violencia, la ira ciega e irracional de las bolas de acero, los coches incendiados, las amenazas telefónicas, las amenazas de muerte, las palizas a kioskeros y distribuidores, las pintadas insultantes y calumniosas, aquella furia de *kale borroka* en Madrid.

Dos equipos del periódico, cada uno por separado, iniciaron la elaboración de sendos y minuciosos dossiers sobre las huelgas, sus antecedentes y protagonistas. En ambos informes –finalizados algunos meses después– se recogen reveladores testimonios de varios miembros del comité, los rostros y los nombres de todos los participantes. Sin embargo, el 7 de julio, como con Antonio Gutiérrez en un restaurante madrileño. Su respuesta, lacónica, sería: “son acciones de tipo peronista, sí, fascista si quieres, que a veces se producen en el seno de los sindicatos cuando se enfrentan a procesos de despidos ...”

Otro miembro de la redacción, que asistió como espectador a todo el proceso, fue asimismo autor de una frase lapidaria: “Si Diario 16 desaparece no habrá ningún culpable. Los culpables seremos todos nosotros, por haber permanecido inmóviles y haber permitido que todo aquello sucediera...”

El resultado final de aquel proceso se calculó en unas pérdidas por valor cercano a los ochocientos millones de pesetas y los ya citados 70.000 ejemplares de venta diaria perdidos que se fueron a engrosar las ventas de los periódicos de la competencia, según los datos y estimaciones aportados por la empresa en aquel momento.

A lo largo de todo el proceso huelguístico, Juan Tomás de Salas no intervino para nada en él, considerando acaso que si Laca ejercía las labores de presidente y pretendía hacerse con la propiedad del periódico, a él correspondía lidiar con la situación. Incluso desde la dirección del periódico no hubo comunicación alguna con Salas en aquellos días.

Semanas más tarde, a finales de aquel mes de enero, mantuve una larga conversación con Juan Tomás. El día 22 por la tarde, el Grupo francés Hersant, socios en la propiedad del periódico, hicieron acto de presencia en Madrid, con un grupo de altos ejecutivos. Visitaron el periódico, la redacción y los talleres, interesándose por la situación, tras el largo y ruidoso proceso de huelgas.

Ese mismo día, comí con Juan Tomás, en un restaurante de la zona. Hablamos de la situación tras las huelgas y de la visita de los franceses. Pero el motivo principal fue comunicarle a Juan Tomás, una vez más, que todos los contactos que Laca mantenía

con los miembros del Gobierno o del partido, entre ellos los ministros Pérez Rubalcaba, Pedro Solbes o José Antonio Griñán, además de Joaquín Almunia –amigo personal de Laca– al igual que los que realizaba yo mismo, de cara a renegociar la deuda con la Administración –varios miles de millones de pesetas, adeudadas por las cuotas empresariales del IRPF y la Seguridad Social, que no habían sido atendidas por la empresa– siempre conducían al mismo comentario del interlocutor de turno: la negociación para solventar la deuda con el Estado no se iniciaría hasta que Salas no llevara a efecto el traspaso de la propiedad del Grupo a Jesús Laca.

En aquella comida le ofrecí allí mismo, sobre el mantel, aunque ya no fuera presidente de Inpresa, todavía era el principal propietario del Grupo 16 y, desde luego, yo le seguía considerando *mi jefe*, mi dimisión como director. Acaso él podía utilizarla para reencauzar la situación de acuerdo con su mejor interés y conveniencia.

La rechazó terminantemente, ni siquiera la tomó en consideración, por dos razones: creía, como así lo dejó declarado en una entrevista realizada en el propio Diario 16, poco después de haber dejado la presidencia del mismo, que yo era el mejor director del periódico y sin duda el mejor para aquel momento tan delicado, y a la vista estaba que las huelgas se habían superado, aunque con gran quebranto y daño. La segunda razón, porque pensaba que no iba a servir de nada, porque la cabeza que buscaba el Gobierno no era la mía, sino la suya, algo de lo que yo no estaba demasiado convencido, sobre todo después de asistir a los violentos acontecimientos de las huelgas de diciembre y enero. Una extraña simiente de odio y división se había introducido políticamente en el periódico, en su redacción y talleres, hasta el punto de destruir amistades de muchos años que se creían indisolubles.

“En los últimos años, Ud. ha cambiado tres veces de director de periódico. ¿No ha sido eso perjudicial? Le interroga el entrevistador, pocos días después.

Cuando trabajas, creas o sueñas, también te equivocas muchas veces. Pero tengo en estos momentos, –o tenía, hasta el viernes (día de su dimisión como presidente del Diario)– el mejor director de la Prensa española, José Luis Gutiérrez.

Supongo que con los ojos de un empresario –y yo sólo lo soy a medias– eso podía haber sido de otra forma. Pero yo soy, primero, un hombre de Prensa y luego, empresario. He tenido muchas ofertas de compra pero yo no me he planteado vender nunca”.

Era cierto. Pocos años atrás pudo vender el periódico y llegó a considerarlo, tras recibir una millonaria oferta de los franceses del Grupo Hersant. Entonces me diría: “¿Qué futuro me espera? ¿Dedicarme como un anciano con cinco mil millones a

navegar por el Caribe con mi yate? No me atrae lo más mínimo. No vendo....” Y no vendió.

Aquel era el más primigenio y auténtico Juan Tomás y también el menos práctico. Alguien capaz de reconocer y de admitir la supremacía del componente periodista o de *hombre de Prensa* en su personalidad sobre el componente empresario –no digamos el del político– que sin duda constituía la causa principal de sus desgracias.

A veces, ese sentido tan ingenuo y un tanto juvenil de la búsqueda de la verdad como norte y guía del periodismo comprometido no es compatible con el inevitable pragmatismo y disponibilidad negociadora que debe acreditar el empresario. Salvo que tal afán indagador tenga una orientación unidireccional y se ponga al interesado servicio de alguien. Pero no era de eso de lo que se trataba.

Las dos personalidades, la esquizofrenia profesional de Juan Tomás se enfrentaban frecuentemente y, en muchas ocasiones, la victoria era la de *Juan Tomás, periodista* –aunque no siempre, por ejemplo cuando cesó a Pedro J. Ramírez, atendiendo a las presiones externas– del hombre de Prensa, muy en la línea con aquellas rancias familias americanas, editoras de cientos de periódicos excelentes, que elaboraron a mediados de los cincuenta el famoso manifiesto *The people’s right to know, El derecho a conocer de los ciudadanos*. En cierta ocasión, cuando Kathereen Graham, la gran dama propietaria del *The Washington Post*, ya fallecida –ganadora, en 1998, del premio Pulitzer con su autobiografía *Personal History*– visitó Madrid, en 1976, también visitó a Juan Tomás en las oficinas de Cambio 16. Pude saludarla brevemente, todavía entonces una mujer hermosa, con un cierto parecido a la grandiosa actriz británica Vivien Leigh (*Lo que el viento se llevó, Un tranvía llamado deseo*) con aquella elegancia desganada característica de las rancias familias de la Costa Este y su refinado acento, ataviada con una descuidada falda de tela vaquera y unas humildes playeras pisando las moquetas de Cambio 16. En mayo del año 2000 en la ciudad Boston, pude conversar largamente con ella, que fallecería poco después y recordar aquel episodio, cuando fue elegida como uno de los integrantes de los “50 héroes de la Libertad de Expresión” en el 50 Aniversario del Instituto Internacional de la Prensa (IPI), con motivo de la celebración de su Congreso Mundial. Entre los cincuenta elegidos figuró un único español, Antonio Fontán, ex ministro, ex presidente del Senado y ex director del desaparecido Diario Madrid.

El consejo de la Graham a Salas fue éste: “si decides dedicarte a la prensa como hay que hacerlo, ya sabes que debes resignarte a perder a todos tus amigos”. Algo parecido le ocurrió a Juan Tomás. Perdió a casi todos sus amigos pero ni siquiera

pudo salvar su imperio periodístico. Entre otras cosas porque España no era, ni es, Estados Unidos ni Madrid es Washington. Otro caso, el suyo, de deslumbramiento ingenuo ante el *american way of life*.

En sus enfrentamientos dialécticos con Ramírez, previos a su cese en febrero de 1989, el Salas-hombre de Prensa carecía de argumentos con los que enfrentarse a las demoledoras explicaciones profesionales del temible polemista que es Ramírez cuando se debatía algún asunto especialmente delicado y por ello decidió simplemente no discutir con él.

De hecho, su enfrentamiento con Ramírez, surgido principalmente a partir de las investigaciones de los GAL iniciadas en 1987 en Diario 16, y atizado sin duda por elementos políticos externos, se planteaba como una subrepticia confrontación de poder a partir de dos concepciones de la situación muy distintas. Ramírez estimaba que el artífice de la salvación del periódico era él, que había recibido un periódico moribundo, con unos pocos miles de ejemplares de venta en 1980, y lo había transformado en un periódico con más de 130.000 ejemplares de venta diarios, saneado e influyente, de gran peso en la opinión pública y en su condición de director y artífice de la resurrección, a él correspondía la dirección del diario, incluida lógicamente la dirección editorial en la que, por otra parte, aseguraba no desviarse ni un milímetro de los principios filosóficos y fundacionales del periódico que le había encomendado Salas, un rotativo radicalmente liberal y defensor de las libertades individuales y colectivas.

Pero uno de los editoriales contra Jorge Semprún, ministro de Cultura, titulado "La rosa y el capullo", sirvió de espoleta para su cese en febrero de 1989. Ramírez estimaba que quien se había desviado de los ilusionados principios *refundacionales* que habían elaborado ambos en 1980 era Juan Tomás, por culpa de las malas compañías, sus amigos de la *beautiful people* y algunos de sus vecinos de Puerta de Hierro.

La situación cambió, ciertamente, a partir de marzo de 1994. La consideración hacia el periódico cambió por parte de todos, que elogiaron la capacidad de resistencia del medio, la profesionalidad de sus empleados, al conocerse los detalles y pormenores del conflicto, las agresiones sufridas. Una cierta ola de simpatía se percibía entonces en torno al periódico.

La situación económica también ofrecía en el horizonte algunos destellos de esperanza. Varias iniciativas puestas en marcha, los fascículos de "Las fiestas de España" y "Los pueblos de España", el "Libro Guinness" servirían más adelante también para aumentar la difusión del periódico y recuperar una pequeña parte de la venta irreversiblemente perdida con los días de huelga. Por otra parte, los medios publicitarios y

financieros también se mostraron a partir de entonces más propicios. Sin embargo, tampoco causaron efecto los cambios del periódico en la Administración. Las reuniones con distintos miembros del ejecutivo, a la hora de renegociar la pesada deuda con la Administración, siempre se topaba con la respuesta de siempre: antes, Juan Tomás de Salas ha de transferir la propiedad del Grupo. Era una simple excusa, porque poco después, quien hubo de transferir a su vez la propiedad fue Laca a un empresario impuesto por el Gobierno.

El principio del fin

La llegada de José Luis Domínguez al Grupo 16, y con él el inicio, el principio del fin, el comienzo de la destrucción y desaparición del Grupo, y más concretamente del periódico, se produce en septiembre de 1995, aunque las negociaciones con Laca se inician antes del verano. No se sabe muy bien de donde viene entonces, aunque luego él mismo relataría –su locuacidad se haría famosa– que su llegada al Grupo 16 había sido minuciosamente preparada previamente. El teórico introductor es Laca, que habría buscado a Domínguez como inversor, aunque el apoyo del BCH ya era entonces visible, confirmado después por el propio Laca y, también, por el hoy diputado socialista de la VIII Legislatura Antonio Gutiérrez –acaso con algún problema de mala conciencia por la violencia de las huelgas, que le llevó a transmitirme numerosas confidencias–. El banco, su presidente, José María Amusátegui, había decidido obedecer las discretas indicaciones del Gobierno. El propio Amusátegui, presidente del BCH, nos convocó a una cena veraniega, en un conocido restaurante madrileño, para avanzar en la operación de venta. No le conocía, ni le había visto antes. Había adquirido una cierta notoriedad al convertirse en uno de los supuestos candidatos a la compra de Galerías Preciados, aunque después se supo que su oferta había sido una simple operación cosmética, de distracción, mientras se negociaba con el verdadero comprador.

El proyecto que Domínguez presenta para reflotar Galerías “no era más que un album de fotografías”, en palabras de un directivo de El Corte Inglés y habría sido utilizado como señuelo por el entonces ministro de Comercio, Javier Gómez Navarro, protector de Domínguez, para atraer la atención de la opinión pública sobre él y desviarla de los verdaderos compradores, El Corte Inglés, que negociaba en secreto con el ministerio y llevaban a buen puerto la negociación. Adquirieron todos los edificios comerciales libres de carga y, posteriormente, contrataron a más de cinco mil doscientos antiguos empleados de Galerías y el gran almacén fue absorbido y sus problemas –las manifestaciones de los empleados de Galerías comenzaban a ser frecuentes en las calles de todo el país– resueltos. Sin duda aquella fue una buena e imaginativa operación de Gómez Navarro. En

aquella larga operación ya emergieron nombres que también aparecerían en Diario 16 de la mano de Domínguez, como Miguel Angel Derqui, con quien intentó aterrizar en el periódico. Otros nombres que ya aparecen relacionados con Domínguez son el ministro Javier Gómez Navarro, su subsecretario de entonces, Angel Serrano y Javier de Paz, antiguo dirigente de las Juventudes Socialistas y más tarde director general con Gómez Navarro. Ambos, Serrano y de Paz serán sus principales interlocutores en la crisis del periódico. Domínguez había hecho una fortuna vendiendo unos rudimentarios ordenadores marca Amstrad en los años ochenta. Había alcanzado cierta notoriedad como propietario en España de la firma que los comercializó, con los que llega a facturar más de 27.000 millones en 1986 y colocar cerca de 800.000 productos informáticos en los hogares españoles. Su alianza con Alan Sugar, un conocido hombre de negocios judío, propietario de Amstrad, le proporcionó su fortuna. Amstrad acabó desahuciada, pero Domínguez vendió antes. Según un alto directivo bancario, aquella operación le supuso la cantidad de 9.000 millones de pesetas de entonces. En una comida a finales de aquel año 95 a la que asistí con Angel Serrano y Gustavo Villapalos, éste último introductor de ambos, me confesaría asimismo que Domínguez se había convertido en millonario gracias al apoyo que le habían prestado desde el Gobierno, algo que, por otra parte, coincidía con el propio testimonio de Domínguez, que no ocultaba su agradecimiento hacia Gómez Navarro, Serrano y De Paz. Llega así, por lo tanto, con un cierto halo de “vendedor” al periódico y una reputación ciertamente confusa. En el mundo comercial, tras su multimillonario *pelotazo* en Amstrad, no vuelve a aparecer en asuntos de tanta envergadura hasta la llegada a Diario 16, obviando la escasamente creíble operación de Galerías Preciados. Con algunas participaciones en sociedades comercializadoras de automóviles, su empresa, CMTC, SA, teóricamente dedicada a estudios de mercado y marketing, en realidad estaba ocupada en la venta telefónica de productos por catálogo. CMTC SA acabó quebrando –y sus actividades trasladadas a una nueva sociedad– no sin que antes tratara infructuosamente de venderla a El Corte Inglés. En uno de sus catálogos, “Salud y Belleza”, logró incluir el rostro de Cocha Velasco y entre los productos –algunos denunciados por la Organización de Consumidores y Usuarios, OCU– cosas tan peculiares como una *Dieta 200* que, más tarde, y siguiendo el ejemplo de algunas de sus empresas que desaparecían para reaparecer reencarnadas en una nueva sigla en el mismo domicilio social, se llamaría *Dieta de la Década*. Este

producto contaba en su composición con la milagrosa “molécula devoragrasa”. Más tarde, ya en el Grupo 16, trató de conseguir también un producto coreano estimulador del crecimiento del pene. O el pantalón “de efecto óptico adelgazante”, que también vendía en su catálogo de CMTC.

Poco después de su llegada al periódico adquiere una cierta reputación de buhonero, vendedor de crecepelos milagrosos. A ello contribuyen un reducido grupo de colaboradores que incorpora consigo al periódico. Una gran mesa en la sala de juntas serviría de soporte a sus “ideas”: grandes montones de periódicos extranjeros sin otro fin que operar como carpintería escénica de una supuesta “renovación” del producto. Toda una escenografía de *kindergarten* que producía en los miembros de la redacción una auténtica sensación de vergüenza ajena.

En una ocasión, reunido con Laca para analizar uno de los balances, aseguró no saber interpretarlo ni estar interesado en ello. “Para eso tengo a mis abogados”.

En un desayuno al que fue invitado por José Luis Leal, presidente de la AEB, Domínguez interpeló sin pestañear al presidente de la patronal bancaria: “Esto de la AEB, que es? Para, acto seguido, repreguntar al ex ministro de Economía con la UCD, y miembro fundador del “Felipe”: ¿”Tu antes, a que te dedicabas”?

Tenía el personaje otro perfil que sin duda también utilizaba con frecuencia: el religioso. Se declaraba Domínguez persona extremadamente religiosa y ardiente devoto del Cristo de Medinaceli de Madrid y en alguna ocasión trató de llevar consigo a la iglesia a alguno de sus colaboradores del periódico. La Clínica Universitaria de Navarra le incluyó en su Patronato del Centro de Investigaciones Biomédicas, al que prestaba apoyo económico y todos los domingos era puntual feligrés en la misa a la que acudían todos sus convecinos de La Moraleja madrileña, una lujosa zona en las afueras de Madrid.

Un día se descubriría, interrogado por personas del diario, que su religiosidad era ciertamente singular. Fue incapaz de recitar ninguna oración del catecismo –el Credo, la Salve, el Yo Pecador– y con grandes dificultades el Padrenuestro cuando, en una ocasión, dados sus escasamente creíbles aspavientos de devoto, se le pidió que recitara cualquiera de las plegarias citadas. Su respuesta: “Yo para hablar con Dios no necesito oraciones”.

Gregorio Arroyo, el asesor jurídico de la empresa, un histórico de la casa, de probada capacidad motejadora, aseguraba ya entonces que Domínguez, con sus “charlines”, era “como aquellos descreídos mendigos del Siglo de Oro”, aparentemente devotos para conseguir las mercedes de los canónigos y las limosnas de los fieles a la puerta de catedrales y basílicas.

Pronto se descubrió otra faceta suya: junto a una gran capacidad

para crear la mayor de las confusiones en cualquier contencioso, no le importaba prometer algo e incumplirlo al día siguiente, ni siquiera firmar un documento que sabía que no iba a respetar.

Y mientras declaraba públicamente que el director del periódico era “el principal activo de la empresa”, y le firmaba apresuradamente un papel prometiendo abandonar el Grupo si lo hacía el director, a Laca y a quien quisiera oírle le aseguraba que su primera y principal misión allí, por orden del Gobierno, era “cesar al director”.

Este era, en apresurado trazo, el personaje, el Domínguez que un tres de Agosto de 1995, trataba de firmar en su despacho, con Jesús de Ramón Laca y el asesor jurídico de la empresa, Gregorio Arroyo, por fin, el contrato de compra-venta, que los abogados habían estudiado concienzudamente. Acto seguido, aquella misma tarde del día 3, al mismo tiempo que se está celebrando la firma del contrato de venta, recibo en mi despacho una llamada de un alto directivo del BCH, que, en tono ciertamente duro, conminatorio, incluso, me insta para que dé mi autorización y la venta se culmine. Le respondo que yo no soy más que el director del periódico, ni siquiera accionista, no soy nadie por lo tanto para autorizar o denegar aquella operación. La operación, aunque firmada, quedó paralizada hasta septiembre. Hombre extremadamente locuaz, como hemos visto, y escasamente habituado a tener relaciones con políticos de primera fila, a veces su facundia incontrolada rebasaba la simple imprudencia.

No se recataba de asegurar que para sacar adelante el Grupo contaba con el apoyo de sus “amigos del Gobierno”, el de Comisiones Obreras, del comité de empresa, de Jesús de Polanco y el periódico El País. Del mismísimo Rey de España, incluso, “que es amiguete” (sic). En una recepción en el Palacio Real, a finales de aquel año, a la que asistía el Rey, al presentarle como el nuevo editor del periódico, le saludó dándole palmadas en el brazo y en la regia espalda.

Aquella tarde, mientras se redactaban los borradores del contrato de compraventa, en su teléfono móvil recibió al menos cuatro llamadas de la misma persona, interesándose por la marcha de la redacción del contrato, llamadas que eran puntualmente atendidas por Domínguez, que aportaba todo tipo de información sobre la elaboración del documento a su interlocutor telefónico. Según comentaría a su acompañante, Laca, la llamada procedía de un conocido ministro del Gobierno que llegó incluso a hablar varias veces con Laca, al pasarle Domínguez su móvil. Según Domínguez, estaba ansioso por comunicarle a González que la adquisición de Diario 16 era ya un hecho y que el cese del director sería cuestión de días.

Aquel 31 de enero de 1996, había salido en el coche del

periódico a las nueve de la noche. Acudía a un acto de la Asociación pro Derechos Humanos a la que pertenezco y de la que soy miembro fundador desde que se creó, en el año 1976 con quien fuera su primer presidente, José María Mohedano, entonces miembro del Partido Comunista. Recibo una llamada urgente para que regrese al periódico. Es el presidente, José Luis Domínguez, quien, tras mi regreso, me hace entrega de una escueta carta de apenas unas líneas.

A aquella hora, Gregorio Arroyo, letrado de la casa, con el rostro demudado, blanco, me advirtió de las intenciones de cesarme de Domínguez, que me recibió en su despacho con Miguel Angel Jiménez –que días después sustituiría a Olaguibel como Consejero Delegado– y el propio Olaguibel (fallecido en julio del 2004).

La carta, fechada en Madrid, con papel de Diario 16 e Información y Prensa, SA, decía: “Sr. D. José Luis Gutiérrez. Muy señor mío: Siguiendo instrucciones de la mayoría accionarial de INPRESA, le comunico que con esta fecha cesa en sus funciones de director de Diario 16, manifestándole el agradecimiento por la etapa en la que ha ejercido la dirección.

Asimismo le manifestamos nuestro deseo de que desarrolle otras funciones en la empresa.

Atentamente, José- Ventura Olaguibel del Olmo. Consejero Delegado”.

Lo de “otras funciones” no era más que un ardid para intentar evitar mis previsibles protestas, porque pocos días después aparecía un repugnante editorial contra mi persona en el periódico repleto de calumnias e injurias.